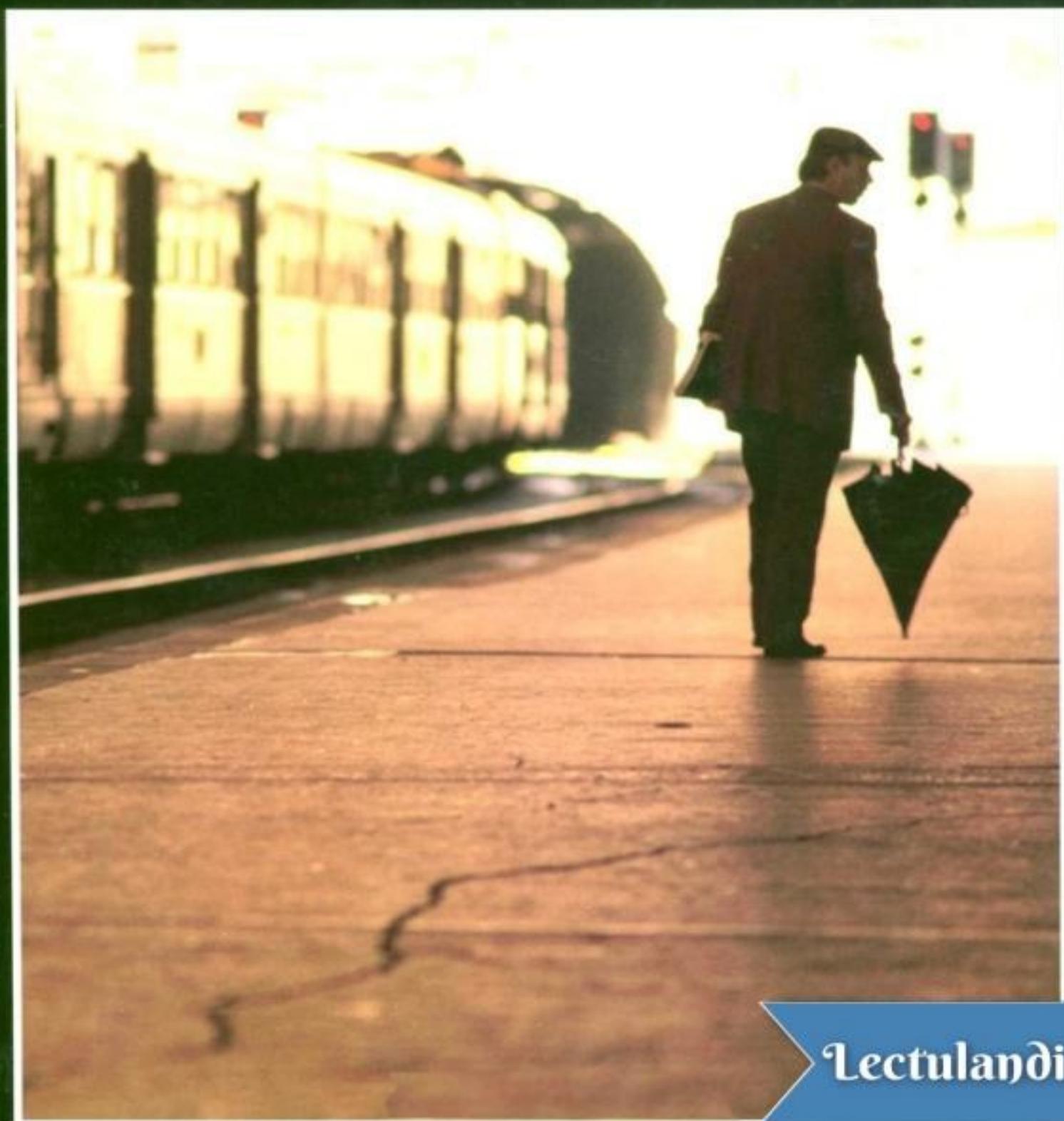


Gonzalo Hidalgo Bayal
PARADOJA
DEL INTERVENTOR



Lectulandia

Una noche de noviembre, un hombre mayor, «casi en la edad de los desguaces», se apea en una estación a tomar un café y llenar una botella de agua y, sin saber cómo, pierde el tren. Como además no ha tenido la preocupación de bajar con chaqueta, se queda sin dinero ni identificación: el tren se ha llevado su equipaje y su destino.

Éste es el relato, entre kafkiano y beckettiano, de su estancia obligatoria en una ciudad desconocida, donde conocerá una galería de vidas minúsculas y personajes extravagantes. Con los aires de una pesadilla, arruinado y decadente, el protagonista pasa a ser conocido como «el interventor», mientras intenta abrirse camino en una realidad que en absoluto comprende y que, en su infortunio, fatalmente le devolverá una imagen de sí mismo cada vez más degradada.

Lectulandia

Gonzalo Hidalgo Bayal

Paradoja del interventor

ePub r1.0

Titivillus 06.02.16

Título original: *Paradoja del interventor*
Gonzalo Hidalgo Bayal, 2006

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

1

El interventor llegó a la ciudad en tren una noche de noviembre. En aquel momento no era todavía, en modo alguno, el interventor ni había adquirido los derechos o la propiedad del nombre. Se trataba sólo de un viajero anónimo al que las circunstancias del azar irían privando poco a poco de la condición de viajero y forastero hasta terminar convirtiéndolo en el interventor, el dueño exclusivo de la denominación. Ya entonces llegaban pocos trenes, porque la ciudad había perdido los antiguos esplendores y la estación era apenas un conjunto de barracones negros y deshabitados, de entresijos mugrientos por entre los que se colaban perfiles y nostalgias de un pasado heroico y huellas de un progreso industrial desvanecido, de modo que de la vieja estación apenas si pervivía, durante la noche, la luz amarilla de la cantina y el olor herrumbroso de los trenes de antaño. Fue, pues, así como en cierta ocasión bajó del tren de medianoche, del que nunca bajaba ya nadie y que, si paraba, era por puro trámite administrativo o ferroviario, o por inescrutables caprichos de los hados, un individuo de edad avanzada que se dirigió a la cantina con una botella de cristal verde en la mano. Era un hombre mayor, casi en la edad de los desguaces, sin más señas particulares que su medianía general en el rostro y la estatura y sus ingredientes átonos en los ademanes y en la voz. El muchacho que se aburría detrás de la barra, un ejemplar enjuto y menudo, de rasgos afilados, aguzó los ojos con sorpresa ante la presencia del pasajero. La cantina, sin otros atributos que una atmósfera macilenta y una policromía apagada y melancólica, tampoco estaba acostumbrada a que bajaran pasajeros del tren y apenas se mantenía abierta para el servicio urbano por prescripción gubernativa, para alejar a las afueras, extramuros, en noches de ebriedad, a los últimos rezagados del alcohol a fin de que no perturbaran la paz ni el orden ni el sueño municipal. Fuera de la barra, dos hombres ajenos entre sí se concentraban en un menester común. Uno estaba en un rincón, junto a una ventanilla diminuta en forma de arco de medio punto, que se encontraba a la sazón cerrada, y miraba fijamente el contenido tinto de su vaso. El otro, frente a un vaso de iguales proporciones y color, parecía conjurar a los espíritus de la paciencia o de la desesperación. El pasajero, con la botella vacía en alto, tras mirar en torno, pidió al camarero, por favor, que se la llenara de agua y, mientras el muchacho cumplía el encargo con desgana, el pasajero preguntó cuánto tardaba en salir el tren. Cuando ordene el interventor, respondió el camarero y señaló hacia el rincón con un movimiento de cabeza y un gesto vago e indefinido del pulgar. Entonces el pasajero miró hacia el hombre que languidecía en el rincón y pidió un café solo. Se trataba, sin duda, de una pequeña compensación por la gratuidad del agua, pero el camarero, que no sabía de sutilezas, preparó el café a conciencia, con parsimonia de cantina, y depositó al cabo del rato sobre el mostrador, de mala gana, una taza mugrienta y humeante en la que el pasajero apreció un aroma desleído, insólito y turbio, como si en aquel anuncio de sabor cálido se concentrara la transparencia amarga de la

paradoja. Dio un primer sorbo y sólo la experiencia de la austeridad y la sabiduría del ascetismo anularon una exclamación, el dolor térmico producido en la lengua por aquella precipitación hirviente. De cuando en cuando, miraba a través de la ventana, unos cristales sucios y descascarillados, casi opacos, que se dibujaban a la derecha de la entrada, y adivinaba fuera, palpitante y fogosa, la respiración de la máquina, un temblor ciego y poderoso, la ira irracional del vapor, en el corazón de la noche. El hombre del rincón manejaba con sosiego torpe el vaso agrietado, sumido en vagas cavilaciones de otros tiempos. El pasajero lo miraba interrogante, en tanto daba reposo a la vehemencia del café, y tenía un pie dispuesto a iniciar la carrera apenas el interventor anticipara el menor ademán de salir al andén. Incluso, para prevenir la urgencia, le pidió al camarero la cuenta del café, que seguía humeando hirviente, como si la arqueología de la taza conservara el calor y sus dodecafonías. En ocasiones parece que el tiempo se detiene en la noche y que el viento pone solos de silencio en los límites de la oscuridad, acumulando en cada instante los distintos componentes aislados de un discurso eterno. Así, el café negro que el pasajero tenía ante los ojos, que acercaba tímidamente, con precauciones, a los labios, concentraba en su temperatura y sus ardores la desidia de los minutos que pasaban y la inminencia del futuro, un espejismo, un fulgor trémulo de disidencias. Fue entonces tal vez cuando, imperceptiblemente, se fragmentó la hora y se quebró en pedazos la certidumbre de todas las conjeturas en que se asienta el porvenir, porque, en el instante en que el pasajero bebía al fin un sorbo más templado de café, oyó el rumor de un presentimiento, la vibración de un desvencijado desperezo, como si avanzaran las sombras de la noche, como si el quejido del bosque se desplazara sigilosamente sobre hojas secas y ramas descarnadas y ecos ásperos de podredumbre vegetal, como si se cumplieran irremisiblemente las funestas predicciones del oráculo. Miró con precipitación por la ventana, nuevamente a través de los cristales envejecidos, y vio entonces el viajero con atónita angustia cómo el tren emprendía, con imponente majestuosidad, la marcha. Tuvo tiempo de mirar al hombre del rincón, quieto frente a su vaso tinto, de poner cara de asombro, como quien no puede comprender las variaciones del mundo, y de coger la botella de agua, antes de echar a correr y atravesar la puerta de la cantina con desordenados aspavientos. Se quedó un instante en el andén, ante la mole negra que se deslizaba con furor creciente, y luego echó a correr tras el monstruo ferroviario, en un gesto baldío que no tenía más objetivo que suprimir los remordimientos posteriores, que alimentar la certeza de que hizo todo lo que pudo, por más que fuera inútil, teniendo en cuenta sobre todo la edad del pasajero y su escasa agilidad, teniendo en cuenta la velocidad en aumento del tren y teniendo en cuenta, en fin, la distancia desmedida que separaba el suelo de la estación de los escalones volados de los vagones, de tranco atlético, de modo que, aunque la sombra rugiente se desplazaba apenas a dos metros del viajero, se advertía claramente que nunca podría éste encaramarse a su vagón, a su asiento, a su ventanilla, y que, en definitiva, no podría seguir las variaciones de la noche ni la sucesión caprichosa de

sus espectros y apariencias detrás del cristal, desde la luz menuda del compartimento hacia la sombra fugitiva y enorme del exterior. Así que allí quedó, inmóvil, en un gesto patético, de espaldas a la cantina, como un espantapájaros, con la botella de agua en la mano derecha alzada hacia el cielo y la mano izquierda cayendo hacia el cuerpo como expresión descendente y abatida de la derrota, mientras las luces rojas del animal de la sombra y su bramido renqueante se alejaban hacia un tiempo que ya no existía y hacia remotos puntos ciegos del sur que, en el instante mismo en que el viajero perdía el tren, acababan de desaparecer del universo.

Volvió sobre sus pasos y se acercó por segunda vez, desorientado y jadeante, perplejo y desangelado, a la cantina, soportando en el semblante las contradicciones del espíritu, la certidumbre y la incredulidad de su nueva condición de viajero en tierra. Desde la puerta miró confuso al hombre del rincón, que no había cambiado de actitud ni de postura, anclado en el fondo rojo e inmanente de sus cavilaciones, y miró al muchacho del mostrador con ojos tan nebulosos como desolados. A su vez, el muchacho del mostrador, al verlo nuevamente plantado en la puerta, con la botella de cristal en la mano y sin decidirse a entrar, esbozó en un gesto de asombro el porcentaje al alza de su ingenuidad, como si no se explicara que alguien pudiera perder el tren o como si el hecho de perderlo fuera una desgracia, tal vez como si no hubiera advertido la circunstancia del viajero y su desventura en el andén. Hay veces, como bien se sabe, en que un mínimo instante supone una fractura total en la inmensidad del tiempo, un tajo limpio y vertical en la superficie marina y endeble de la eternidad. Eso fue sin duda lo que pensó el viajero o lo que le llevó a una pretensión obtusa, en la cruda encrucijada de conectar el antes y el ahora como momentos consecutivos de un fluir sin fisuras. Puede que su intención inmediata y repentina, llevado de la ofuscación o de la cólera, fuera arremeter contra el muchacho del mostrador, causante al fin y al cabo, o inventor, del engaño, pero la propia cara de sorpresa del mismo lo contuvo o lo desarmó, porque tampoco iba a pensar que aquel ignorante mequetrefe se dedicara a despistar a los viajeros que bajaban por agua (aunque, bien pensado, surgió por un lateral un resquicio de duda, tal vez lo hiciera, tal vez se aplicara por sistema a burlarse de los viajeros como él, indefensos y en precario, a mentirles sobre la salida del tren y escrutar luego sus rostros cuando volvían a la cantina desconsolados, un fabricante de sufrimiento gratuito, sensación que hace experimentar en muchos inquisidores supremos deleites espirituales, el ejercicio meticuloso de una tortura psicológica llevado al límite de la noche y de la geografía), de modo que, como si todo hubiera seguido sin interrumpirse, volvió al mostrador. Un momento, joven, dijo. Hizo un gesto al camarero para que no retirara la taza de café (la tenía, de hecho, en la mano cuando el viajero abrió la puerta), soltó la botella de agua y se acodó en la barra con síntomas de un cansancio infinito, con el ademán de un abatimiento y un desconsuelo insondables. El café estaba todavía caliente, pero esa temperatura, aun habiendo sido la causa física del trastorno, pertenecía ya a otro mundo y a otra época, porque el sorbo dado antes de perder el tren y el sorbo dado tras haberlo perdido no tenían en común más que la taza, el escenario, la sustancia y el sujeto, pero, incluso siendo eso común, era tal el cambio material producido en cada uno de los elementos que todo era ya distinto. ¿No es usted el interventor?, preguntó el viajero al hombre del rincón y, de alguna forma, en ese mismo instante empezó ya el viajero a ser verdaderamente el interventor. El hombre del rincón, que no se había percatado de nada, que seguramente no había

advertido la presencia del viajero en momento alguno de la serie, que ignoraba el salto de secuencias que se había producido entre los dos sorbos de café, porque el hombre del rincón no había cambiado de dimensión, seguía frente a su vaso y su mejunje sin que se hubiera operado ninguna transubstanciación del tiempo en su vasallaje, levantó ahora la vista de sus cavilaciones y miró por primera vez al pasajero. Nequaquam, dijo con voz poderosa. Luego señaló con un gesto repetido de la mano a la ventanilla cerrada que tenía al lado, el diminuto arco de medio punto del que, según advirtió el viajero, se desprendía una rendija de luz. Así como la evidencia de que los efectos tengan causas racionales o científicas no proporciona ningún tipo de felicidad universal, y así como la comprobación de que los errores tengan una explicación tampoco procura consuelo alguno al damnificado, salvo, acaso, la exculpación del agente, así vio el viajero el resquicio de luz en la ventanilla, como una burla del destino. ¿Cuándo hay más trenes?, preguntó entonces al camarero. El muchacho se encogió de hombros y señaló nuevamente al hombre del rincón, esto es, a la ventanilla. Ahí el interventor, dijo. Y extendió la pausa hacia el futuro como quien descarga la responsabilidad o la culpa a un lado del camino para no tener que convivir con las inquisiciones del propio pensamiento. El pasajero, aun sabiendo positivamente que no se trataba del interventor, se dirigió entonces con la misma pregunta al hombre del rincón, que nuevamente levantó con mucho esfuerzo la cabeza del vaso, como quien regresa de un dolor profundo, o de los abismos de un infierno teológico. *Quid me alta silentia cogis rumpere?*, dijo con grandilocuencia y volvió a sus complicidades subterráneas. El pasajero pensó que estaba ante un borracho o ante un loco, tal vez las dos cosas a un tiempo, y, sorteando su figura hundida, se acercó hasta el rincón y golpeó con los nudillos en la ventanilla. El camarero lo miraba hacer desde el desvarío de su insignificancia, pero el dueño del silencio seguía ausente. Nadie respondió en la ventanilla. El pasajero golpeó de nuevo en la madera sin que nadie de la otra parte atendiera a sus demandas. Repitió la operación varias veces más, con idéntico resultado siempre. Entonces salió al andén, aparentemente para efectuar alguna incursión exploratoria, que se preveía breve, porque no se llevó consigo la botella, y su figura confusa se apartó del minúsculo rectángulo de luz sucia que la puerta de la cantina arrojaba contra los adoquines.

3

Tenía la intención de preguntar desde fuera al interventor o a quienquiera que estuviere en la habitación contigua a la cantina, a la que suponía que daba la misteriosa ventanilla de medio punto, pero se encontró con una puerta cerrada. Llamó, pese a todo, con golpes suaves y respetuosos, primero, después con fuerza, porque necesitaba información (hizo un recuento embarullado de urgencias: próxima estación, próximos trenes, solución a su desvalimiento), y finalmente con irritación, porque nada altera tanto la necesidad y el carácter como la falta de respuestas y el silencio de los elementos, pero, fuera cual fuere el procedimiento y la intensidad de los golpes, nadie en ningún caso respondió ni salió a abrir. Miró en torno el viajero con algún desconcierto y con no poca indecisión, sin saber qué paso dar ni qué camino seguir. En la oscuridad apenas se adivinaban los austeros barracones sombríos y, acaso en vías muertas, de acarreo o secundarias, la silueta amenazante de tres vagones desamparados, maquinaria huérfana, material ferroviario de desecho. Creyó recordar que, cuando bajó del tren para buscar agua en la cantina y también cuando salió de la cantina para ver desaparecer el tren, había alguna presencia humana en el andén, dibujó los contornos borrosos de algunos puntos móviles junto a la vía, el perfil fijo que cobra siempre el hombre ante un tren en marcha, pero ahora todo vestigio había desaparecido. Incluso se preguntó en qué momento había desaparecido el segundo cliente, pues una reconstrucción espontánea de la secuencia desmenuzó la cronología: cuando entró por primera vez en la cantina había otro individuo además del hombre del rincón, cuando regresó derrotado (dejando de ser viajero y empezando a ser, sin saberlo, interventor) ya no estaba. Le fallaba sin duda la coordinación del pensamiento, bien por las asechanzas de la edad, bien por el grado de ofuscación a que le habían llevado aquellas extrañas circunstancias. Lo cierto era, en resumen, no sólo que había perdido el tren, sino también que se había perdido él mismo, que se había extraviado de sí mismo, y que andaba a ciegas en un ámbito oscuro, sin más punto de orientación que la engañosa luz de la cantina y su falso fulgor: amarillento y provinciano, miserable. Con esa referencia, sin embargo, siguió tentando puertas, llamando a unas y a otras para comprobar con acuciante desesperación y deslustrada cólera que todas estaban cerradas y daban a dependencias vacías, grutas del silencio. Se alejó para ensanchar la perspectiva en un intento arrebatado de encontrar atisbos de vida en alguna planta superior, pero ninguna apariencia delataba asomos mínimos de bienaventuranza. Quiso consolarse pensando que el personal que trabajaba en la estación sólo estaba durante el día, que el interventor atendía las necesidades nocturnas del servicio y se marchaba después a su casa, que la indigencia de la estación era su propia protección nocturna, al margen de la presencia enajenada del muchacho y la corroboración absorta del hombre del rincón. Era evidente en cualquier caso que la búsqueda del interventor resultaba de todo punto infructuosa y que el viajero quedaba limitado a sí mismo. De pronto, sin

embargo, oyó el ruido de un coche, un motor que se ponía en marcha, y sintió en el corazón un brusco florecimiento. Buscó la orientación del ruido unos segundos y, pensando que se trataba del interventor, echó a correr a ciegas, sin saber ni preguntarse adonde. Una ráfaga de luz a lo lejos lo deslumbró. Se trataba efectivamente de un coche y corrió hacia él en línea recta, sin atender a los obstáculos del terreno ni a los impedimentos de la arquitectura, pero el coche trazó una maniobra automática (la luz larga de los faros proyectó una panorámica renqueante y fantasmagórica de los perfiles de la estación: vagones, letreros, barracones, la propia figura agigantada y deformada del viajero contra un paredón expresionista y el golpe remoto de un horizonte oscuro), dio la vuelta y se alejó dando saltos, rebotando, dos puntos rojos estremecidos por los baches. Oiga, gritó, pero quienquiera que fuera en el coche no vio ni oyó o no quiso ver ni oír. Tal vez fuera el interventor, pensó. O tal vez el tercer hombre, el cliente desaparecido inadvertidamente. Uno u otro, en cualquier caso, iba sin duda de regreso al centro de su caverna. ¿Sería el interventor el tercer hombre? ¿Cómo era su cara? Oiga, oiga, siguió gritando, no obstante, inútilmente una y otra vez hasta que, perdida la penúltima esperanza, se sintió solo y desahuciado, sujeto de una condena siniestra, temporal, ferroviaria. Así que volvió una vez más a la cantina. Miró con vasto desaliento hacia la ventanilla de medio punto, de donde había desaparecido la rendija de luz. ¿Habría sido tan sólo, tal vez, pensó, un espejismo reflectante? Y, mientras corregía en el subconsciente la formulación de la pregunta, recogió la botella de agua, salió y se sentó a la puerta, en un banco de madera, con falso gesto pensativo y una infinita, sombría rendición a la paciencia en el semblante, soportando sobre sí el peso conocido de la noche y la desconocida, fatal inminencia de las tinieblas.

Es, sin duda, imposible determinar la estructura del pensamiento en una estación al borde de la madrugada, determinar la dirección ecuánime de las ideas o definir siquiera el rumbo inusual de la conciencia. Lo cierto, en cualquier caso, es que el viajero, una vez que el coche que lo alumbró con los faros amarillos se perdió de espaldas, alejándose cada vez más difusas en su traqueteo las luces rojas de los pilotos traseros, perdida toda esperanza de encontrar ya al interventor, con la certeza de que el muchacho del mostrador, ya fuera por maldad o picardía, ya, más bien, por inconsciencia o ignorancia, no iba a venir en su ayuda, titubeó en el centro del andén y en la cima del desamparo. Por un momento pareció que iba a volver a la cantina (y hubiera comprobado entonces que el hombre del rincón había desaparecido, lo que le hubiera llevado a pensar que sólo estaban en el mundo el muchacho atónito y el propio viajero), pero, no porque lo pensara mejor, ni siquiera porque lo pensara, sino, sencillamente, porque la mirada le deparó otra alternativa, prefirió sentarse en un banco de madera que estaba situado casi debajo de un gran reloj inmóvil, un reloj con dos caras en ángulo agudo, una hacia el norte y otra hacia el oeste. Se echó hacia atrás en el respaldo, cruzó los brazos y miró hacia el centro de la oscuridad, marcado por el perfil huidizo e insoluble de sus límites. Sólo entonces el viajero recapacitó e hizo un resumen, preciso y justo aunque apresurado y caótico, de la situación. Había bajado del tren a tomar un café y a llenar una botella de agua y, como consecuencia de ello, había perdido el tren. Dadas las circunstancias, no tenía nada consigo. El tren se había llevado su equipaje y su destino. Calculando que iba a cubrir la necesidad de la cantina con el dinero suelto de bolsillo, ni siquiera había tenido la precaución de bajar con la chaqueta, de modo que no sólo no tenía equipaje, sino que tampoco tenía dinero ni documentación ni, en definitiva, identidad. Era sólo un hombre (o el hombre) que había perdido el tren y buscaba al interventor. Era además el hombre que no sabía qué hacer. No había nadie con quien hablar, nadie a quien pedir instrucciones, nadie en posición de ayuda. Incluso vio al cabo del tiempo cómo la luz amarillenta de la cantina se apagaba. Durante un rato miró hacia ella, esperando ver salir de un momento a otro al muchacho del mostrador, pero pasaban los minutos y el muchacho no aparecía. Pensó que tal vez dormía en la cantina, acaso detrás del mostrador, sumido en el infecto y sedicente aroma agrio y sucio del vino y la cerveza, en la pestilencia del alcohol barato, estropeado, del vino acre, ese fondo de degradación que sigue a la belleza o a la euforia y se resuelve en posos, en manchas pegajosas, en charcos pestilentes. En cualquier caso, el muchacho no salió (o el viajero no lo vio salir) y un silencio profundo se adueñó de todos los recovecos de la noche. Hubo un instante en que, igualmente agobiado por la indigencia en que se hallaba y por el espesor de las tinieblas, sintió en las sienes el fragor puntual de los latidos, como si un cronómetro sobrehumano marcara obsesivamente la sincronía de la sombra. De pronto sintió que el latido no salía de su cabeza, que el sonido venía de

fuera, que era externo, ajeno al runrún de su conciencia, y miró alrededor, con un temblor frío en la espalda y un acrecentamiento de la indefensión, hasta que advirtió que la insistente levedad de los golpes que lo habían intranquilizado y amedrentado provenía del reloj, el segundero cayendo, dando golpes secos y desafinados, un mecanismo desacompasado prolongando el chasquido de la aguja. En otras circunstancias hubiera sonreído, pero entonces el descubrimiento de una amenaza baldía no desalojaba del panorama de la noche el resto de amenazas que se cernían con funesto silencio sobre la soledad. La percusión, en suma, no era sino el presagio de un infortunio interminable. Sin embargo, al intentar incorporarse sintió sobre el cuerpo un peso extraño, un poderoso chaquetón, según pudo comprobar a tientas. Se había quedado dormido, sin duda, unos minutos y alguien (el muchacho, pensó) lo había arropado. Examinó el chaquetón con cierta intriga, buscó las huellas de alguna identidad, registró en los bolsillos, pero sólo encontró un cuaderno negro, en octavo, con pastas de hule y papel cuadriculado. Todo se le antojaba extraño e irreal, la prolongación confusa y obstinada de una afección febril. Advirtió, para mayor encantamiento, que la botella verde estaba en el suelo, junto al banco. Bebió un trago de agua y se puso en pie. Paseó a lo largo del andén en una y otra dirección. Vio que a lo lejos ascendía hacia el cielo un resplandor amarillo y nebuloso y supo que era aquélla la voz fosforescente de la ciudad. Pensó en la frecuencia con que las paradas de tren, ya fuera para componer equidistancias, ya fuera por la dificultad de trazar líneas rectas entre dos puntos separados por asperezas de la orografía, se habían alejado un tanto de las ciudades, algunos kilómetros de subidas o bajadas, con caminos curvos o irregulares, y durante un tiempo, mientras enumeraba las desavenencias geométricas y geográficas, se dejó seducir por el difuso resplandor de una iluminación marchita y mortecina, como la débil resistencia de la razón frente a la intensidad de la noche. Después, sabiendo que nadie hasta el día siguiente atendería a sus demandas, que nadie en toda la noche acudiría a la estación, decidió acercarse a la ciudad. No había ninguna razón para ello. Tampoco había razón alguna para lo contrario. Sin documentación, sin equipaje, sin dinero, y a las tres de la madrugada, no podía acudir a ningún sitio. Pero había que apurar el amargo sabor de la desdicha.

Así pues, poniéndose el chaquetón, que le quedaba un poco grande, y encajando la botella en uno de los bolsillos laterales, el viajero abandonó la estación, desierta y solitaria, agazapada como una amenaza negra en el corazón de la noche, y, tanteando el terreno con pie inseguro, emprendió el camino de la ciudad, el que él consideraba el camino de la ciudad. Guiado por el resplandor del fondo, por la aureola luminosa que se escondía al otro lado, algo semejante, pensó, a cuando en noches de luna llena ésta está a punto de salir y se halla escondida detrás de una montaña a la cual, con su ascensión, va iluminando desde atrás, de abajo arriba, y el fulgor se eleva misterioso en la oscuridad como surgiendo de sí mismo, causa y efecto a un tiempo, así veía, no sabía dónde, hacia adelante, hacia el fondo, el misterioso fulgor de la ciudad. Iba caminando por un sendero oscuro, por un atajo sin alicientes, con subidas y bajadas, un trecho de tierra y hoyos, útil apenas, pensó, para el coche errante, y tal vez macizo, del interventor. Apenas veía nada alrededor, aunque intuía que a la izquierda había a veces algún edificio, seguramente de poca altura y en estado ruinoso, no destinado a vivienda, sino a almacén, o sencillamente abandonado y destruido, y a la derecha adivinaba la insinuación de un precipicio, el hilo de una vereda por el vértice de un leve terraplén. Pensó que avanzaba hacia la ciudad sin ningún fin. No era como el pistolero que pretende saldar cuentas, ni como el detective que sigue la insidia de una huella delatora, ni siquiera como el agrimensor que pregunta por el camino del castillo. El se acercaba a la ciudad sin pasado ni futuro, con la misma inercia y la misma fatalidad que una bola de nieve rueda por la pendiente. No iba a buscar nada ni a encontrar nada, ni siquiera alimentaba la esperanza de no encontrar y de sufrir por ello. Se acercaba a la ciudad del mismo modo que podía no acercarse, porque la noche era larga y oscura, por el insomnio, por curiosidad, por desidia, víctima tal vez de un sortilegio de limones marchitos, o acaso porque el hombre reconoce desde la inconsciencia el lugar que le ha sido asignado por los dioses para la desventura. No pretendía un remedio: sencillamente iba, caminaba, se acercaba. Luego le llegó el rumor hondo y pausado de un río y enseguida una sensación de frescor, un olor húmedo, la profunda acogida de la hondonada. Y al instante, tras una curva espesa, se topó de frente con la arquitectura de la luz, levantada ante él como una promesa de consuelo. Ahora avanzó con seguridad. A veces parece que hay lugares en los que nunca se entrará, a los que nunca se tendrá acceso, o cosas que nunca se sabrán, de las que el hombre está separado por una frontera compacta e indeleble. Ahora era al contrario: el viajero caminaba con la sensación firme de estar entrando en lo desconocido, en un paraíso prohibido y secreto, degustando con amargura el sabor de la manzana original, una tentación verde en el camino de la desorientación y el extravío. Cruzó un puente. Se detuvo en el medio y miró hacia abajo apoyado en el pretil de piedra y en un como balconcillo que en el centro había. Con el chaquetón, se imaginó por un instante capitán de navío, la mano trémula del buque fantasma en la

línea de sombra. Abajo se adivinaba el agua, densa, opaca y misteriosa. Arriba, el viento esparcía suavemente, y sin misericordia, la secreta podredumbre de las epidemias. Supo, al borde del vértigo, que, apenas diera un paso más, apenas dejara el río a sus espaldas y se adentrara en el recinto amurallado, la noción de viajero se desvanecería en el aire y se convertiría en forastero: el que viene de fuera. Siguió luego un camino batido, al hilo siempre de la ruta natural, hasta llegar al cabo de poco rato al centro urbano, esto es, a la plaza mayor, un rectángulo achatado en las esquinas que, a aquella hora de la madrugada, estaba completamente vacío. Las farolas oponían su débil resistencia a la noche y los árboles apenas recibían el ligero roce del viento, de modo que la calma era inquietante. En algún momento oyó ruido de pasos, ecos sigilosos, pero nadie atravesó la plaza. Se sentó en un banco de piedra y miró las fachadas de las casas, colores sucios, geometrías caprichosas, balcones y ventanas sin luz, recortes y estrategias de un cubismo decrepito. Durante un rato pensó que lo observaban desde la sombra: sabían que iba a venir y lo esperaban, pero habían decidido encubrir la asechanza, ofrecer apariencias vacías, insinuar que estaba en una ciudad muerta, una ciudad presidida y gobernada por la muerte. Se dejó mecer por esa ensoñación y acaso, allí en el banco, sucumbió unos momentos al trance del sueño, porque no percibió los pasos de dos personas que se acercaban. Buenas noches, dijeron. El forastero se sobresaltó. Buenas noches, respondió. Ante él se había detenido una pareja de guardias y lo examinaban con curiosa autoridad. Debieron de pensar que estaba borracho y adormilado, por eso sin duda lo despertaron, campechanos y altivos, con su buenas noches, pero, ante la respuesta educada y serena del durmiente, se interesaron por la circunstancia y por la situación. He perdido el tren, dijo. Bajé a la cantina y me quedé en tierra, añadió. Confundí al interventor. Aquí cerca hay una pensión, señaló uno de los guardias una de las salidas de la plaza. El forastero abarcó con un gesto la bonanza otoñal de la noche y se acomodó en el banco. Mañana hablaré con el interventor, dijo. Le pareció que uno de los guardias fijaba los ojos con suspicacia en el chaquetón, pero la pareja siguió su camino, plaza arriba, y poco después desapareció por una de las calles principales. El forastero siguió sentado, apenas pensativo.

6

Se levantó del banco y salió de la plaza por la misma calle por la que había salido la pareja municipal, dejándose llevar sin saber por qué e incluso, pensándolo bien, deseando no encontrarse de nuevo con la vigilancia urbana, porque era hombre silencioso, que prefería no mantener conversaciones con nadie, y porque no tenía ganas de dar otra vez explicaciones ni quería exhibir delante de espectadores, ni siquiera ocasionales, la apariencia de su desamparo o el aspecto suplicante del desvalido. Salió, pese a todo, por aquella calle, que era la más alejada, hacia el norte, de aquella otra por la que había entrado, desde el sur (y tal vez, en el fondo, fuera ésa la razón, y no la inercia, esto es, completar el recorrido de la ciudad en un sentido puramente longitudinal, trazando una línea recta invulnerable de sur a norte), pero pronto se dejó enredar por el atractivo desierto y estrecho de algunas callejuelas. Parecía ciertamente estar realizando una inspección urbanística, pues se detenía en cada esquina y a menudo ante cada fachada que tuviera algún detalle singular (una puerta con arco, una aldaba estridente, una ventana señorial, una hornacina), para seguir luego lenta, parsimoniosamente, hacia adelante. No había ningún movimiento en el escenario y al cabo de un rato, cuando salió a otra calle principal distinta a la que había tomado inicialmente, supo perdido el rumbo norte. Siguió, no obstante, el camino, entre escaparates apagados, con maniqués amenazantes, muestrarios de zapatos, electrodomésticos dormidos, productos ultramarinos, salazones, material de ferretería, hasta que, tras atravesar una puerta isabelina, llegó a una plaza irregular, confusa, quebrada e inconcreta. Miró en redondo y no se supo solo. En un extremo se adivinaba movimiento, una franja de luz saliendo de una puerta, tal vez una ventana abierta. Tuvo un primer amago de retirada, la tentación de recuperar el norte al que ascendía la parte alta de la ciudad, pero identificó luego el olor inconfundible del aceite hirviendo y sintió la primera punzada del hambre. No había cenado (apenas tal vez un bocado en el tren antes de bajar a la cantina) y llevaba ya varias horas vagando por la noche y la estación y la ciudad, de modo que, pese a la angustia y el desamparo, pese al desconcierto y la zozobra, había llegado ya el momento en que el forastero se resignaba a la desdicha. Reconoció que el hambre lo acuciaba repentina, una comezón de vacío intestino, de ingravidez, la pesarosa amenaza de un cuerpo desalojado. Se fue acercando, pues, despacio, siguiendo la llamada del olor y el apetito, a la luz de la ventana. A través de ella vio a una mujer faenando en el interior. Era un cuarto diminuto, al que se accedía por alguna puerta interna y aparentemente secreta, pues él no conseguía distinguirla, y con una ventana cuyo alféizar, duplicado, hacia dentro y hacia fuera, hacía las veces de mostrador. La luz del local era macilenta y amarilla, como esas luces que contienen en sí el germen de la melancolía o que absorben los grados de tristeza de los forasteros o paseantes apesadumbrados, y la mujer se movía con eficacia de un lado a otro por entre una atmósfera intensa de humo y aceite. El forastero se acercó muy lentamente. Contó el dinero que tenía en el

bolsillo, apenas unas monedas, la vuelta del café que había tomado en la cantina, céntimos, migajas, y sospechó que poco alimento podían darle a cambio de tan miserable calderilla. Se acercó pese a todo a la ventana y reclamó la atención de la mujer, que se asustó al principio al verlo, pues sus primeros clientes (y todavía faltaba tiempo para ello) eran las cafeterías madrugadoras, el café de los cazadores en primer lugar, que abría antes del amanecer, de modo que ver a un cliente no habitual, tan temprano y tan sombrío, con aquel chaquetón oscuro, la sobresaltó, pero enseguida recompuso el semblante y emitió un buenos días conciliador. El forastero colocó sobre el alféizar interior todo su capital disponible, una auténtica miseria en relieve desgastado de aluminio. Esto, dijo, lo que entre en esto. La mujer lo miró con cara de asombro, como preguntándose si no se estaría burlando de ella. Parece mentira, dijo con retintín, lo mismo tengo poca masa. Y con la desenvoltura del oficio por una parte y con las muestras de desagrado que cabe expresar en movimientos imprecisos y airados por otra, cogió un junco, colocó dos churros escuálidos en tan largo atadero y se enfrentó a la ventana. Aquí tiene, dijo con evidente mordacidad. Recogió el dinero con desdén y entregó al hombre tan minúsculo festín. Entonces lo miró con las manos en jarras, que es una forma universal de interjección, y, pese a no advertir en el desconocido ningún signo de miseria, si acaso un asomo de cansancio en el rostro, la huella de una espera prolongada y sin esperanza, se compadeció de él. Espere, dijo. El forastero se acercó dudoso. La mujer le quitó el junco con presteza y decisión y colocó varios churros más en el atadijo. Ande, tome, dijo. Gracias, respondió el forastero en voz casi inaudible y se alejó lentamente, acongojado, dolorido. Era la primera vez que alguien le daba una limosna y se compadeció de sí mismo hasta tal punto que, como si se tratara de un bendito analgésico, sintió en el alma o en el pensamiento el intenso sabor, amargo y grato, de unas irreflexivas lágrimas, apenas un atisbo de cálida humedad en las mejillas sucumbiendo a la propia compasión.

Con el atadizo de churros humeantes en la mano (intentó comerse uno y se quemó los labios, era la segunda vez que se quemaba en la ciudad, acababa, por consiguiente, de llegar al infierno, pensó con una sonrisa gratuita), tomó de nuevo el rumbo norte, que era el que más lo alejaba de la estación, mientras daba tregua a la temperatura de los churros. Ahora, en cambio, no había posibilidad de que perdiera tren alguno, porque no iba a ninguna parte. Se limitaba a vagabundear por los rincones de la noche bordeando los restos desolados de la antigua muralla, una sucesión intermitente de grandeza y miseria, de noble arquitectura militar y de apéndices domésticos de la infamia, zahúrdas y buhardillas al arrimo de la vieja fortificación. Fue así como llegó a unos jardines públicos. Adivinaba la geometría de los setos y la silueta espesa de los árboles. De alguna parte salía también un rumor de agua, tal vez las tenues estridencias cristalinas de una fuente, cierto runrún de gárgola escondida. Al fin y al cabo, pensó, todo parque es un bosque sometido a los criterios simétricos de la razón. El forastero se sentó en un banco de hierro y, ahora sí, habitante del mejor de los mundos posibles, se fue comiendo los churros con cándido deleite, entrando en la templanza de la gloria a medida que la masa de harina frita sosegaba su espíritu. Fue condurando el alimento, complaciéndose en cada bocado con la imperturbabilidad del desahuciado, con la palpitante certidumbre de una futura indigencia y una desazón incierta. Cuando acabó la ración, aquella ofrenda de los dioses, bebió agua de la botella y se relajó serenamente. Entonces, pese a las magulladuras que la dolorosa forja del banco le producía en el cuerpo, se fue quedando dormido poco a poco, dejándose resbalar sobre tan menesteroso lecho, buscando desde el otro lado del sueño una postura menos incómoda, hasta quedar extendido sobre la dureza fría y metálica de una lámina de hierro sin textura anatómica.

Cuando la efervescencia del frío lo despertó, ya las primeras claridades empezaban a difuminar el misterio de la noche. No faltaba mucho para el amanecer, aún no había salido el sol, pero la sombra se había tornado pálida y los árboles del parque, los setos, los edificios próximos adquirirían perfiles de existencia singular, asomos de siluetas verdaderas. Pese al abrigo del chaquetón, de un espesor terrero, el forastero se había despertado tiritando, con el cuerpo aterido y una sensación de ser agujereado, como si minuciosos alfileres hubieran labrado sobre él un imaginario periplo de anatomía en acerico. A duras penas se levantó del banco, se desperezó mirando a un lado y otro con cierto disimulo, temblores y escalofríos recorrieron su cuerpo discontinuo, la carne de gallina, trémula, y coordinó tres o cuatro movimientos de apariencia brusca para quitarse de encima los puntiagudos entumecimientos del frío, cosa que no consiguió del todo, pues andaba con los hombros encogidos, los codos clavados en la cintura y frotándose las manos. Es fácil admitir el esplendor poético del amanecer, sobre todo desde un dormitorio orientado hacia el este, tras una ventana precursora, pero la poesía de la alborada sólo radica en la precedencia de la noche. Se puede sin duda ponderar la dimensión simbólica de la luz, alimentar la tensión y la esperanza del inicio, certificar la garantía del nuevo día y regocijarse con el comienzo, una vez más, del ciclo. Tal vez se pueda entender también mejor como superación de la sombra y del peligro, como el triunfo de la luz y de la razón sobre la oscuridad y la ignorancia. Al fin y al cabo las conjunciones astrales dan materia al hombre para elaborar un modo de vida, para ajustarse a la tiranía de la naturaleza, para acomodarse a los caprichos ineludibles y exactos de la maquinaria indómita del cosmos. Pero al forastero la inminencia de la aurora no le suponía ningún resquicio de esperanza. Tal vez intuía el fin de la pesadilla o admitía la preferencia de una pesadilla diurna a la misma pesadilla sobre los escenarios confusos de la noche, pero una pesadilla real, tangible, no se desvanece con la luz ni se esfuma con los primeros rayos del sol, antes bien perdura y se agranda con el día, adquiere su dimensión objetiva. Si las pesadillas de las tinieblas son terribles, porque la sombra no permite adivinar la textura del enemigo ni calibrar de forma precisa la extensión del campo de batalla, cuando, llegado el día, la pesadilla permanece, su misma persistencia la hace más terrible, porque ahora se reproduce en toda su intensidad y sin añadidos aterradores, todo el terror procede de ella misma, no de sus abalorios ni de sus adornos ni de sus aditamentos. Ella en sí misma contiene todas las jerarquías del terror, su sobrecogedora inmanencia. En su pureza radica precisamente su espanto. Por eso el amanecer fue para el forastero una profundización en la conciencia del desamparo, un aguzamiento de la circunstancia desvalida en la que se había hundido, en la que todavía no sabía (tal vez) que estaba ya instalado. Vio, en efecto, asomar el sol sobre la cima de un horizonte cercano, una sierra bárbara y menor, y consideró que no traía consigo albricias aunque trajera albores. La ciudad

había despertado entretanto y también a su modo se liberaba de la noche con un desperezo pálido, sacudiendo su languidez ante la inutilidad anémica de las farolas aún encendidas, cadavéricas manchas de luz en otra luz mayor. Había movimiento de coches y los primeros transeúntes se apresuraban adormecidos hacia destinos rutinarios, sonámbulos por las aceras. Pero para el forastero el despertar urbano no suponía entusiasmo alguno, sino todo lo contrario, porque era el único que no formaba parte de ese despertar (como tampoco había formado parte natural del sueño), a él en nada le atañía el mecanismo social del arranque. Sin embargo, consideró que, pese a todo, algo también empezaba para él o se transformaba, aunque sólo fuera la perspectiva, y con ese runrún en la cabeza fue recorriendo el parque con desgana, se acercó a la fuente cuyo rumor lo había mecido en la madrugada baja, se mojó la cara con ademanes pasivos, con el gesto apático de muchos años incluido en el hábito, y echó una última mirada en derredor, el capricho artificioso y uniforme de aquella sumisión vegetal. Después, llenó la botella de agua y abandonó los jardines nocturnos. Ante él se extendía una avenida amplia y provinciana.

Siguiendo un sentido innato de la orientación que, si no estaba demasiado desarrollado, tampoco solía traicionarle, el forastero fue dejándose caer con la aurora incipiente hacia la plaza, intentando hacer, aunque sin conciencia precisa de ello, el camino inverso al de la noche anterior. Caminaba por una avenida relativamente amplia, con fisonomía reciente o renovada, en la que se apreciaba que los delineantes municipales habían puesto todos sus esfuerzos y habían depositado todas sus esperanzas para que la ciudad prosperara hacia el norte, esa querencia del crecimiento urbanístico que se aleja de África y se arrima por igual a los reinos poderosos y al prestigio industrial del frío. Más o menos en el centro de la calle se estaba levantando una casa de varios pisos, el esqueleto de una estructura roja y descarnada, en la que los albañiles se afanaban con desgana engañosa, se desperezaban parsimoniosos y cazalleros en su tarea matutina. Iban sucios, hablaban a voces, algunos llevaban gorras, otros fumaban encaramados a las plantas superiores y, arriesgando poses peligrosas, chulescas, arrogantes, en el filo de las habitaciones sin barandas, se llamaban a gritos, subían y bajaban, se insultaban, articulaban procacidades, se reían, y el forastero se entretuvo contemplando aquella escenificación de los trabajos y los días, la épica perseverante de la historia común. De pronto, al grito de aviso de uno de ellos, especie de vigía gritando tierra, tierra a la vista, tierra, ante los primeros atisbos de la orilla americana, se formó un cierto alboroto en la obra y pudo advertir el forastero cómo todos los albañiles miraban hacia la parte baja de la calle. Ya viene, ya viene, se decían, gritaban, como apresurándose y disponiéndose a un rito extraordinario, con una expectativa exagerada. Él miró a su vez hacia donde miraban los albañiles y sólo vio avanzar desde la parte baja de la calle, al fondo, a un individuo escuálido y enjuto, consumido, de estatura menuda, con una gorra visera y una bicicleta de la mano. Nadie más subía o bajaba por la calle y, a juzgar por la orientación unánime de los rostros, los albañiles concentraban toda su atención en la figura del hombre que subía. El forastero no supo dónde radicaba el interés ni el atractivo que aquel pobre hombre pudiera despertar en nadie, hasta que oyó un grito destemplado que salía de alguna de las plantas de la casa en construcción, de entre los ladrillos, del hormigón, de un entresuelo rojo y polvoriento. ¿Quién es el sinvergüenza más hideputa del mundo?, preguntó la voz en grito. Entonces, de la parte baja de la avenida, como un eco, llegó una especie de respuesta automática. El afiladooor, oyó el forastero que respondía el individuo que caminaba con una bicicleta al lado. Ahora supo el forastero que se trataba de un operario ambulante, un individuo de oficio nómada, pero antes de que pudiera recomponer la trama laboral de los pueblos en ruina, un instante antes de que el hombre, cuya trayectoria seguía con la mirada fija, llegara a la altura de una acacia, se oyó de nuevo la pregunta, la misma pregunta y la misma voz. ¿Quién es el sinvergüenza más hideputa del mundo? La respuesta salió de la acacia. El afiladooor, respondió el eco. Era un hombre curtido

y oscuro, de edad más que media, muy bajo, marcado con la señal bíblica del génesis, la maldición que otorga una apariencia anormal, circense, pintoresca, a los oficios trashumantes. Cuando, un poco más adelante, volvió a repetirse el fenómeno, el forastero compuso un esquema narrativo de la acción o de la sucesión de acciones que estaba contemplando. Parecía claro que el afilador era sordo y el forastero llegó a una conclusión: o bien el afilador pregonaba su oficio siempre en los mismos puntos y el portavoz de los albañiles conocía el lugar exacto del pregón, o bien el portavoz de los albañiles había cogido la cadencia del pregón, o bien reconocía algún ademán que anticipara la proclama ambulante, porque la pregunta y la respuesta se sucedieron con una sincronía total durante todo el trayecto del afilador por la avenida. Y siempre, una y otra vez, tras la respuesta, cada vez más debilitada, llegaban hasta el forastero las risas de la construcción, carcajadas que salían, como la voz, de los ladrillos y el cemento, unas carcajadas grotescas, un azuzamiento al gracioso. Otra vez, otra vez, decían, con el ingenuo entusiasmo de los niños. Y el portavoz de los albañiles volvía a acertar una vez y otra vez con el momento justo y errabundo del afilador. Siempre la misma voz, siempre la misma pregunta, siempre la misma respuesta y siempre las mismas carcajadas: tal era la sustancia o argamasa jocosa de la mañana. El forastero sintió un amago de compasión y de lástima y miró al afilador hasta el final, cuando desapareció por una calle a la derecha respondiendo por última vez a la pregunta de los albañiles.

El forastero hizo el recorrido inverso al de la noche, partió del norte urbano, que era el lugar de los jardines y de la próspera y rutinaria clase media emergente, y se dirigió hacia el sur, donde se albergaban las periferias miserables, las chabolas insalubres y los barracones negruzcos de la estación. Aunque pasó por algunas de las calles que había atravesado la noche anterior, no reconoció paraje alguno, el escenario se había llenado de actores, las cafeterías de la plaza estaban abiertas, algunos agentes del orden que encontró no eran los que habían tenido turno de noche y había, en fin, una agitación efervescente y opaca que daba pábulo y continuidad histórica a las consecuencias de la aurora. Ni siquiera supo determinar, aunque lo intentó, en qué banco de la plaza había estado sentado en la alta madrugada. En los árboles (acacias, plátanos, naranjos) se habían despertado todos los pájaros del mundo y la algarabía pajarera era tal que podía tenerse la impresión, si se cerraban los ojos, de encontrarse en los límites de un bosque o en la vecindad del paraíso. Nunca oyeron los hombres sonidos tan gozosos. Pensó entonces el forastero en los pájaros urbanos, en cómo se dice a menudo que alguien es libre como un pájaro, en cómo se centra en el vuelo del pájaro el símbolo de la libertad más alta, cuando a la postre resulta que son numerosos los pájaros que se arriman a la prisión de la ciudad, junto a la esclavitud del hombre. Los pájaros se han civilizado con el hombre, pensó. Los gorriones sobrevuelan cualquier núcleo urbano, las cigüeñas se acogen a las torres de las iglesias y construyen sus nidos de toneladas como atalayas de los hombres, las golondrinas y los aviones reclaman los alerones de las casas, los vencejos ejecutan acrobacias en las plazas abiertas. De todo ello (y de otros recuentos que su mente se negaba a pormenorizar, de modo que aparecían difusos, amontonados y sin desbrozar en la confusión matinal de sus ensueños) empezó a deducir el forastero que, en contra de lo que tradicionalmente se cree, la libertad no está en el campo ni en los territorios abiertos ni en los espacios amplios y desiertos de la creación de la providencia, sino, muy al contrario, en los espacios estrictos y reducidos de la creación humana, en los pueblos, en las ciudades, en los núcleos humanos, en las tristes e inevitables aglomeraciones de los hombres. Del mismo modo que los perros, o los lobos, seguían a las hordas primitivas que recorrían los campos buscando alimentos y agotando como depredadores cada lugar en que se asentaban provisionalmente, así ahora los pájaros venían a las ciudades, como venían a las ciudades los desheredados del campo, peregrinos de la modernidad industrial. Sólo en las ciudades hay mendigos, pensó el forastero recordando el sabor cálido de los churros, sólo en las ciudades hay lugar para la locura y la pobreza, para la caridad y la misericordia, para la conciencia real de la soledad. Casi sin darse cuenta (o tal vez dándose cuenta, pero sólo en la vertiente intelectual del razonamiento y no en su vertiente práctica aplicada), el forastero iba elaborando una teoría de la existencia y de la composición social del mundo. A veces pensó después que, en el instante en que

dio rienda suelta a esos pensamientos, empezó a entrever o intuir su futuro (si cabe llamar futuro a lo que vino a continuación), incluso a aceptarlo como tal futuro, es decir, que al pensar lo que pensaba empezaba a ser un tanto él mismo, el él mismo que iba a ser a partir de aquel instante (cada vez menos viajero, cada vez más interventor), o acaso no a partir de aquel instante, pero sí al cabo de unos días, acaso de una semana, si bien, objetó, el hombre nunca termina de ser él mismo y cuando termina de ser él mismo ya deja también de ser toda otra cosa que imaginable sea en el mundo, lo que viene a significar que la plenitud del hombre coincide con su desaparición o con su muerte. Muerte o desaparición, subrayó. Pensando estuvo si, como a cierto caballo literario de célebre notoriedad, le había dado un arrebató metafísico o, como al mismo caballo, la necesidad de sustento y la privación lo conducían por vericuetos o elucubraciones cargadas de abstracción, si era, en suma, cuestión de metafísica o de rancho el curso o vuelo enfurecido de su imaginación y de su pensamiento. Sea como fuere, quienes lo vieron pasar por la plaza, atraídos tal vez por la incongruencia del chaquetón, aseguran que iba hablando consigo mismo por lo bajo y que sólo repetía o sólo se le entendía de la retahíla una frase alucinada, una torva letanía mañanera de la que sobresalía siempre al final, como *ora pro nobis*, una referencia al interventor, siempre el interventor, sólo el interventor, insistencia de la que, como es fácil de entender, le vendría a la postre el nombre por el que fue conocido y llamado en la ciudad, y que acabó aceptando más tarde como propio, hasta el punto de responder sólo, de hecho, a ese reclamo: no bastaría, por tanto, con que alguien dijera, eh, tú, o tal vez, oiga usted, en ese caso ni se volvía ni atendía, pero cuando alguien pronunciara la palabra interventor en tono vocativo rápidamente el forastero se volvería y prestaría atención. Así fue, pues, como lo vieron atravesar la plaza aquella mañana de finales de noviembre quienes recuerdan dicha circunstancia, que no son muchos por otra parte (o, en todo caso, muchos menos de los que lo dicen, porque, de lo contrario, toda la ciudad estaría aquella mañana contemplando, como en una procesión, el paso vencido del viajero, del forastero, del interventor): con el chaquetón oscuro y hablando solo. Entró por el norte, se detuvo, se acercó a los bancos, examinando, comprobando, buscando acaso uno en concreto, como si quisiera sentarse y no supiera cuál elegir, y decidiera al fin no sentarse y desde el centro, como un torero brindando al tendido, dio lentas vueltas sobre sí mismo, miró a los árboles espesos, a las casas, a la gente, cayendo sobre su conciencia la pesadumbre serena y exacta y robusta de sus nuevos, laboriosos, taciturnos pensamientos. Después abandonó la plaza por la misma calle (ahora sí cabía esa seguridad) por la que había entrado en ella la madrugada anterior y se fue dejando caer, lentamente, parsimoniosamente, con la ostentación del que no tiene nada que hacer ni prisa por hacerlo, ni necesidad alguna de hacerlo, diciéndose, según todos los testimonios, que necesitaba encontrar al interventor, dejándose caer, en fin, hacia abajo, hacia el río, camino de la estación de tren, buscando desesperanzadamente al interventor.

El forastero llegó otra vez, viajero nuevamente, a la estación y se encontró a la luz del día, primaria aún pese a todo, ante los adustos y silenciosos barracones que durante la noche se habían alzado, enormes, como amenazas, configuraciones compactas de la sombra. Pudo ahora advertir el carácter herrumbroso de las paredes y su disolución cromática en la tiranía del hierro y del vapor. Si siempre en las estaciones prevalece la herrumbre e incluso en los matojos que en ocasiones asoman por las rendijas o en la base de los edificios se advierte con prontitud el impulso de una savia vegetal básicamente ferruginosa, apenas una concesión de la barbarie industrial a los caprichos de la naturaleza, ahora toda esa costumbre se multiplicaba por la intensidad del tiempo espeso, la densa y árida sucesión de eras bajo la desidia tradicional de la región. El viajero comprobó enseguida que todo estaba cerrado, incluso la cantina, que no había taquilla, que la sala de espera, si lo fue o la hubo, estaba clausurada. Al fondo, en una especie de corralón ferroviario con vagones desvencijados y amontonamientos de material en desuso o en manifiesto deterioro (maderos, hierros, raíles, traviesas, carbón, balasto, calderas rotas), vio un único y solitario coche aparcado. Pensó que se trataba del coche del interventor o, en todo caso, del mismo coche que la noche anterior lo había deslumbrado con sus faros al retirarse y tomar el camino de la ciudad. El corralón tenía una entrada ancha, apropiada para camiones de alto tonelaje, sin puertas, simulacro suficiente, en cualquier caso, para acotar el terreno de la compañía, frente a la leve explanada exterior de uso público o comunal. Examinó el coche de lejos, sin acercarse, porque en ningún caso podría decidir si se trataba del mismo coche de la noche anterior o de otro distinto, aunque, fuera el mismo o fuera otro, pensó, era innegable que alguien había acudido a primera hora de la mañana a la estación, así que decidió recorrer los barracones, empezando por la oficina que estaba al lado de la cantina, a la que daba la ventanilla de medio punto y que él había clasificado como despacho del interventor. Pero, al igual que la cantina, el supuesto despacho del interventor estaba cerrado. Siguió entonces empujando las puertas o los portales de todos los caserones, las ventanas de todas las dependencias, de los almacenes, encontrando, como temía, que no había nada, absolutamente nada, abierto. El reloj marcaba una hora temprana (la mañana es lenta y larga cuando se arranca antes que el sol) y pensó que tal vez fuera pronto para que hubieran acudido el interventor o alguno de esos obreros solitarios y renegridos, con monos desastrados y ceño taciturno, que se ven en las cercanías de los trenes. Así, desinflada la primera esperanza de obtener información o soluciones a su contratiempo, concluyendo que de la presencia del coche no se deducía necesariamente la presencia de su dueño, poco a poco se fue acercando de nuevo al corralón y al coche. Lo rodeó con precauciones. Era un coche viejo y destartado que no parecía sin embargo en desuso, uno de esos modelos que sobreviven renqueando y con achaques menores a todos los adelantos de la técnica y se

empecinan en mantener su solidez (una especie de buena salud mecánica enternecedora) contra toda la exquisita y frágil tiranía del progreso. Tenía abiertas las ventanillas delanteras y el viajero pensó que, si nadie atendía a sus llamadas, sí atendería a las reclamaciones del coche, de modo que metió la mano por la ventanilla izquierda y apretó tres o cuatro veces en el centro del volante el botón de la bocina. Un estruendo desgarrado y quejumbroso salió de las entrañas del motor, un zumbido desafinado y agonizante, como un estertor lastimero. Aguardó hasta ver el resultado del lamento, pero pasaban los segundos, incluso los minutos, y nadie acudía al reclamo de la bocina. Insistió en los bocinazos, cada vez con mayor indignación, con menos contemplaciones, pero fuera cual fuera la resolución o la contundencia de las llamadas, nadie acudió en ninguna ocasión a las exigencias roncadas y afónicas del claxon. Pensó entonces el viajero que podía estar en un error de apreciación o de deducción, ya que no sólo se encontraba en la imposibilidad de decidir si aquel vehículo era el mismo que había visto marchar la noche anterior (que sería previsiblemente el del interventor, según el viajero se empeñaba en suponer), sino también en la imposibilidad de saber siquiera si aquel coche había estado allí toda la noche, si era un coche abandonado a la suerte corrosiva del corralón ferroviario, destinado a la postre a un porvenir de herrumbre y óxido. Como tenía todo el tiempo por delante, que es una forma de no tener más tiempo que el presente, una condición del futuro sin las conjunciones apropiadas, la reducción a enunciado negativo de una prótasis trunca, es decir, ningún objetivo más allá de lo inmediato, de la pura y simple sucesión de instantes sin trascendencia ni teleología alguna que rebasara los límites del mero sucederse, el imperio puntual de un reloj esquivo y juguetero, como no había nada que en definitiva pudiera hacer salvo esperar, aguardar, vigilar y acechar, volvió desganadamente sobre sus pasos, regresó al andén principal (había otros andenes secundarios atravesando la primera vía, pero era improbable que los viajeros accedieran a ellos alguna vez, tales eran las huellas de su deterioro y abandono), al arribo funesto de la cantina, y se sentó en el banco de madera que había bajo el reloj bifronte de pared, el reloj con una cara al norte y otra al oeste, la marca de una hora instalada en la desolación quemada y hosca de un páramo irreal. Para mayor desahogo, se tumbó a lo largo y colocó el brazo derecho a modo de almohada bajo la cabeza. Era improbable que así pudiera dormir, sobre todo porque no podía apartar los ojos del segundero de la cara del reloj que daba al norte y porque el sonido de la aguja acompañando su salto mortecino se convirtió a los pocos minutos en una obsesión inaplazable, un ejercicio enloquecedor de alucinación o hipnosis, pero decidió aguardar, segundo a segundo, golpe a golpe, tac a tac, la llegada incierta del interventor.

Cuando el reloj marcaba las doce y veinticuatro minutos y el sol mostraba un esplendor de matices gratamente primaverales, el viajero se incorporó ante un ruido que no llegó a identificar del todo. Enseguida vio entrar en el andén haciendo malabarismos sobre una bicicleta al rufián de la cantina. Se sostenía sobre la rueda trasera y llevaba la rueda delantera en alto, como un caballo encabritado en manos de un rejoneador, pretendiendo, sin duda, una particular exhibición, una entrada aparatosa y espectacular, peligrosísima, en el vasto escenario de los ferrocarriles, para detenerse luego con precisión y exactitud al lado del reloj, en la puerta misma de la cantina. Probablemente ejecutaba el número cada mañana, porque los jóvenes se empeñan a menudo en acrobacias estériles, y aquél era, una mañana más, su modo habitual de llegar al trabajo, la rúbrica de su firma laboral trazada con las ruedas en el suelo, un ejercicio de primor ciclista o circense para una galería desierta, en un paraje desolado, pero en esta ocasión, ya fuera por la presencia inesperada del viajero, ya fuera porque no lo vio hasta el momento en que éste se incorporó en el banco, cuando ya él venía lanzado sobre una sola rueda, el caso fue que perdió la concentración requerida para tan arriesgada maniobra y, bien porque frenara demasiado pronto o demasiado tarde, bien porque se desviara considerablemente del punto de referencia fijo, bien porque los ojos del joven se quedaran prendidos en la figura fantasmal del viajero y la bicicleta llevara ya incorporado su propio e irrefrenable impulso, hizo un quiebro en el aire, la rueda delantera se retorció como una marioneta deshilachada, la bicicleta salió despedida hacia las vías, donde quedó notablemente averiada, y el cantinero, tras una voltereta de simio sorprendido, como un volatinero espectacular descamisado, con los brazos extendidos y los ojos muy abiertos, como quien tiene plena conciencia de lo que le aguarda, se abatió de frente precisamente contra la puerta de la oficina del interventor. El impacto fue de tal calibre, tan estruendoso el sonido del cuerpo contra la puerta, un golpe seco de saco medio lleno contra una superficie plana, como un aplastamiento, que el viajero creyó que se había matado. Se levantó del banco como por un resorte y vio al muchacho doblarse sobre sí mismo, resbalando hacia el suelo. Sin embargo, tal vez por un prurito de vergüenza torera, por sobreponerse al desastre evidente de la faena y demostrar que incluso en la adversidad hay que tener elegancia, el joven se levantó de un salto, se prodigó en los gestos del torero vapuleado cuando pide a gritos y a manotazos que lo dejen solo y se encaró al viajero, como si fuera el toro, con mirada de desafío. Tenía el rostro descompuesto y la cara desencajada y, tras el primer instante, en la respuesta mecánica de un muñeco que culpaba al inofensivo espectador del percance al que lo había conducido su propia estupidez, el muchacho se quedó allí de pie, mirando al viajero con cara de bobo, como si se tratara de una aparición o acaso reducido por el batacazo a su verdadera condición de espantapájaros, con la boca abierta, los brazos levemente separados del cuerpo y deshilachados, la camisa rota, mientras la rueda

trasera de la bicicleta seguía girando sola en el vacío sobre los raíles. Durante un rato ninguno de los dos dijo nada, pero después, cuando la situación se tornó lo suficientemente ridícula (los dos de pie, frente a frente, mirándose, como en el final de las películas del oeste en el momento que precede a los disparos), el muchacho de la cantina se echó a llorar de forma desconsolada al tiempo que, atropelladamente, entre balbuceos y mocos, parlotaba explicaciones sin sentido, una perorata gimiente y pueril. Quiso el viajero consolar al muchacho y restar importancia al lance, pero todos los intentos en ese sentido no hacían sino acrecentar el nerviosismo, el desconsuelo y los padecimientos del aprendiz de volatines. ¿Te has hecho mucho daño, hijo?, preguntó. No, respondió el muchacho con displicencia. El viajero quiso entonces acercarse y dio un paso adelante, pero el muchacho modificó su posición de espantapájaros y retrocedió dos pasos. ¿Estás herido, hijo?, preguntó el viajero. No, volvió a responder de nuevo el muchacho, atragantado por la ira y las lágrimas. Eres un artista de la bicicleta, alabó entonces el viajero. No, replicó éste enfurecido consigo mismo, qué más quisiera. ¿Es la primera vez que te caes?, preguntó aún el viajero, condescendiente. No, contestó el muchacho con rabia, me caigo todos los días. Y el viajero no supo si la respuesta contenía la verdad o era un ejercicio de ironía sugerido por la irritación del desenlace. Entonces, el muchacho volvió verdaderamente en sí, rescató la bicicleta de las vías (había algo deplorable en el estado de la máquina, una llanta se había doblado y daba a la circunferencia de la rueda un matiz angular en el eje de la avería) y desapareció cansinamente, acorde con su derrota, del andén. Al poco rato el viajero oyó trajinar a sus espaldas, en el interior de la cantina, y poco después vio cómo el muchacho, apenas aseado tras la caída, abría la puerta que daba al andén. ¿Por qué secreta puerta entraba el joven?, se preguntó. Sin embargo, amortiguó la curiosidad. No había un alma en la estación, sólo un viejo viajero y un ciclista chiflado. Era media mañana y las displicencias del otoño no proporcionaban vigor alguno a los desheredados. ¿A qué hora viene el interventor?, preguntó el viajero al ciclista asomándose a la puerta. Hoy no viene, respondió el joven con un punto de ira. Al viajero se le nubló la vista y se le ahogó toda esperanza. Volvió al banco y se sentó bajo el reloj. Desde allí oía el trabajo del muchacho: trajín de cajas, ruidos de vidrio, estrépitos de vapor. Se levantó y entró en la cantina. ¿Puedes llenarme la botella?, dijo. El muchacho llenó en el grifo la botella sin mirarlo. ¿No quiere un café?, le dijo al entregársela. El viajero dijo que no tenía dinero, pero el muchacho, casi con lágrimas en los ojos, preparó un café. Invita la casa, dijo. Y el viajero vio la taza humeante sobre el mostrador y dio tiempo al reposo y después probó un sorbo, un café pésimo, sin sabor, sin aroma, pura destilación hirviente de la desventura y la indigencia, atisbos negros (y tal vez no menores) de su propio, aciago porvenir.

El cantinero se inscribía dentro de los límites de una edad precaria e inofensiva, entre la picardía y la indecisión, en el germen de un temperamento huraño, aún sin juicio suficiente (como la mayoría de los hombres por otra parte, pero en el joven cantinero los efectos de la evidencia, tan insensatos y expresivos, servían simultáneamente como un agravante intelectual y un atenuante moral) para comprender el mundo y su organización compleja y disparatada, azarosa y triste. Delante de la taza de café, en tanto el muchacho consumía un refresco amarillo, y con mayores dosis de silencio que de diálogo, el viajero supo de sobra que aquel pobre muchacho no tenía culpa ninguna de su desgracia, en toda la dimensión y ambigüedad de la desgracia, porque se trataba de una persona ajena a las categorías de culpa y de responsabilidad, un ser instalado en el verdadero paraíso de los despropósitos y de la inocencia. Quiso entonces agradecerle el chaquetón, la delicadeza de arroparlo con sigilo en el frío de la madrugada, pero el muchacho, con el pensamiento repartido entre el propio dolor y el destrozo de la bicicleta, negó que tuviera nada que ver con el obsequio. Le preguntó si podía seguir usándolo, pero el muchacho insistió en que nada sabía. Incluso hay un cuaderno en el bolsillo, dijo el viajero y mostró el cuaderno de hule negro. Para usted para siempre, dijo el muchacho con enojo, sin especificar si se refería al cuaderno, al chaquetón o a las dos cosas. En algún momento, sin embargo, pensó el viajero que, probablemente, si el tiempo y la providencia no lo impedían, esto es, si la desventura ferroviaria se cebaba en él de forma prolongada, terminarían siendo buenos amigos, verdaderos compañeros de sufrimiento en los eternos devaneos del laberinto de la fortuna. En cualquier caso, y después de haber decidido conservar el chaquetón en usufructo y el cuaderno en propiedad, el viajero intentó obtener del muchacho alguna información sobre horarios de trenes, horarios laborales de los obreros del ferrocarril, cualquier indicio, en fin, que sirviera a sus propósitos y alentara una solución al infortunio. Supo así a duras penas que no había un horario de trenes estricto, que el tren nocturno en el que él había venido sólo pasaba una vez a la semana y que incluso había semanas en que no pasaba. Hubo un tiempo, según dedujo de las breves y a veces contradictorias respuestas del muchacho y según comentarían más tarde algunos jornaleros que vinieron a la cantina a comerse un bocadillo, en que aquella estación era próspera y los trenes pasaban puntuales y numerosos, abarrotados y espectaculares. Pero aquella época había pasado, dijo con amargura un jornalero. Ya no hay trenes ni trenes, dijo con amargura no menor un segundo jornalero, ya sólo hay miseria y crujir de dientes, añadió entre solemne y burlón, como dice Cristo, dijo. Y así siguieron enhebrando la elegía de la decadencia ferroviaria, enlazando a veces los comentarios con alguna adyacencia blasfema excrementicia y con diversas salazones sexuales. En definitiva, para lo que interesaba al viajero, lo cierto era que no había trenes, o que los había de manera intermitente, o que no se sabía muy bien

en qué dirección iban a ir, o cuándo iban a llegar, o siquiera si iban a llegar, de modo que se sintió verdaderamente abandonado a su suerte, que se preveía mala, sin origen ni destino, sin razón ni fundamento, como una esperanza inmóvil. Cuando los jornaleros, entre bromas y chanzas, abandonaron la cantina, el viajero sacó de algún bolsillo del chaquetón un sobre azul oscuro, con franjas de diversa intensidad, y extrajo del sobre tres o cuatro cuartillas. Dejó el sobre en el mostrador y el muchacho vio que tenía sello, dirección y matasellos, pero no alcanzó a leer palabra alguna, ni el nombre ni la dirección, no sólo porque no pusiera mucho empeño en ello, sino también porque la escritura estaba desvaída, como si una gota de agua se hubiera expandido desde el centro del sobre hacia lo seco arrastrando en su recorrido circular el cerco de tinta. El viajero desdobló las cuartillas y el muchacho pudo ver que estaban escritas a máquina, con tinta azul y roja, y que contenían correcciones a mano y dibujos, trazos gruesos de pluma azul. Pensó que era una carta, más aún, una carta, en algún sentido, importante, porque en el papel se advertía una antigüedad amarilla y las devastadoras huellas del uso, las esquinas achatadas, los bordes inciertos y el vértice del doblez desgajado, a punto de romperse en algunos surcos del pliegue. El viajero leía con grave concentración y con absorto gesto de complacencia, como si en aquella carta, o en las palabras de aquella carta, o en lo que aquello fuere, encontrara algún grado sublime de consuelo. Leyó y leyó y releyó durante tanto tiempo que el muchacho no salía de su asombro. ¿Usted conoce el Misisipi?, preguntó al cabo de mucho rato desde la desmesura infinita de su insuficiencia. ¿El Misisipi?, dijo el viajero, perplejo.

Mucho después de que los jornaleros regresaran al tajo, con el sol tibio de otoño oponiendo una débil resistencia a los avances de la hora, el viajero guardó las cuartillas en el sobre, devolvió el sobre al bolsillo interior del chaquetón, se despidió del muchacho de la cantina, con el que ahora bien podía decir que compartía algunas afinidades secundarias, y abandonó la estación. Abundó durante un rato en la meditación de su indigencia, se apiadó de su condición mendicante y decidió regresar a la ciudad. Al llegar al puente, sin embargo, en lo que consideró rapto de inspiración providencial, se le ocurrió que podría parar algún coche de los que pasaban (que no eran muchos por lo demás, dados los tiempos y la hora) y avanzar en su camino. Ciertamente, una de las cosas que tenía que preguntar al interventor (por eso seguiría, en cierto modo, preguntando por el interventor en todas partes con inquebrantable obsesión monográfica, en la estación, pero también en la ciudad, en el hospital, en el ayuntamiento, en tantas ocasiones y a tanta gente diferente, no en vano estaba escrito que veinticuatro horas después de perder el tren el viajero se convertiría para siempre en el interventor) era el destino de su equipaje. Recordaba el compartimento en que había viajado y la ubicación de su maleta en el maletero, sobre su cabeza, y se atrevía a imaginar al tren yendo de un sitio para otro, recorriendo la red ferroviaria nacional, distintos viajeros entrando y saliendo, subiendo y bajando, y el enigma de su maleta peregrinando de un lugar a otro, recorriendo inadvertida e inútil los caminos de hierro sin fin. Tal vez al llegar el tren a su destino (aunque quién que no fuera el interventor podría saber cuál era realmente el destino último de ningún tren) los equipos de limpieza, alguna brigada de desinfección, localizaran el equipaje, dieran parte a la autoridad o al encargado de facturaciones y, con el consiguiente permiso» lo llevaran a la consigna de la estación final a la espera de las reclamaciones preceptivas y de las comprobaciones pertinentes. Allí podría dormir el sueño eterno, entre la desidia y la acción lenta y silenciosa de las telarañas, indefinidamente, soportando invasiones de polvo, de suciedad, de ratones, los oscuros y corrosivos agentes de la humedad y la destrucción. Por eso tenía que ver al interventor, pero, ante la imposibilidad de encontrarlo en la estación de la ciudad, pensó que no sería mala solución trasladarse en coche hasta una estación siguiente para informarse. Y, sin encomendarse a nada más, empezó a hacer gestos con la mano a los coches que procedían del puente. Que no paraban. Algunos conductores lo miraban con ojos de asombro, otros le hacían gestos obscenos o burlescos, movimientos de antítesis con las manos, burdas imitaciones del modo de andar con el índice y el corazón, signos de expresiones sexuales groseras. El viajero, sin embargo, no perdía la apacible serenidad de su rostro ni la mansedumbre que lo caracterizaba y soportó sin desvanecerse ni claudicar la gama gestual hostil de tanto conductor desaprensivo y mostrenco. Había dejado atrás la cólera de la noche y volvía a la benignidad de su carácter. Hubo algún coche que paró, especialmente furgonetas o vehículos de rendimiento rural, pensando o

deduciendo del porte del viajero que se dirigía a alguno de los pueblos vecinos de la comarca, pero ninguno de ellos iba a llegar hasta los siguientes pueblos de la ruta del tren. Debió de estar a la salida del puente un par de horas, tiempo sin duda considerable para dar rienda suelta a toda suerte de cavilaciones, si bien es probable que, en ese estado, el viajero se dejara llevar por la ensoñación, que es el equivalente a la actividad vegetal del pensamiento, y pintara en su imaginación un mundo ideal, feliz, sin adversidades. En cualquier caso, en algún momento debió de recibir otra descarga no menos providencial de luz infusa y pensar que su destino no conducía a ningún sitio, que, dada la situación, igual estaría en la ciudad presente que en cualquier otra parte lejana o futura, que todas las ciudades son iguales cuando no se va a ningún sitio, de modo que en el último instante, cuando tuvo la certidumbre de que un coche negro y solemne (si bien considerablemente estropeado) que bajaba por el puente, un coche de una solvencia tan antigua que ya no se veían modelos de esa clase, un verdadero vehículo de museo que, para mayor exotismo, era conducido por un chófer negro y llevaba en el asiento trasero a una mujer hermosa, cuando tuvo la certeza de que iba a detenerse y tal vez a transportarlo a donde quisiera, porque los signos de la fatalidad son ciertamente extraños y enfáticos, en ese mismo momento decidió dejar de hacer señales con la mano y renunció a todo propósito de desplazamiento y determinó quedarse en la ciudad todo el tiempo que fuere necesario, así que el automóvil pasó y el viajero vio la mirada atónita, como espantada, del negro y el rostro amable de la mujer, que lo miró desde tales profundidades de sosiego y resignación, con una sonrisa tan apacible, que el viajero desvió la mirada, se avergonzó de sí mismo y empezó a caminar en la dirección del puente, de nuevo en el sendero de la ciudad, de nuevo forastero, acomodándose a la lóbrega concavidad de la caverna y dejando atrás toda esperanza.

En los soportales, sentado en una silla baja de anea, junto a una columna, había un vendedor de barquillos, reliquia de una profesión y de una golosina que pertenecía a las épocas heroicas, restos todos de un mundo neorrealista en trance de extinción. Era un pobre viejo, envuelto en ropas anacrónicas y en bufandas pardas, con el cabello alborotado y bohemio, la barba entrecana y el cuerpo arrugado, hecho a las inclemencias de la plaza. Tenía ante él el barquillero, de un rojo antiguo que había adquirido la policromía opaca de los desperfectos y los años, y con el mágico mecanismo de la ruleta en la tapadera. En otro tiempo, los niños se acercaban al vendedor de barquillos en los días de fiesta y pagaban cinco céntimos o diez céntimos (perras chicas, perras gordas) para dar impulso a la ruleta. Los ojos infantiles seguían ávidos e impacientes el giro vertiginoso inicial de la ruleta, la progresiva ralentización y la vacilación final al detenerse, un caprichoso y cansino ir cayendo de número en número, el veinte, el dos, el cinco, el diez, hasta pararse del todo en un número concreto, el premio del azar. Los niños aspiraban al veinte y temían al dos, que eran los extremos de la suerte, y la atracción del número era superior al sabor de los barquillos que recibían a cambio. Pero eso era en otros tiempos, diría el vendedor de barquillos. Ahora los niños no sentían atracción alguna por el barquillero, ni por los barquillos, ni por la ruleta. Y si el vendedor de barquillos seguía sentado junto a aquella columna era por vocación y por derechos adquiridos, porque a su edad no podía darle otro sentido a la vida que no fuera la obligación de ocupar cada mañana su puesto de toda la vida junto a la tercera columna. El forastero lo había visto allí mismo y, acaso como una rememoración de su remota infancia, de los tiempos de albahaca y hierbabuena, se quedó mirando con fascinación el mecanismo de la ruleta. El vendedor de barquillos advirtió la nostalgia de aquella mirada desvalida y sonrió con bondad. Entonces le hizo un gesto para que se acercara y le invitó a probar fortuna. No tengo dinero, se disculpó el forastero. Pero siguió mirando la ruleta con avidez infantil, viendo tal vez en ella una alegoría, la cifra de una evocación. Gratis, dijo el vendedor de barquillos. El forastero dio entonces impulso con el dedo a la ruleta y siguió el giro de la pestaña, que acabó deteniéndose, indecisa, que sí, que no, titubeante, en el número siete. El vendedor le entregó siete barquillos, pequeños dulces ovalados, muy finos, con sabor a vainilla. El forastero le dio las gracias y empezó a mordisquear la golosina. ¿Es usted forastero, verdad?, le preguntó. El forastero asintió con mansedumbre. No se preocupe, oyó decir, aquí todos somos forasteros. Y entonces el vendedor de barquillos le habló de la edad antigua, se dejó llevar por la añoranza. Venga cuando quiera, dijo al final, yo estoy aquí siempre, junto a esta columna. Sin embargo, para desesperación del forastero, tampoco el vendedor de barquillos sabía nada del interventor.

En el frontal de la sierra, allá al fondo (y señalaba vagamente con la mano un punto cardinal), entre la espesura de los montes, hay un pueblo encerrado, un pueblo diminuto, miserable y moribundo. Visto desde abajo, parece un navío a la deriva, vagando entre el oleaje abrupto de un mar embravecido, perdido definitivamente en la tormenta. Yo nací allí, dijo el vendedor de barquillos, y allí viví durante catorce años. Eran tiempos ingratos en los que se malvivía con una mala huerta arrancada a los escollos del terreno, con una cabra, con una mula, con un cerdo y, tal vez, con cinco o seis gallinas. Se padecían enfermedades marineras, como el escorbuto, y enfermedades tropicales, como la disentería, y tisis, y tosferina, y tifus, y paludismo, se padecían todas las enfermedades de la tierra. Afortunadamente, yo pude escapar a esos vicios de la naturaleza el día en que cumplí catorce años. Mi padre bajaba todos los años a la feria, no sé a qué, ciertamente, porque ni compraba ni vendía nada, se limitaba a dar vueltas entre los grupos de mercaderes y de negociantes, a ver, oír y callar, merodeando por aquí, de un lado para otro, y quiso mi madre que yo lo acompañara, ya que cumplía catorce años, y así celebraba mi entrada en la edad adulta y, de paso, aprovechaba para aprender los resortes varoniles de la feria. Salimos mucho antes del amanecer y recorrimos a oscuras todos esos vericuetos que se pierden entre la aspereza de las rocas y los matorrales, un camino que la mula se sabía de memoria. Para mí, como para cualquier criatura, era una fiesta, porque, después del paraíso terrenal, siempre nos había parecido la feria la mayor ventura que se podía dar sobre la tierra. Así que cuando llegamos a la ciudad, cuando llegamos a esta misma plaza, sentí una especie de voz interior que me arrastraba. Recuerdo que estuvimos dando vueltas por aquí, que nos metimos por las distintas callejuelas y que a mí me maravillaba la misteriosa presencia de la multitud. Por primera vez en mi vida comí churros, en ese café (apuntó con la mano a sus espaldas), que es el café de los cazadores. Y, al oír la palabra churros y evocar su sabor cálido y matinal, el viajero no pudo por menos que experimentar un noble sentimiento de solidaridad. Todo eso lo recuerdo con la mayor exactitud, siguió diciendo el vendedor de barquillos, pero lo que quedó grabado para siempre en mi memoria fue el momento en que vi junto a esta misma columna, en este mismo sitio en el que estoy ahora, al vendedor de barquillos. Mi padre se acercó y me instó a probar fortuna. Unas golosinas, dijo, por tu cumpleaños. Probé fortuna, di a la ruleta el mayor impulso posible y la rueda giró y giró incansablemente, dio vueltas y más vueltas, y más y más vueltas, parecía que no se iba a parar nunca, el mismo barquillero miraba con ojos atónitos el comportamiento de la ruleta, y luego, poco a poco, empezó a perder fuerza y a renquear y a administrar su incertidumbre, hasta que se detuvo finalmente en el número siete. Lo mismo que a usted, dijo mirando al viajero. El vendedor me dio los siete barquillos y los mordisqueé con gusto, pero me atrajo más el misterio de la ruleta que el goloso sabor de los barquillos. Quise probar otra vez, pero mi padre

no me dejó. Seguimos dando vueltas y vueltas, yo no sé por qué sitios, dentro y fuera de la plaza, pero yo ya no pensé en otra cosa que en el barquillero y en la magia de la ruleta. Rogué, insistí, porfié, sin que por ello lograra conmovier lo más mínimo la voluntad de mi padre, así que, en un descuido, me escapé y me vine junto a la columna. Como no tenía un céntimo, porque entonces los muchachos nunca teníamos dinero, me quedé mirando al vendedor y a la ruleta. Veía cómo a veces algún niño se acercaba de la mano de su madre y desafiaba a la fortuna y yo me quedaba fascinado con la peripecia del azar. Yo miraba al vendedor de barquillos embelesado, con ojos como platos, y el vendedor de barquillos me miraba a mí con una sonrisa entre maliciosa y compasiva. Al cabo de mucho rato me dejó ensayar, de balde, con la ruleta. Tres veces seguidas saqué un siete y esa venturosa fatalidad maravilló sobremanera al vendedor. Muchacho, me dijo, tú eres un predestinado. Entonces ocurrió algo extraño, verdaderamente insólito, algo que cambió el sentido de mi vida y que todavía, después de tanto tiempo, aún no he logrado entender. Y fue que de pronto apareció mi padre por allí (y el vendedor de barquillos señaló un punto debajo de los soportales, la estrecha callejuela por donde apareció el padre) y se acercó a nosotros blasfemando, echando por la boca sapos y culebras, que son los atributos del infierno. Pensé que me iba a dar una paliza, porque mi padre era un experto en el arte del azote, un verdadero artesano del castigo, pero cuando llegó hasta la columna con la mano levantada el vendedor de barquillos le contuvo. Si le pone la mano encima a mi aprendiz, dijo con una serenidad y una energía sobrenatural, lo lamentará para siempre. Y entonces mi padre, avergonzado, bajó la mano, no sé si por la superioridad del vendedor o por su propia cobardía, se achicó hasta el silencio y la insignificancia, y, tras unos momentos de incertidumbre e impotencia, empezó a alejarse de la columna como un perro callejero cuando le tiran piedras los muchachos. No volvió. Tal vez comprendiera por iluminación divina cuál era mi destino, tal vez pensó que no podría soportar nunca más el juicio de mi mirada, la presencia de un testigo permanente de aquel momento de sumisión y de derrota, no lo sé, no es fácil distinguir el abandono del perdón, lo cierto es que no volvió. Nunca más volvió: ni aquel día, ni ningún otro día, ni a ninguna otra feria. Así que yo también decidí no volver y me quedé aquí para siempre, al servicio del vendedor de barquillos, hasta que con el tiempo yo mismo me convertí en el vendedor de barquillos. Porque usted debe saber que la venta de barquillos no es un oficio ni un trabajo, sino una vocación. No se hace el hombre vendedor de barquillos, un hombre nace vendedor de barquillos. Y lo descubre un día de improviso y, cuando lo descubre, decide que ya no hará otra cosa en su vida, porque no hay profesión más noble ni tarea más bienaventurada. Ya llevo cincuenta y siete años al lado de esta columna, va para cincuenta y ocho, y sólo espero que aparezca un día mi sucesor y mi heredero, como aparecí yo el día que cumplía catorce años, pero, ¿sabe usted?, en todo este tiempo nadie ha sacado nunca tres sietes seguidos en este barquillero.

Durante más de cuatro horas, desde las diez de la noche, cuando lo acosó con una palabrería turbia y congestionada y con una gesticulación sorda y desacompasada, hasta las dos de la mañana, cuando desapareció de manera imprevista al cruzar una calle, estuvo intentando demostrarle la crueldad que esconden los designios de la providencia. No tendría más de cuarenta años y su modo de hablar, en los pocos momentos en que hilaba su discurso con alguna coherencia, le hacía sospechar al forastero que, si bien era evidente que se trataba de un habitual de la noche, no era un individuo cualquiera ni un desheredado de la fortuna, sino un sujeto perspicaz que, apenas verlo al fondo de la calle, lo supo cogido en un trance pasajero, víctima circunstancial de una malhadada conjunción de hados insomnes. Soy Cristo, dijo acercándose con los brazos abiertos en actitud protectora, abarcando el mundo, como si fuera a darle un abrazo (cosa que efectivamente hizo, incluso le palmeó la espalda con euforia levemente ebria), y sonriendo ampliamente. Era un tipo con cabello largo y barba espesa, de indudable carácter profético, salido de los desiertos ocre y desolados del antiguo testamento. ¿Qué quiere usted?, opuso una leve y tímida resistencia el forastero a tantas efusiones. Soy Cristo, repitió dos o tres veces el profeta pasándole un brazo por el hombro, entre la afabilidad y el exceso de confianza, yo soy Cristo, repetía, dándole palmadas, entre la burla y la superioridad amedrentadora o acaso en una ostentación hiperbólica de simpatía evangélica. Cuéntame las causas de tu aflicción, añadió amistosamente. El forastero lo miró sin comprender, atrofiada su condición humana natural. Vamos a seguir la ruta, añadió el profeta, que no me gusta la liturgia solitaria y conviene levantar los corazones. Dad y se os dará, dijo. Y lo fue conduciendo por callejas oscuras y silenciosas hacia la penumbra de una taberna de apariencia siniestra y realidad sucia en la que entraron y en la que el enviado de la noche pidió un vaso de vino para cada uno. Mientras el tabernero llenaba los vasos hasta los bordes (la maestría del oficio de los taberneros se medía por su habilidad para llenar los vasos de tal forma que una sola gota más los haría rebosar, la categoría del mester de los rutereros y su jerarquía dependía del arte de beber el primer sorbo sin derramar una sola gota, en una u otra dirección el cerco de un vaso en el mostrador no sólo significaba una acusación en toda regla, también un veredicto de condena y una incitación al vituperio), el forastero no pudo sino admirar la chacinería colgante, la abundancia de jamones pendiendo del techo, las fuentes con quesos en aceite, como la penumbra amarilla de una despensa rural repleta, el paraíso con que sueñan durante la vigilia los hambrientos, los indigentes, los menesterosos. En la elegancia majestuosa con que se enfrentó al vaso y al pincho de comida grasienta que lo acompañaba se advertía la solvencia tabernaria de aquel Cristo, virgilio idóneo en la ruta emprendida del infierno. Por su parte, el forastero, que sólo había comido unos cuantos churros de madrugada, un café con leche a mediodía, unos barquillos a media tarde y agua de su botella de cristal de vez en cuando a lo

largo del día, recibió el primer trago de vino como una inauguración cruda: el vino áspero y recio de la sierra, de alta graduación, espeso y turbio, del color del destino, caía como fuego líquido en el vacío rugiente del estómago y ponía en sus ojos un furor nocturno y un frenesí negro y sombrío. Entretanto, Cristo hablaba sin parar. En la taberna había otros parroquianos y a todos se dirigía el profeta, con simpatía, con notable persuasión, contando la historia del forastero, y todos lo llamaban Cristo y nadie se extrañaba con el nombre ni con la retórica bíblica del verbo. Bajó a llenar la botella de agua, decía Cristo a la parroquia, y perdió el tren. Le obligaba a levantar la botella que llevaba en un bolsillo del chaquetón para que todos pudieran verla y el viajero, avergonzado de sí mismo, de su torpeza forastera, mostraba con desgana la sola pertenencia que hablaba del pasado. Ha estado todo el día yendo del caño al coro y del coro al caño, decía Cristo, viniendo de la estación a la ciudad y volviendo de la ciudad a la estación. Y llenando la botella en el caño, concluía. El pobre hombre en la estación no sabía qué hacer, salvo preguntar por el interventor, preguntar y preguntar por el interventor. ¿Dónde está el interventor? ¿Dónde está el interventor? Ha preguntado a medio mundo por el interventor. Y como no encuentra al interventor se pasa las horas leyendo una carta secreta y misteriosa, la epístola a los efesios. Me lo ha contado el granuja de la cantina. Me lo he encontrado en el hospital, al muchacho. Se ha caído de la bicicleta y se ha roto un brazo. Ahora está escayolado, de modo que tendrá que aplazar la aventura del Misisipi. Hasta a los pájaros y a los lirios del campo les ha preguntado por el interventor. Pero aquí no hay interventor que valga, no, señor. No hay interventor. Nuestra estación no tiene interventor. Es más, diría, dijo, nuestra estación no tiene estación. Y los parroquianos se reían con expresión bovina y elocuencia mugiente. En verdad en verdad te digo, le dijo Cristo al forastero con teatral solemnidad, en verdad en verdad te digo que tú eres el interventor. Y, como si fuera, en efecto, un bautismo definitivo, en adelante el forastero se convirtió ya para siempre en el interventor y fue de todos conocido como el interventor. Vamos, interventor, dijo Cristo cuando llegó el momento de cambiar de estación. Y siguieron los dos bebiendo vino de taberna en taberna y a medida que cambiaban de estación se les sumaba un grupo nuevo de bebedores taciturnos y cetrinos, los agentes ebrios de la noche oscura del corazón y la ciudad. Vamos a contracorriente, dijo Cristo, hemos empezado la ruta al revés, un *via crucis* inverso, porque escrito está que los últimos serán los primeros y los primeros serán los últimos. De ahí que cada grupo estuviera menos borracho que el anterior y de ahí que el profeta tuviera a bien repetir nuevamente la triste historia del interventor: la botella de agua, el tren arrancando, el hombre perdido en la inmensidad vacía y desangelada del andén y la epístola a los efesios. ¿Dónde está el interventor?, ¿dónde está el interventor?, repetía Cristo en cada escenario sucesivo. Y llenando la botella en el caño, declamaba. Y repetía el bautismo en cada nueva ocasión. En verdad en verdad te digo, salmodiaba, que tú eres el interventor. El forastero entretanto iba sucumbiendo a la ofensiva efervescente del vino, sintiendo cómo se hundía en un antro sórdido, sumido en el

tormento y en la incertidumbre, en la anticipación nebulosa de un infierno rojo y sangriento, sombras de fuego. Veía ante sí un panorama terco, el tenebroso mundo del silencio o del ruido, la confusa mezcolanza de todos los contrarios. Por lo que pudo saber, según hablaban unos y otros en las distintas tabernas (pues del mismo modo que ante un enfermo todos los bienaventurados relatan con entusiasmo su experiencia sanitaria, así también a la sola mención por parte de Cristo de la palabra tren cada uno se sentía en la obligación de contar su particular odisea ferroviaria y de aportar sus propios conocimientos a la historia del ferrocarril en la región), la relación del tren con la ciudad había sido extraña y decreciente, desde un fervor inicial inimaginable y entusiasta hasta una indiferencia y una irregularidad desesperantes. Hubo un tiempo en que la industria local y regional generaba un comercio abundante, el crecimiento económico tanto en tareas agrarias como ganaderas se disparó notablemente e incluso se produjo un considerable desarrollo minero a partir de algunos yacimientos esporádicos de plata y de wolframio que se explotaron con celeridad hasta el agotamiento. Aquella época había pasado, decían con amargura los eruditos de la ruta, y ni la ciudad ni la comarca supieron en su momento acomodarse o amoldarse a los nuevos ritmos económicos, y así poco a poco la decadencia se había ido adueñando de la región. O témpora, o mores, oyó el forastero entre el alboroto una voz lóbrega y familiar. Al igual que los seres vivos siguen fiel y rigurosamente los ritmos biológicos, sin apenas desviaciones, en un proceso que va de la nada a la nada, pues nada son al fin y al cabo ni el nacimiento ni la muerte, y que en el camino pasan por un periodo de esperanza, otro de esplendor y otro de declive (por muy discutible que sea establecer si es preferible la esperanza al esplendor o el esplendor a la esperanza, pues, si parece razonable valorar en mayor medida el esplendor, lo cierto es que en la realidad los hilos de la añoranza siempre se tejen sobre los periodos de esperanza, colocan el camino sobre la meta, la evolución sobre el resultado, anteponen la expectativa al logro), así también las ciudades, las comarcas, las provincias, las naciones, cualquier agrupación en suma de los pueblos, siguen un camino similar en todo y notablemente paralelo salvo por las dimensiones temporales de cada periodo, especialmente el último, que en la vida colectiva se prolonga sobre sí mismo de manera perdurable como una larga espiral interminable y plana en la que se recrea la desdicha, en la atonía vegetal del dolor. Así como un tronco seco a la vera de un camino se pudre indefinidamente y es morada de parásitos y a veces le sale un brote que nunca sobrevive a la primavera y soporta las adversidades y los rigores de las estaciones en su carne vegetal con espíritu mineral en un proceso de desaparición y extinción lenta y perenne, así también la decadencia de las ciudades se prolonga cansina, sin espíritu o con el espíritu de los vencidos, en una especie de planicie melancólica que sólo genera tristeza y resignación, desaliento y desdén, desidia y añoranza. Así estaba ahora la ciudad, abandonada a los lamentos de su antiguo esplendor, apegada a unas tradiciones mortecinas, muerta de sí misma. Del mismo modo, pues, hubo un tiempo, en efecto, en que el tren pasaba todos los días, por la

mañana en una dirección y por la noche en la contraria, y aunque el horario no se regía por una puntualidad ejemplar, los habitantes de la ciudad contaban con la lealtad inamovible del ferrocarril. Era la época heroica, cuando el pitido de la locomotora se expandía en la noche e invadía la atmósfera con el ánimo cómplice del progreso. Después, en su segunda época, cuando llegaron las restricciones presupuestarias, el tren se convirtió en semanal, de forma que pasaba cada jueves, por la mañana en una dirección y por la noche en la contraria, igualmente con horario flexible pero con día fijo. Eran trenes lentos, pesados, que titubeaban en las cuestas, inundaban los túneles de humo y renqueaban al sol seco de agosto. Pero más tarde también los jueves se hicieron inescrutables, y a veces el tren pasaba el jueves, a veces el miércoles o el martes, sin que nadie supiera nunca qué día exacto iba a ser el elegido ni si el tren de la mañana iba a tener su réplica nocturna el mismo día o al día siguiente, ni siquiera si la iba realmente a tener. Finalmente, para mayor desventura del forastero, esto es, del interventor, el tren había adquirido unos hábitos esquivos y confusos, de forma que nadie sabía a ciencia cierta cuál era la situación: según algunos el tren había dejado de pasar, según otros pasaba de cuando en cuando sin previo aviso, según otros pasaba muy de tarde en tarde sin detenerse (negaban, de hecho, toda verosimilitud a la historia del interventor y conjeturaban turbias imposturas) y según otros, en fin, no pasaba casi nunca y sólo se detenía por necesidades estrictamente ferroviarias o por las misteriosas estrategias del servicio postal. Hubo un poeta mediocre que celebró en el siglo pasado el avance prodigioso del tren en tierra de murgaños, dijo un erudito. Tal vez la región aguarde ahora el poeta que rime el lamento de su desaparición y la pesadumbre de su ruina, remató Cristo su discurso tabernario. No cabía, por tanto, otra esperanza ni remedio que permanecer día tras día, noche tras noche, en el andén, al acecho, y encomendarse a los designios favorables de la providencia. Pese a todo, el forastero mantuvo su semblante firme y serio. Los catorce vasos de vino que bebió (pues la ruta consta de catorce tabernas, remedo profano de un *via crucis* blasfemo) aturdieron su espíritu. El estómago vacío, amortiguado apenas por el consumo de carne de cerdo que acompañaba a cada vaso y a cada taberna, recibía el vino con ansiedad suicida, con fulgor explosivo, y de la misma manera que su cuerpo iba perdiendo la noción de la realidad espacial y tropezaba en los escalones o tenía que acodarse en la barra para mantenerse firme, dejando infames huellas circulares en cada mostrador, del mismo modo su mente iba perdiendo toda dimensión temporal y se iban confundiendo el presente y la memoria, la biografía y el trance inmediato. En verdad en verdad te digo, interventor, que habrá otras noches y habrá otras rutas, dijo Cristo en la primera estación (que era la última para ellos), porque escrito está que el hombre persevera en su ser y porque nunca se sabe si la ruta será un *via crucis* o un soneto. Salieron ya casi de madrugada de la última taberna y caminaron juntos en silencio hasta la plaza, donde Cristo desapareció súbitamente sin despedirse. Cuídate, interventor, oyó su voz desde la ausencia al cabo de un tiempo ciego y sordo, sin volumen, porque no sabes

ni el día ni la hora.

El forastero, interventor sobrevenido, interventor ya para siempre por la gracia de Cristo y la desgracia propia, se quedó solo en el centro de la plaza sin saber qué hacer, pero tampoco preocupado por nada. Le bailaban en el estómago las vísceras y el vino, le producían una efervescencia eufórica que no le hacían temer nada, antes al contrario, le permitían sentirse el rey de un mundo absurdo y de la noche vacía. En verdad en verdad os digo, canturreaba, que soy el interventor. Giró como una peonza en torno suyo, sobre sí mismo, con lenta torpeza, midiendo con la mirada los tejados desiguales, las irregularidades de la altura urbana, líneas quebradas de un horizonte estrecho, veleidosa geometría de una historia de albañiles en trance. Probablemente, si hubiera tenido una moneda en el bolsillo, hubiera seguido él solo bebiendo vino hasta caer rendido, pero había gastado en churros los últimos denarios de su capital, así que anduvo un tiempo dando tumbos por la plaza y sus alrededores, a la deriva de un estímulo frágil y espirituoso. Durante un rato se sentó en uno de los bancos, por donde pasó una pareja de guardias urbanos (una pareja distinta a la de la noche anterior, pues ya se sabe cómo funcionan los turnos de la nocturnidad), que en esta ocasión no le dijeron nada. Vieron su aspecto ebrio y pacífico, lo contemplaron un rato con curiosidad, mas no perplejos, hicieron algún comentario en voz alta, aunque el interventor no lo entendió, pues tenía puesto el pensamiento en la región confusa, y siguieron su camino sin más preocupaciones. Si se hubieran acercado, si lo hubieran interrogado, se habrían encontrado una respuesta rotunda. En verdad en verdad os digo, centinelas, que yo soy el interventor, hubiera respondido el interventor. Pero, lamentablemente, no le prestaron atención alguna. Después el interventor se levantó, se acercó a la fuente y llenó de agua la botella. Acarició pastosamente la consistencia del cristal, concentró los ojos en el tono verdoso, las manos en el vidrio sólido y artesano. Y llenando la botella en el caño, canturreó. La noche ponía en las sombras un rumor oscuro y una amenaza confusa en las tinieblas, las hojas de los árboles acentuaban el susurro desierto de la soledad deshabitada. Poco a poco el interventor se fue dejando vencer hacia el sur y sin apenas darse cuenta abandonó la plaza, echó a andar por la calle por donde había accedido a aquella misma plaza la noche anterior, tanto tiempo atrás. En poco más de veinticuatro horas ya había pasado por aquella calle demasiadas veces, como si fuera un camino recurrente, la senda que enlazaba el pasado y el futuro, esto es, el presente, el único vínculo entre la esperanza del viajero, que estaba en la estación, y la incertidumbre del forastero, que se hallaba en la plaza y, por extensión, en la ciudad. De modo que bajó una vez más por aquella calle, una calle sin nombre (con nombre, pero él la había incorporado al laberinto de la memoria y no reparaba en los rótulos de cerámica, como tampoco se había preocupado por el nombre de la ciudad, como se estaba olvidando con tanto y tanto interventor de su propio nombre propio), y llegó hasta el puente. Debajo, el río discurría proceloso, con el misterio de un rumor sin causa ni procedencia, como la cantilena de un poema

épico sin hazaña ni héroe, un cauce negro de agua anónima. Durante varios minutos empuñó el timón, a proa, y dirigió canturreando el rumbo sideral y silencioso del planeta. Pero el interventor claudicaba de la noche y se dirigía de nuevo a la estación. Había hecho el camino inverso la noche anterior, abriéndose a la ciudad desconocida, adentrándose en un territorio sin promesas, y ahora se retiraba al rincón del origen. La carretera avanzaba desierta y sin límites, con apenas la luz confusa, a grandes trechos, de una farola amarilla y famélica. El interventor llegó a los alrededores de la estación, un nido negro, una cuna arisca, se fue acercando parsimoniosamente, con intermitencias de lucidez y obnubilación, y a medida que se acercaba empezó a vislumbrar un presagio de luz. Llegó al andén dando un rodeo y, efectivamente, la luz de la cantina, mortecina y miope, estaba aún encendida. Se acercó con cautela, como quien pretende no molestar, no armar ruido, como el borracho que llega tarde a casa por la noche y procura evitar tropezones con los muebles, destrozos del mobiliario, despertar a la familia con el estruendo, esa especie de desajuste entre el silencio y la propensión a la carcajada, aunque el interventor no tenía a quien molestar y aunque el silencio de la estación era absoluto, universal. Llegó a la cantina. Se asomó desde fuera, a través del cristal mugriento de la puerta, de un verde sucio y olvidado. Detrás de la barra estaba el muchacho. Llevaba efectivamente el brazo escayolado, en cabestrillo, y exageraba con cómica seriedad la torpeza manca de sus movimientos. El interventor entró y se interesó por la evolución de las heridas, pero el muchacho, advirtiendo evidencias de ebriedad, preguntó, entre burlas, por la metamorfosis del viajero perdido. En el mismo rincón de la noche anterior, en el mismo punto, con la misma postura de filósofo de barra, se encontraba el hombre de la noche anterior, un tipo casi anciano, menos viejo que envejecido, frente a un vaso de vino, enclaustrado en sus pensamientos. El muchacho quiso ofrecer algo al interventor, pero éste se negó educadamente. No tengo dinero, argumentó. Pese a todo, viendo la precariedad de su equilibrio y la congestión de su semblante, el muchacho, a duras penas, con la mano libre preparó un café caliente, invitación de la casa. El interventor agradeció la ofrenda. ¿No ha venido el interventor?, preguntó. El muchacho negó con la cabeza. El cliente del rincón se encontraba en un más allá absorto y único, lejos del mundo y de sus menudencias, al otro lado de las contingencias objetivas de las cosas. Nada le afectaba. El interventor tomó el café a sorbos diminutos, quemándose poco a poco, agradeciendo el calorcillo que bajaba hacia el estómago, la caída del líquido ardiente en un mar interior de vino y grasa. Permanecieron en silencio, los tres, durante mucho rato, hasta que el interventor acabó su café, el hombre del rincón terminó su vino (el interventor apreciaría con el tiempo que el individuo del rincón consumía las noches en la cantina frente a un vaso de vino tinto que nunca se vaciaba y que le recordaba el extraño caso de la zarza ardiendo que no se consumía, hasta que advirtió que en realidad había un acuerdo previo entre el hombre del rincón y el joven de la cantina: cada vez que uno vaciaba el vaso el otro lo volvía a llenar; el interventor anduvo calculando si la cantidad de vasos sería aleatoria o fija, si bebería cinco vasos o diez

vasos o catorce vasos cada noche, o si la cantidad quedaría al criterio azaroso de los espíritus, pero la imagen de la zarza ardiendo, el fuego que no consumía, se sobreponía a todo razonamiento) y el muchacho terminó de colocar lo que durante el día había sido descolocado. Tengo que cerrar, dijo al cabo de una tregua inmóvil y apagó una luz, todos petrificados en la penumbra amarillenta de la cantina. Entonces el hombre del rincón se marchó. *Sidera somnos*, dijo en el filo de la puerta. Tenía una voz grave y nítida. Eso significa buenas noches, tradujo el muchacho. Se oyeron sus pasos indolentes alejándose por el andén, debilitándose. Preguntó el interventor quién era el hombre del rincón, qué hacía, por qué hablaba en enigma. El muchacho se encogió de hombros y tardó en responder. No sé, dijo al cabo, con manifiesta indiferencia, un espíritu áspero, dice él. Será por eso, añadió. Salió después el interventor, aferrado a la botella, y se sentó en el banco, bajo el reloj. Salió finalmente el muchacho. Tengo que ir andando, dijo. Todavía no me han arreglado la bici. Y también se perdió por el andén con pasos amortiguados por las zapatillas deportivas. La estación quedó sumida en mayor oscuridad, mayor silencio.

A solas con la noche, el interventor no supo qué hacer. Se quedó en el banco, inmóvil, en trance de ensoñación, con síntomas de desvarío y un intenso amargor de boca seca. De vez en cuando, a lo sumo, con la resignación del tiempo, inmenso y vacío, bebía un sorbo de agua. De pronto sintió frío y cansancio, un agotamiento súbito, y se tendió en el banco. Después del breve sueño boreal del parque, tras el maná de harina batida y frita, iba a ser la segunda vez que durmiera en un banco, pensó. Siguió sintiendo frío. Tal vez se quedara adormecido un punto y el frío le impidió sucumbir a un sueño hondo. Entonces se levantó y dio unos pasos vacilantes por el andén. Las vías se perdían a derecha e izquierda en la oscuridad de la madrugada. Decidió dormir a cubierto, en algún hueco, y recorrió los barracones de la estación, las moles negras de silencio erguidas como amenazas. Es indescriptible la sensación de un hombre solo y perdido, rodeado de noche por todas partes, con la noche dentro del cuerpo y dentro del alma. Entonces distinguió la silueta del coche en el corralón y se encaminó hacia él pensando en la comodidad del asiento trasero. Sin embargo, según se iba acercando oyó con nitidez creciente un ruido que perturbó su imaginación. En alguna parte había alguien o algo. En su mente desvelada y confusa se dibujó primero la palabra animal e inmediatamente la palabra lobo y después la palabra perro. Fue un paso o un paseo nominal del descubrimiento al miedo y del miedo a la tranquilidad, pensó en la palabra animal al percibir el ruido, pensó en la palabra lobo cuando lo invadió el miedo, pensó en la palabra perro cuando quiso tranquilizarse. Después estuvo yendo de una palabra a otra, de lobo a perro y de perro a lobo, según triunfara una u otra sensación. Quiso pensar en ratas, pero no consiguió reducir los tamaños del animal. Otros peligros no se le ocurrían. La palabra monstruos era, sin dudas, excesiva. Serpiente, alcanzó a pensar, la voz reptil del génesis. Fuera, en fin, cual fuere el origen del ruido, decidió, incluso con mayor motivo ahora, que donde mejor y más protegido estaría sería en el interior del coche. En una mano llevaba la botella. Con la otra abrió la puerta. Entonces se topó de pronto, a ciegas, con la razón del ruido, que se había sosegado a medida que sus pasos se acercaban. No le dio tiempo a ver con precisión lo que ocurría, pero la evidencia de que el ruido procedía del interior del coche le paralizó. Y como cuando abrió la puerta cesaron los gemidos, fue evidente la relación de causa y efecto que tuvieron sus pasos, su presencia y el silencio. Efectivamente, del coche salió un individuo desgredado, gesticulando, amenazante. Pese a la oscuridad, el interventor pudo ver que sólo llevaba puesta una camiseta parda y que iba desnudo de cintura para abajo. En el interior del vehículo una mujer daba grandes voces, como si la vergüenza fuera equivalente al degüello. Parecía claro que lo habían tomado por un mirón, un viejo pervertido que se asomaba a la ventanilla para recrearse en la lujuria ajena. El interventor quiso disculparse, alegar que sólo pretendía entrar en el coche para dormir (porque se trataba del mismo coche a cuya bocina había recurrido por la

mañana), que era un pobre indigente, pero los amantes interrumpidos estaban furiosos, especialmente el macho, que se consideraba llamado por la especie a vengar la ofensa y emitía por ello roncros rugidos guturales que estremecían el silencio de la noche como la amenaza de una fiera. El interventor, dentro del miedo y la disipación del vino, llegó a pensar que se trataba de una situación cómica, un individuo en camiseta, con el culo al aire, recién arrancado de la mujer (como esas barbaridades rurales que se cometían contra los apareamientos callejeros de los perros), ella insultando y él intentando agredir al espontáneo espectador. Se trataba, con todo, de una agresión a base de tanteos. El amante pretendía abofetear al interventor, con golpes de ambas manos y con patadas, aunque estaba descalzo, y el interventor iba retrocediendo, esquivando a duras penas la habilidad y ofuscación del púgil. La mujer asomaba la cabeza por la ventanilla y seguía gritando insultos, procacidades incompatibles, a juicio del interventor, con la condición femenina. El interventor, por su parte, cuando vio que no valían disculpas ni inocencias, quiso poner fin al trance y deseó marcharse, pero no podía dar la espalda al amator que seguía avanzando a golpes ciegos. Un primer manotazo lo alcanzó en la cara. No le dolió, pero lo recibió como una verdadera afrenta, como la agresión más grande que había sufrido nunca, de modo que se aturdió, lo cual bastó para que se detuviera sin advertir que otro golpe le caía encima, ahora con el puño y con mayor contundencia. Se tambaleó. Dale, dale, gritaba la mujer, dale duro. Asqueroso, gritaba. Pum, pum, gritaba, pum, pum, pum. Dirigía sus chillidos y sus onomatopeyas indistintamente a uno u otro interlocutor, sin variación ni transiciones, pero, por lo demás, el enamorado no necesitaba animación. Como si al haberlo alcanzado con el primer golpe se hubiera acelerado su furor y, perdida la primera ofuscación del amante pillado desprevenido en trance de amor ejecutivo, su habilidad de pegador se hubiera recuperado, ahora golpeaba con tino a un adversario que no oponía ninguna resistencia, un adversario al que le gustaría huir y que no se atrevía a dar la espalda por miedo a golpes mayores, golpes a traición. Estaba claro que el interventor había decidido no defenderse o, en todo caso, sólo protegerse, en ningún caso atacar, porque, a fin de cuentas, responder a un ataque con otro ataque, a un golpe con otro golpe, puede ser una forma de disuasión o de venganza cuando se es más fuerte, pero es una aventurada provocación cuando se es más débil, y el interventor se reconocía débil y agotado y viejo. Quizás podría decirse que el interventor no se había defendido nunca atacando, que su vida estaba hecha a base de resistencia o tal vez de paciencia. Y de esta forma, retrocediendo, los luchadores llegaron a la tapia del corralón, de modo que el interventor se vio realmente acorralado contra la pared, donde el luchador podía golpearle a su antojo. Ante los hechos consumados, ante la lluvia de golpes que se abatía sobre él, intentó protegerse levantando los brazos. Entonces el agresor vio en la mano derecha el destello verde de la botella y debió de entender que el pobre viejo pretendía golpearlo, darle tal vez un botellazo en la cabeza, de modo que, con los reflejos propios de un especialista en artes marciales, le aplicó un golpe seco y cortante con la

mano en la muñeca, lo que hizo que el interventor se desarticulara, bajara el brazo dolorido y dejara caer al suelo la botella. El amante dio entonces un alarido, aliteración bestial de una blasfemia. El interventor pensó que se había roto la botella y que el luchador había pisado algún cristal, algo punzante en todo caso, porque estuvo saltando sobre un pie, a la pata coja, mientras sujetaba el otro pie con las dos manos, perdiendo el control saltarín del pie de apoyo, como una marioneta que daba el salto siguiente, sin poder detenerse, para no caer. Ello repercutió naturalmente contra el pobre interventor, pues, como si fuera culpable del accidente y de su efecto grotesco, el amante se ensañó con él para desfogar la rabia del pie herido. Poco después, ante la reciedumbre de los golpes, fue el propio interventor quien empezó a perder pie, y su espalda fue resbalando por la pared pesadamente, torpemente, recibiendo golpes y más golpes, en la cabeza, en la boca del estómago, hasta que cayó totalmente al suelo, sin sentido, como un muñeco desarticulado y exánime. Sólo entonces salió del coche la mujer. El interventor creyó verla desnuda, creyó que desnuda se acercaba a él, que lo insultaba repetidamente y que le daba finalmente varias patadas en la barriga, en la cabeza, en el costado, al grito expiatorio de por cerdo, por guarro, por mirón, por desgraciado, por cobarde, una circunstancia para cada golpe.

El interventor quedó tendido en el suelo, con media conciencia extraviada y la otra media en desvarío, pero incluso desde esa posición creyó percibir un punto de comicidad en la escena nocturna. Su agresor seguía desnudo de cintura para abajo, con una camiseta oscura, y la mujer a medio vestir, con ropa desplegada torpemente en torno a un cuerpo blancuzco, dos figuras ridículas en las inmediaciones del infierno. Hubo un momento en que pareció que la pareja vacilaba. No estará muerto, dijo ella. El amante no contestó. El interventor alcanzó a pensar en las posibilidades de su supervivencia, calculó con diversa meticulosidad contable un porcentaje surrealista y se preguntó si se encontraba ante una pareja criminal, fundamentalmente frente a un individuo enfurecido o frente a un delincuente, esto es, si el comportamiento de su agresor se debía a la rabia súbita del macho sorprendido en ejercicio erótico, que nunca deja de interpretarse como una claudicación del hombre, una dejación de todas las defensas, o si se trataba de un desclasado, un sujeto marginal, un hombre de instintos asesinos al que tanto le daba matar como no matar, para el que la vida ajena dependía sólo de la contingencia de empuñar o no empuñar una navaja, de tener o no tener el dedo en un gatillo, de estar o no estar en el vértice de un precipicio. Sin embargo, sintió desde una nebulosa lejanía que la pareja se desentendía de él y regresaba al coche. Durante algún tiempo oyó en sueños la pasión de los amantes, el estruendo desvencijado del vehículo, jadeos, suspiros, gritos, que lo adormecían y acariciaban. A veces, como si estuviera en el centro de una pesadilla, creía que lo atacaban hordas desbordadas de enemigos sangrientos, que lo pisoteaban manadas de caballos desbocados, que un lobo y una serpiente se disputaban sus despojos, y luego volvía a sentir una calma absurda, como una anestesia contra la que no podía luchar ni rebelarse. Tal vez se durmió, o perdió el sentido. Tal vez soñó que, a una hora alta de la madrugada, la pareja salía del coche, se medio vestía y se acercaba a él. Está muerto, decía la mujer. Seguramente el hombre contestó, pero en ningún momento oyó la voz masculina. Había sido un agresor mudo, frío, siniestro. La mujer siguió diciendo frases apresuradas, mascullando desprecio. Lo dejamos aquí, dijo. Quiso el interventor regocijarse en la propia desventura creyendo que la mujer miraba hacia atrás al alejarse, volvía sobre sus pasos, se acercaba hasta él, lo contemplaba con desprecio, decía por cerdo y le daba una patada en el estómago, un leve suplemento de crueldad. No recordaba haber oído los pasos de la pareja alejándose, pero sí recordaba haber vuelto en sí en algún momento y haber percibido el silencio, la amenaza del coche vacío, aunque él pensara que la pareja seguía dentro, dormida, saciada, la asechanza del lobo y la serpiente, la suave mansedumbre del letargo. Luego pensó que el coche estaba vacío y por un momento intentó moverse y acercarse para dormir y descansar y reponerse en su interior, al abrigo de un frío incisivo que venía del norte y se estrellaba contra el muro, pero no fue capaz de moverse. Pensó que iba a quedarse dormido y que ya no iba a despertar, que lo

encontrarían al día siguiente en postura fetal contra la tapia, el muchacho de la cantina, cuando viniera a abrir su local desolado y mugriento, o tal vez el hombre del rincón, si daba una vuelta por los barracones. Quien no lo encontraría, llegó a pensar, sería el interventor, el individuo inaccesible que había causado todos sus sinsabores y todas sus calamidades, que lo había arrojado con su ausencia a un mundo hostil, que lo había conducido a un destierro indefinible y que tampoco sería, a la postre, testigo de su muerte y su cadáver.

Volvió en sí rodeado de caras nebulosas, batas blancas, luces halógenas y decoración metálica, la claridad aséptica y artificial del costumbrismo sanitario. Durante un tiempo, mientras cuadraba la realidad al esquema de su entendimiento, sintió un profundo desconcierto. Poco a poco, sin embargo, en fragmentos desmenuzados, fue recuperando la memoria de la noche, desde la voz de Cristo ante la multitud y el milagro visceral del vino hasta los últimos gritos agresivos de la mujer del coche. No había oído, contra el muro, pasos que se acercaban, porque, al límite de la resistencia, su espíritu había descendido a las honduras de la inconsciencia, al otro lado de los abismos del sueño y el sentido, pero unos pasos se acercaron poco después de que los primeros rayos de un sol tímido iluminaran los contornos negros y sucios de los edificios, la herrumbre del material de desecho, proporcionando una suerte de esplendor de amanecer a la vasta dimensión cualitativa de las ruinas. Alguien llegó, pues (no supo quién y aunque lo hubiera sabido no habría servido de mucho, no conocía a nadie, salvo al muchacho, en los alrededores del ferrocarril), y se encontró con el cuerpo inerte y frío del interventor, alguien llamó a los servicios urbanos de emergencia y alguien (tal vez una ambulancia, un coche pasajero, la policía del municipio) lo trasladó al servicio de urgencias del hospital, donde, tras los primeros auxilios médicos, volvió en sí con asombro. No tenía lesiones graves, dijeron los facultativos de guardia. Golpes difusos, huellas de heridas, moratones y un dolor extenso, injusto, amargo, sin amortiguaciones. Durante mucho rato estuvo abandonado en una camilla, solo, viendo ajeteo de personal sanitario, examinando el contenido del sobre azul, embebido en los renglones rojos y azules de las cuartillas amarillentas, absorto en el grosor de los dibujos. Lo vieron también garabatear con el lápiz en el cuaderno de hule negro. Luego, sin piedad alguna, como por inercia, le sirvieron una comida hospitalaria, una sopa caliente y líquida, pescado hervido, fruta, el primer banquete en muchas horas, pensó, y, por añadidura, después de un combate imprevisto, lo que le hizo recuperar definitivamente parte de la conciencia y del pasado. Pero enseguida, en pleno trance digestivo, llovieron sobre él las asechanzas administrativas de la burocracia oficial. Le preguntaron el nombre y el número de afiliación y dijo su nombre y no recordaba el número de la seguridad social (porque tal vez no tenía), pero tampoco pudo acreditar con ningún documento que efectivamente era él, esto es, que su nombre era su nombre, de modo que como sólo podía demostrar que era y no quién era, como la vida está supeditada en tantas ocasiones a la identidad oficial y al registro civil, con una última cura de urgencia lo arrojaron a las tinieblas exteriores, es decir, lo plantaron en la calle, entre otras cosas porque no podría pagar en modo alguno el costo de las atenciones que le dispensaran ni podía nombrar a alguien que lo avalara, corriera con los gastos, se hiciera cargo de la contingencia clínica. Herido, pues, y curado, vendado y dolido, se perdió por pasillos interminables, laberintos futuristas e

impersonales, silencios anónimos y definitivos, asediado por la asepsia blanquecina de la enfermedad y la luz cerrada de la melancolía.

Salió del hospital con una congoja apesadumbrada, atragantándose con un amago de piedad y de compasión tan radicalmente humano como moralmente humillante. Vio la ciudad abajo, en una hondonada a la que se descendía por una carretera sinuosa y vertical, y por primera vez pensó que estaba en un punto cualquiera del universo sin objetivo alguno. Daría igual caminar en una u otra dirección, hacia un lado o hacia otro, incluso caminar o detenerse, permanecer de pie al borde de la carretera o sentarse en la cuneta y dedicarse a contemplar la lejanía, las leves ondulaciones de una montaña que se extendía con suavidad de este a oeste. Hiciera lo que hiciera, no había final ni meta ni objetivo. Sintió confusamente que se encontraba solo y con una serie de principios básicos inútiles que, si tuvieron sentido en otro tiempo, en un quehacer anterior, tal vez en el ejercicio mesurado y neutral de un funcionario, ahora se desmoronaban sobre sí mismos y sobre él. No era que se invirtieran los términos de las cosas, sino que daba igual el orden y dejaban de tener sentido las concatenaciones y las jerarquías. Hubo un tiempo en que el año tenía primavera, verano, otoño e invierno, en que el día se dividía en mañana, tarde y noche, en que el hombre, por gracia de la esfinge, era niño, joven, adulto y anciano, en que el ciclo de la vida cabía en un enunciado consonante y sapiencial: el hombre nace, padece, yace. Ahora todo ello se juntaba en la mixtura de la soledad, el hambre, el silencio, los contornos mezquinos de los hombres. Cuando alguien se encuentra abandonado por todos, ni siquiera reconocido, acorralado por una adversidad anónima y unánime, el mundo deja de tener fronteras, lenguas, nombres, direcciones y teléfonos, documentos, carnés, impresos, solicitudes, el mundo se vuelve estrecha cárcel. Limita la libertad con lo imposible. Cuando se puede ir en cualquier dirección es como si no se pudiera ir en ninguna, la libertad absoluta es una forma de prisión, porque quedarse es cautiverio e irse es obligación. De modo que, sin porvenir, se sentó sin más a la orilla de la carretera, mirando al horizonte, la bondadosa fisonomía de unas lomas apagadas, sérboles, o a veces con la cabeza baja, triste. Era la tristeza amplia de la mañana la que se abatía sobre él. Nuevamente sacó del bolsillo el sobre azul, extrajo las cuartillas amarillentas y arrugadas y se refugió en su desciframiento. Pasaban de vez en cuando algunos coches y los conductores se quedaban mirando con cara atolondrada, ojos judiciales y entrecejo psiquiátrico. El chaquetón le daba el aspecto grotesco de un espantapájaros en tierra agostada, frente a un áspero erial, dominado por una fisonomía de rocas negras y pedruscos, árboles resecos, un paisaje lunar transportado a la periferia o a los arrabales altivos de la vieja fortaleza. El hospital estaba situado al norte de la ciudad y la estación de ferrocarril al sur, como los extremos remotos del viaje y de la muerte. Las generaciones más recientes de la comarca habían nacido en el hospital y las generaciones más antiguas iban a morir al hospital. El hospital era, por tanto, la estación de la vida y la muerte, el principio y el fin del viaje para los habitantes de la ciudad. A veces había amagos de viajes

prematuramente y entonces el hospital era un alto en el camino, una escuela para el aprendizaje de la muerte. La vida y la muerte de los ciudadanos estaba, en consecuencia, ligada o vinculada de modo permanente al hospital. Pero el interventor había nacido a la ciudad en la estación de tren, había entrado en la ciudad por el sur y su vinculación ciudadana era producto de un error, las secuelas de una equivocación, una errata incorregible, de modo que, sin más punto de referencia que el de su llegada, tomó el camino del sur, dejándose llevar por la querencia de la desventura, venciendo hacia la estación, atravesando la población verticalmente, contra la tiranía polar de las estrellas, contra los imperativos de la brújula, un punto al bies, la avenida, la plaza, el vendedor de barquillos, el puente, el balconcillo, la carretera, toda la mañana en el trayecto, un recorrido lento, parsimonioso, desgarrado, hasta llegar una vez más por tercer día consecutivo a la estación. Encontró el lugar desierto, como siempre, cerrada la cantina, negros los barracones, el coche de la lujuria inmóvil, todo igual, vacío y desolado, el último lugar del hombre.

Se acercó al campo de batalla y no halló indicios de la derrota: acaso algún rasguño en el muro, el resbalar pesado de su espalda, el coche del amor en su lugar, destartalado, con una puerta abierta y una ventanilla rota, restos de cristales en el suelo, las ruedas pinchadas. Anduvo por allí merodeando, viendo la desolación sombría de tan vasto escenario. Era ya media tarde y la cantina estaba cerrada. Más aún, siguió cerrada todo el día y el interventor se entretuvo adivinando por qué el muchacho no bajaba a la estación. Tal vez tuviera un día libre a la semana y fuera aquél (el interventor comprobó con tristeza que ignoraba qué día de la semana era), tal vez hubiera empeorado la herida del brazo, tal vez la cantina, pensó con la desesperación del preso encerrado en una celda de castigo, no volviera a abrirse nunca más. El ya sabía (lo habían contado los jornaleros y los eremitas de la ruta en las tabernas) que tampoco la cantina gozaba del éxito de otros tiempos, cuando a partir de las doce todos los locales públicos quedaban clausurados por orden gubernativa y hacia la estación se encaminaban los bebedores impenitentes, el reducto alcohólico de los sábados, las secuelas de los días feriados, el impulso ebrio de algunas madrugadas altivas. El esplendor de la cantina había caído en paralelo con el del ferrocarril, un deslizamiento vertical con fondo visto, y todo ello era un claro síntoma del fin de los viejos tiempos, del surgir de una nueva era, más impersonal, más glacial, más eléctrica, sin contrastes. Por eso la cantina quedaba apenas ya como vestigio antropológico de una época en extinción, el residuo sucio y amarillo, con calendarios de años pretéritos, impares y remotos, con carteles taurinos de oro y rojo en las paredes, un antro de la prehistoria tecnológica, del tiempo en que la tradición no era artículo de consumo ni las ciudades museos de la historia, escaparate de otras vidas, otros tiempos, otras tradiciones, porque, en efecto, cuando las cosas se convierten en el recuerdo o la memoria de sí mismas o en símbolos de su esplendor es que están definitivamente arruinadas. Anduvo, pues, solitario buscando por entre los barracones, incluso subiendo con gran esfuerzo, que su edad y su salud no estaban para alturas, a alguno de los vagones de mercancías en vía muerta, de los que salía un mal olor profundo a hierro y a carbón y a podredumbre porcina. La noche fue cayendo poderosamente sobre los edificios oscuros y sobre la vastedad del horizonte, sobre la sumisión de los olivos y la docilidad lejana de las encinas. El interventor pensó entonces que a alguna hora bajaría el hombre del rincón, el acento jónico que invariablemente, en cada despedida, articulaba frases ininteligibles y enigmáticas con voz grave y retórica, epígono de las ebriedades mitológicas. Se concentró en tal pensamiento y, acaso involuntariamente, decidió que, si el cierre de la cantina era casual, en algún momento llegaría el hombre del rincón y con ese designio, fijándose plazos horarios, con el reloj angular como testigo, se fue dando treguas, como si algo dependiera en última instancia de la llegada del hombre del rincón, el viejo tácito, el espíritu áspero. Se diría que el interventor había fraguado una hipótesis y estaba

esperando la verificación de los hechos con la misma ansiedad con que el científico espera los resultados benévolos del experimento. Pero el tiempo pasaba, se iban sucediendo secuencias de media hora (si bien la fiabilidad mecánica y cronométrica del reloj era endeble) y el hombre del rincón no aparecía. El hombre puede desarrollar una paciencia infinita y su capacidad de espera se hace inconmensurable, especialmente cuando ya no tiene ninguna esperanza, porque entonces espera más allá de la espera, de modo que el interventor pasó varias horas acuciado por ese límite de tiempo sucesivo y ampliado a cada vencimiento, hasta que llegó una hora tardía, muy metida en la noche, más allá de todo hastío, y se fue dejando hundir por el hambre y el cansancio. Para guarecerse del frío, que a medida que discurría la noche de noviembre se iba haciendo más agudo, decidió dormir en el coche varado. Se acercó con muchísima precaución, temiendo que fuera un lugar fijo para amores abiertos, bien de la pareja asesina de la noche anterior, bien de parejas distintas, todas sin duda con instinto criminal en la furia erótica de sus pasiones. Tal vez, sin embargo, se hubiera propagado la noticia de la batalla nocturna y nadie se atreviera, para no delatarse, a utilizar el coche como lecho. Afinó el oído y midió el sigilo de sus pasos, hasta que comprobó que estaba vacía la madriguera. Al fin, entró y se sentó. La puerta abierta, estropeada sin duda por sus agresores, no cerraba o, al menos, no encajaba. Advirtió los primeros síntomas de la degradación al comprobar que no le importaba la suciedad. Se acomodó en el asiento trasero, pero no era capaz de conciliar el sueño. Pensó que su cuerpo se iría acostumbrando a las penalidades y a las adversidades antes de que pudiera vivir al aire libre, como los hombres primitivos, como los animales, como las criaturas libres de la naturaleza. En cualquier caso, finalmente se durmió. Tuvo un sueño ajetreado y confuso, asediado por convulsiones oníricas, intranquilo y turbado por anuncios de fuego, por presagios de zarzas en llamas, por la eclosión de banquetes bíblicos a la sombra de la montaña, pan de bellota y codornices, por la amenaza del lobo y la serpiente, por el enigma del jabalí y la encina, y también soñó que andaba por la nieve cubierto con pieles de animales montaraces y con la agradable sensación íntima de no padecer frío ni privaciones, porque el cielo se guardaba de su bienestar. A veces el sueño se interrumpía, una ráfaga helada entraba por la ventanilla rota y el interventor se veía obligado a cambiar de postura, pero el sueño volvía siempre desde el principio, aparecían las codornices y el pan de bellotas, y el fuego y la nieve, y el lobo y la serpiente, y el jabalí y la encina, hasta que la noche se fue haciendo confusa, como si un palpito de luz fuera a abrirse camino y se iniciara el despertar del universo. Entonces el interventor bajó del coche y sintió un frío intenso. Inició un trote atlético para entrar en calor o desentumecerse y pensó que tendría que procurarse los rudimentos del fuego para encender una pequeña hoguera donde calentarse. Trotó cansinamente de un sitio a otro, sin lograr quitarse de encima la sensación de llevar sobre los hombros todo el peso de la noche y todo el peso de la desdicha. Entretanto iban naciendo a la luz los barracones y los muros y los olivos, los perfiles sólidos de

la existencia.

Desde el andén, cuando se encaminaba al banco del reloj, vio venir a lo lejos, andando por el centro de la vía, a un individuo de perfil ferroviario que, sin embargo, le resultaba familiar. Llevaba un atadizo en la mano y avanzaba de traviesa en traviesa, como un chiquillo juguetero, pero con precisión de segundero, con paso exacto y uniforme, como si llevara en el pensamiento un cálculo del tiempo con los pasos. Aguardó a que llegara, con la esperanza de que le proporcionara algún detalle de interés, especialmente sobre la identidad y el paradero del interventor, y a medida que se acercaba tuvo la certidumbre de que lo conocía. Con otro uniforme, tal vez con otras pertenencias, porque nunca lo había visto en la estación, pero estaba seguro de que lo conocía. Sólo cuando estaba a unos pocos metros se hizo la luz en su entendimiento y lo reconoció. ¿Quién es el sinvergüenza más hideputa del mundo?, pensó. Pero se retractó enseguida. No, dijo, como reprendiéndose a sí mismo, no es el afilador. Era un hombre curtido y oscuro, cenceño, descarnado, de edad más que media, muy bajo, con un mono deslucido y una gorra amarilla. Esperó a que llegara a su altura para abordarlo. El hombre se detuvo y se descubrió, pero guardó silencio. Tenía poco pelo, blanquinegro y rizado. El interventor lo miró un instante y preguntó algo, pero el hombre no respondió, se limitó a hacer un saludo con la mano y siguió su camino sonámbulo. El interventor gritó. Oiga, dijo, oiga. Pero el hombre no se volvió. El interventor pensó que sería un tipo de ideas fijas, de orden sistemático y de educación arisca, un prototipo. Corrió torpemente tras él hasta alcanzarlo y sujetarlo por el brazo. El hombre se detuvo y se descubrió de nuevo. El interventor fue a preguntarle por lo único que en rigor podía preguntar. ¿El interventor?, dijo. El hombre hizo un gesto indicativo, señalando el oído. Estaba sordo. El interventor repitió varias veces la pregunta aumentando el volumen de voz, hasta que encontró al fin una respuesta. No, señor, dijo el hombre, yo soy el guarda. ¿Y el interventor?, preguntó de nuevo el interventor. El guarda hizo un gesto de ignorancia, tal vez de desaliento. Yo paro en el cruce, dijo luego. Y, poniéndose la gorra, echó a andar. El interventor saltó a la vía y fue tras él de traviesa en traviesa, sintiéndose un punto ridículo, como si representaran la parodia de dos cómicos de cine mudo en una persecución simétrica. ¿Está muy lejos?, preguntó. El hombre no lo oyó y tal vez por eso lo siguió el interventor. Caminaron un par de kilómetros, en silencio necesario, hasta que llegaron efectivamente a un cruce, un paso a nivel. Los raíles se hundían en una carretera estrecha, ennegrecida, con parches inútiles y baches profundos. A cada lado de la carretera había dos postes metálicos que el guardabarrera (esto es, el guarda) tenía que unir con cadenas cuando se acercaba un tren. En uno de los ángulos que formaban la carretera y la vía, el más obtuso, se escondía una caseta diminuta de color terroso. Era la garita del ferroviario. Tenía una puerta metálica y tres ventanucos redondos con reja en forma de cruz, suelo de cemento, una mesa de madera con todas las cicatrices de la inclemencia, una silla de mimbre y un camastro

escaso. Antes dormía aquí, dijo el guarda, pasaban muchos trenes. Durante muchos años había vivido allí las veinticuatro horas del día. Su mujer le acercaba cada mañana en una fiambarrera la comida de mediodía, con abundancia y variedad que le abastecía para la merienda, la cena y el desayuno. A veces, sobre todo de jóvenes, se quedaba mucho rato con él, tal vez toda la tarde, y volvía a casa al anochecer en un tren de mercancías que reducía la velocidad sólo para que ella subiera. A veces también se quedaba de noche, añadió como avergonzado. Eran otros tiempos, dijo. Ahora ya no pasan trenes, dijo, así que duermo en casa. El guarda iba y venía todos los días andando al cruce, pasaba por la estación al amanecer, siempre a la misma hora, y regresaba al anochecer, con la puntualidad cósmica de las estaciones y los eclipses. La mujer murió, añadió luego, pero él seguía volviendo a casa. Tal vez volvía por eso: para perpetuar en aquella soledad el espíritu perdido del hogar. Se había sentado en la silla, con las manos sobre la mesa, mirando a la pared, inmóvil, como si los años pasados en aquella caseta le hubieran dado el don de la paciencia y la pasividad. La echo de menos, dijo. El interventor no hablaba, no estaba acostumbrado a gritar, le producía una especial incomodidad tener que alzar la voz para hacer preguntas sólo amables, porque la cortesía y el grito son incompatibles, de modo que guardaba silencio. El guarda hablaba a rachas, a veces como adivinando el pensamiento secreto del interventor y en otras ocasiones como si sus cavilaciones se extraviaran en algún lejano laberinto. Su discurso era escueto y carecía por igual de retórica y de implicaciones subjetivas. Sólo muy de tarde en tarde pasaba algún vehículo. Ahora tampoco vienen coches, informó. Se van por la carretera nueva, dijo. La mañana avanzaba plácida, con quietud infinita. Un sol tibio cruzaba sobre ellos y algunas nubes leves, deshilachadas, evolucionaban lentas y caprichosas en el cielo. El guarda, que estaba hecho al silencio, años y años sin hablar con nadie, conocía todos los matices del cielo y del horizonte. Sabía hacia dónde iban a ir las nubes, a qué hora se iba a filtrar un punto de sol por el ventanuco del sur, cuándo la sombra de la caseta iba a rozar el centro del paso, acostumbrado a la precisión de una sabiduría cotidiana y reglamentaria, el producto inmediato y objetivo de la pura observación naturalista. Así, se consideraba en la obligación de ir anunciando previamente los sucesivos pasos del día que avanzaba. Cuando era joven, oía el sonido del tren a lo lejos y colocaba las cadenas, porque en aquel tiempo el sonido del tren llenaba el día, empezaba a oírse mucho antes de que asomara por la curva y se propagaba después como la bienaventuranza todopoderosa de una profecía industrial. Luego el guarda fue perdiendo oído, tanto silencio me volvió sordo, dijo, y entonces empezó a conocer la llegada del tren por el olor. Muchos kilómetros antes de que la locomotora asomara por la curva el guarda había percibido el olor de la máquina en la atmósfera, como si el sonido hubiera sido reemplazado por una emanación fuliginosa, un preludio de carbonilla viniendo de los confines. Ahora no hay trenes, dijo con tristeza. Era el guardián de un paso a nivel vacío, guardián de nada, de una puerta en el desierto. Muchos años atrás, antes de que él viniera, bastaba con un aviso en forma

de aspas a cada lado de la vía. Ojo al tren, decía, paso sin guarda. Ahora me gastan bromas, dijo. Ojo al guarda, me dicen, paso sin tren. Hubo una hora de sol vertical, cayendo sobre el centro de la caseta, una cortina de sombra al norte, en que el guarda abrió el atadizo que había colocado al llegar sobre la mesa. El interventor vio la comida y sintió un regocijo lleno de pesadumbre. El guarda, que parecía un hombre primitivo, actuó con la dignidad heroica de la edad de oro. Había pan, chorizo, queso, vino y fruta. Ya no cocino, dijo. Como seco. Sacó una navaja del mono y partió en mitades simétricas el pan, el chorizo, el queso y la fruta. El interventor comió sentado en el camastro. El vino pasaba de uno a otro entre bocado y bocado. Comieron en silencio y el interventor se sintió emocionado, como si estuviera presenciando por un resquicio las huellas solidarias de la humanidad perdida, el tiempo mítico de la fraternidad. La tarde fue lenta, cadenciosa, de una vastedad compacta. El tiempo caía con una pereza que dejaba indemnes las horas, expandiendo todos los matices, todas las variaciones minúsculas de la naturaleza, un instante después de que el guarda predijera su inminencia. Poco antes del anochecer el guarda emprendió el camino de regreso, otra vez saltando de traviesa en traviesa, de nuevo la rigidez mecánica y autómatas del cine mudo. El interventor fue tras él, bajo un silencio que se acogía a los avances confusos de la oscuridad. Al llegar a la estación, el guarda se volvió, se descubrió y esbozó un saludo. El interventor se detuvo en el centro de la vía, movió el brazo y lo vio alejarse, solitario y saltarín.

El interventor siguió con la mirada el avance del guarda, viendo cómo se perdía, nebuloso y sin perfiles, sordo en la luz confusa del atardecer. Entonces, cuando apenas se distinguían ya los pasos de los saltos, sólo la figura alejándose, el interventor miró a su alrededor y advirtió la luz de la cantina. A través de la sucia transparencia de la cristalera vio moverse dentro al muchacho, dedicado a la tarea inútil y misteriosa de su lento trajín, la torpe maniobra del vencido. El interventor decidió entrar. Dio las buenas tardes desde la puerta y el muchacho lo miró un rato en suspenso, con perplejidad anodina. Pensé que se había ido, dijo. ¿Es que ha pasado el tren?, preguntó el interventor con avidez. No, no, replicó el muchacho, pero como no le he visto en todo el día. Entonces advirtió el interventor la ansiedad infantil de su pregunta. ¿Por dónde tendría que haber pasado el tren para no verlo?, pensó. El interventor contó cómo había transcurrido la jornada, en la bucólica armonía del cruce. ¿Con el sordo?, preguntó el chico. El interventor asintió y elogió la sabiduría del guarda, su hospitalidad, la tenacidad y la perseverancia de su dilatada dedicación al paso a nivel, así como su parecido con el afilador. Son hermanos, explicó el muchacho. Y entonces, ante el asombro del interventor, le contó la historia de los hermanos sordos. Al parecer, el guarda y el afilador eran hermanos gemelos, miembros de una familia en la que, a causa de una extraña maldición desoxirribonucleica, todos los varones se quedaban sordos al cumplir cuarenta y nueve años. Ya el abuelo se había quedado sordo. Era platero, un vendedor ambulante de bisutería, abalorios, adornos de oro bajo y plata de escasa ley, que caminaba por los pueblos de los alrededores a caballo, cargaba dos grandes baúles de madera y se detenía en las ventas, en las posadas. Las mujeres acudían a verlo y le compraban pendientes, anillos, pulseras, broches, prendedores, sobre todo para las bodas. Pues bien, un día, de repente, cuando llegó de una de sus expediciones comerciales, que duraban días, semanas, e incluso meses, había perdido el oído. Se dijo que le había estallado un huracán en la cabeza, que un rayo había caído cuando pasaba con el caballo bajo una encina cazurra, que el caballo había caído fulminado y él perdió el oído. Siempre pensaron que fue el accidente de la tormenta el que produjo la desgracia, pero luego, con el paso del tiempo, el hijo del platero, que tenía una herrería, también se quedó sordo. El herrero tenía dos hijos, el afilador y el guarda, que nunca dijeron una palabra de maldiciones ni de pronósticos genéticos. El día en que el guarda cumplía cuarenta y nueve años se encaminó al paso a nivel como siempre, al amanecer, saltando de traviesa en traviesa, oyendo los sonidos iniciales de la alborada, el canto de los pájaros, el susurro transparente de la brisa, la obertura matinal de la naturaleza, pero, al mismo tiempo, con el miedo de una inminencia, enfrentado al plazo perentorio de una profecía genética. Cuando regresó al anochecer, al pasar por el andén le saludaron desde la cantina, como cada día, pero no oyó nada: a merced del oráculo, se había quedado completamente sordo. Yo todavía no había

nacido, confesó el muchacho, pero lo he oído contar miles de veces. Se dijo (lo dijo un médico, un afamado otorrinolaringólogo) que era del tren, que tenía metido el sonido del tren en el oído y que no era que estuviera sordo, sino que no oía otra cosa que el ruido del tren, que sus oídos se habían negado a admitir nada que no fuera el ruido ensordecedor del tren. No sería por tanto sordo, sino oidor de un solo sonido, la voz del tren irrumpiendo entre las montañas. También se dijo (otro médico, el director del manicomio) que eran secuelas de un trastorno psíquico, cierto accidente antiguo, cuando se le acusó de negligencia en el caso de una decaúve arrollada por el tren en el paso a nivel. Pero, curiosamente, el mismo día y de la misma forma, nadie sabía si a la misma hora, sin nada que lo justificara, sin ninguna causa aparente, el afilador se quedó igualmente sordo. Durante algún tiempo siguió por los pueblos tocando su célebre musiquilla, pero a medida que pasaban los días, las semanas, la sordera le hacía emitir un ruido infame, agudo, como una venganza. Alguien debió decírselo o él mismo lo advirtió tal vez. Por eso empezó a pregonar su oficio a gritos y por eso la gente, para burlarse, preguntaba por el sinvergüenza más hideputa del mundo. Perdió además toda noción del tiempo, como si los trastornos del oído hubieran trastocado también las horas y los días y las estaciones, y tan pronto salía a dar voces de madrugada por los pueblos como se le olvidaba que se acercaban las matanzas. El interventor quedó impresionado por la historia y por la simetría de la maldición. El muchacho había empezado entonces a buscar algo, en las cajas, debajo del mostrador, removiendo objetos descolocados o en orden caótico, hasta que por fin pareció que encontraba lo que fuere. Le tengo esto, dijo al cabo. Y sobre la barra de mármol deteriorado puso la botella de cristal verde. Estaba en el suelo, dijo. El interventor lo miró con agradecimiento. Ayer, añadió el chico. La había encontrado por la mañana, el día anterior, cuando llegó, después de que alguien comentara que habían encontrado a un hombre inconsciente junto a la tapia del corralón. No le supieron decir quién era, así que, movido por la curiosidad, se acercó a investigar. Entonces encontró la botella y enseguida dedujo de quién se trataba. Me dijeron que se lo habían llevado al hospital, dijo. Pensó que estaría hospitalizado o que le habrían arreglado los papeles para abandonar la ciudad en algún coche de línea. En realidad no esperaba volver a verlo, pero de todos modos decidió guardar la botella, por si alguna vez volvía. En todo caso, si no volvía, quedaría allí como reliquia, testimonio de su desventura. Pero se alegraba de que hubiera vuelto. ¿Qué le pasó?, preguntó entonces, mientras llenaba la botella de agua. El interventor contó con medias palabras: el silencio, el frío, el sueño, el coche. Un disparate, dijo. Después cogió la botella y pensó que el muchacho era el único amigo que tenía en la ciudad, la única persona que lo trataba como persona, una especie de solidaridad en precario, porque, aparte de proporcionarle el chaquetón, el muchacho apenas podía hacer otra cosa que no fuera ponerle un café gratis, como estaba haciendo ahora precisamente, añadirle alguna galleta endurecida, alguna magdalena caducada, alguna empedernida perrunilla, como también estaba haciendo ahora, y, como ya había hecho la primera

noche, velar por la frágil integridad de la botella. No era compasión, pensó el interventor, sino bondad. Después llegó el hombre del rincón y ocupó su lugar y la noche fue avanzando, segura, inabordable, con su disfraz de espanto y soledad. El muchacho siguió hablando del guarda y del afilador. No se hablan, dijo, son unos renegados, se culpan mutuamente de su sordera y se odian, pero la gente dice que hacen bien, y reía en silencio el chiste popular, porque si se hablaran no se oirían ni se entenderían y sería peor. El interventor prolongó su café hasta el cierre, hasta que el hombre del rincón musitó su letanía de madrugada, *ego dormio*, dijo, *et cor meum vigilat*, yo duermo, pero mi corazón vigila, y el muchacho apagó la luz amarilla que se oponía con fragilidad cenicienta a la dimensión voraz de la noche y la sombra.

El interventor decidió pasar la noche de nuevo en el coche varado, pues, aunque el frío negro de la madrugada penetraba sin misericordia por la ventanilla rota y por la puerta desvencijada, algo guarecido quedaba de la intemperie ventosa de la estación. En el fondo, se sentía contentó, porque casi se abría ante él, sin pretenderlo, un programa de vida y de costumbre: pasar el día en el cruce, con el guarda, tomar un café de recuelo en la cantina y acogerse al cobijo del coche sin dueño. Además, le había llegado al corazón, como un amago de compasión o de ternura, el gesto del muchacho, la recuperación de la botella verde. De modo que, halagado por una forma desconocida de regocijo interno y aun viendo lo poco con lo que se conformaba para seguir viviendo, más exactamente, para seguir vivo, contemplando con curiosidad analítica en qué medida insondable le cambiaba a uno la desdicha, de qué forma inescrutable una modificación sustancial en los hábitos de vida transformaba por completo la materia del hombre, entró en el coche por segunda vez, se acomodó en el asiento trasero, en una inclinación incómoda, el cuerpo en escorzo abrupto, y se fue adormeciendo entre escalofríos intermitentes, amagos de la noche que lo asustaban en el momento justo en que parecía que por fin se iba a dormir. Tal vez en algún momento, incluso en más de uno, se quedó dormido y a una hora indeterminada, porque no tuvo la precaución de mirar el reloj angular, le ocurrió algo que, a la mañana siguiente, no sabía si catalogar como hecho real o como trampa de los sentidos, una burla surgida de la ansiedad del sueño. Fue el caso que, desde el abismo, oyó un ruido remoto y le dio un vuelco el corazón. Durante un instante, regresando del mundo desconocido que habita en la primera persona del singular, prestó oído al estruendo y rápidamente seleccionó de entre todos los sonidos del mundo el sonido concreto e inconfundible que buscaba. Era un tren. Salió apresuradamente del coche bajo los efectos hipnóticos de aquel ruido creciente, corrió hacia el andén y, cuando llegó, vio cómo una mole ingente y sombría se acercaba, como el viento y como el frío, desde el norte. Pensó que era su gran oportunidad, el camino de salida de la caverna. Montaría sin billete y despreocupado, porque, aunque en ningún lugar del mundo llegara a estar mejor de lo que estaba, en ningún otro, desde luego, podría estar peor. Pronto, sin embargo, sintió una desazón autónoma y verdadera, un aguijón de rabia sobrenatural. El tren que se acercaba no reducía la velocidad. Vio con claridad que era un mercancías, vio con dolor que pasaba a su lado sin detenerse y vio con desesperación que se alejaba interminablemente en las tinieblas. El interventor braceó inútilmente, antes de que el tren llegara a su altura, cuando el tren estuvo a su altura, cuando el tren le sobrepasó y mientras el tren, en fin, se alejaba oscuro, terrible, maloliente y porcino. Durante un minuto eterno el interventor permaneció junto a la vía, inmóvil en el andén, mirando hacia la curva del oeste, la dirección del paso a nivel, sintiendo cómo le invadía el desaliento, oyendo (recordó al guarda y su sordera, le sobrevino la memoria ajena del

tiempo antiguo) cómo, en efecto, el ruido de la locomotora llenaba la noche con su traqueteo de hierro y de carbón. Pero poco a poco fue volviendo al coche, resignado y abatido, y se acomodó de nuevo en el asiento trasero y se quedó otra vez adormecido y ya nunca pudo saber si había pasado un tren nocturno o no. Al amanecer vio venir a lo lejos, saltimbanqui de los raíles, al guarda, con su hatillo al hombro, su uniforme amarillo, su gorra, su paso saltarín de traviesa en traviesa. El interventor se puso enfrente del reloj angular y lo esperó. Cuando llegó a su altura, el guarda se detuvo, se quitó la gorra con un aspaviento de respeto y le dio los buenos días. El interventor hizo un gesto con la mano y contempló el rostro adusto, seco, endrino, del guarda. Después se colocó tras él y ambos abandonaron la estación, camino del cruce, uno tras otro, al paso irregular, de medio salto, que imponía la distancia entre traviesas. ¿Ha pasado un mercancías esta noche?, preguntó el interventor a gritos cuando llegaron a la caseta. El guarda olfateó el aire, venteando la presa apenas un instante. No, respondió luego, como resultado de su investigación. Estuvieron el día entero en el paso a nivel, al ritmo sosegado y bucólico de la naturaleza, a sabiendas de que no pasaría ningún tren y apenas algún coche. Sí pasó, lento y oscuro, el afilador, en bicicleta, pero ni se detuvo ni miró apenas, un momento, hacia su hermano. El guarda lo vio ir con el rostro impasible y la mirada dura. Nada más. Compartieron comida y fruta y vino y cuando llegó la hora del regreso el interventor pensó que le gustaría vivir allí, pero regresó con las últimas luces tras el ritmo imperturbable del guarda y se detuvo en la estación atribulado e indeciso. ¿Ha pasado un tren esta noche?, le preguntó al muchacho de la cantina. No creo, respondió el muchacho, ya no quedan trenes. De modo que el interventor dudaba cada vez más de sus sentidos y de su conciencia, pensaba que algún genio maligno le había tendido una trampa metódica, que el sueño había burlado las débiles, endebles defensas de una conciencia agotada, de unos sentidos adormecidos y extraviados, que ya no encontraría ninguna certidumbre. No puede ser, dijo. La cabeza le daba vueltas como un torbellino agudo. No puede ser, repitió, como si intentara apartar de su mente una idea fija. Y le contó al muchacho cómo, estando dormido en el coche, lo despertó de repente un ruido poderoso y cómo, pese al estruendo, se hizo el remolón en las postrimerías del sueño. Hasta que reconoció el rugido del tren. Entonces se levantó precipitadamente y corrió hacia el andén. Allí había, en efecto, un tren, un mercancías. No tenía puertas o, en todo caso, estaban herméticamente cerradas, camufladas, pues no se dejaban adivinar fácilmente. Corrió vagón tras vagón para encontrar un punto de subida, algún peldaño, pero no le dio tiempo a llegar hasta el final, porque el tren se puso en marcha, como desperezándose, y empezó a alejarse lentamente, con la torpeza de un mastodonte de hierro que pone en juego al mismo tiempo todos los engranajes y resortes de su compleja musculatura. Usted delira, respondió el muchacho. Entonces el interventor guardó un silencio largo y apesadumbrado. Después recurrió al sobre azul, desplegó ante sus ojos el papel amarillento y se quedó absorto ante el abismo.

La existencia (o tal vez la inexistencia, o acaso sólo la probabilidad o incluso la ensoñación) de aquel tren nocturno alteró notablemente las perspectivas de futuro del interventor. Habría deseado, en principio, acompañar cada mañana al guarda, entretener los días otoñales al amparo sereno y natural del paso, celebrar en el cruce su elogio a la vida austera y retirada, pero cambió de repente de opinión. Sospechaba que el coche abandonado habría de convertirse en su morada durante mucho tiempo (porque hay que estar atentos y vigilantes, pues no sabemos ni el día ni la hora, le había dicho la voz de Cristo en la ruta de las tabernas) y decidió prepararse para ello, de modo que muy temprano resolvió caminar por la periferia de la ciudad, por los barrios marginales y desclasados, por los arrabales empobrecidos, nacidos de la pobreza y para la pobreza, las adyacencias de las que todas las ciudades se avergüenzan, y así anduvo por diversos lodazales, avanzando por los sombríos escaparates de la miseria. No se trataba, sin embargo, de una visita turística ni de una excursión sociológica. Si la infancia del interventor no estuviera abolida y la memoria tuviera acceso a los rigores escolares de un pupitre de madera, a las palabras remotas, al soniquete bélico, a la etimología de popular, tal vez hubiera descifrado el oráculo del hombre del rincón. *Eorumque agros populabantur*, había dicho el hombre del rincón mientras el muchacho desgranaba la patología de la sordera. Y a eso era a lo que se disponía verdaderamente el interventor, no a devastar los campos de los hórdalos, sino a saquear la miseria, a rebuscar entre los montones de basura y entre los despojos del hambre, algo que comer, algo que vestir, algo con que arroparse. La incursión no fue en vano, desde luego, pero los rendimientos netos de su exploración envilecerían al más desheredado entre los mortales. En el barrio más miserable de la ciudad, con chabolas irregulares, hechas de tablas podridas y con techos de hojalata, tal vez alguno con remiendos de uralita, encontró una manta raída de cuadros, de una domesticidad infinita, bruñida por el uso y el tiempo, con agujeros, sucia, y la recogió previsora y provisoriamente. Encontró una almohada azulenca, con manchas en las esquinas, como afectada durante decenios por la acción de mil cabezas sucias descansando sobre ella en noches vastas y caniculares, la médula calcificada del sudor. Recogió asimismo un cacillo de aluminio, lleno de magulladuras, maleable y ennegrecido, con las huellas de mil estropajos rasgando su antigua lisura o los arañazos sucesivos de un lavavajillas cruel. Aquí y allá fue recogiendo otras menudencias de la vida mendicante cotidiana, un encendedor desechable, un bolígrafo, una caja de cartón para llevar la manta y la almohada, unos periódicos, un peine, un espejo roto, las hierbas arrojadas por los sabios precedentes. Pensó que no era poco botín para una sola mañana y regresó a la estación y a la que ya consideraba mentalmente su casa, el coche abandonado, donde depositó tan mísero equipaje. Tras distribuir sus nuevas pertenencias por el espacio habitable del vehículo (atrás la manta y la almohada, los periódicos en el salpicadero, los objetos de uso en el asiento

del copiloto), se sentó un rato en el asiento del conductor y se miró al espejo. Le empezaba a molestar la barba, pero carecía de utensilios de afeitado. Se sentía envejecido. Al ver su cara asustada, sus ojos hundidos y medrosos, su pelo enmarañado, adquirió por primera vez conciencia de su aspecto desaseado, desastrado, sucio, maloliente. En los pantalones y en el chaquetón quedaban huellas de todas las desventuras, el banco del parque, la agresión contra el muro, el lodazal de las cunetas, los rastros de la serpiente. No pudo por menos que admirar el deterioro de los zapatos, las hendiduras llenas de barro negro, los cordones de cieno, halos blanquecinos expandiendo un resplandor circular, una inminente constelación de agujeros apagados. Tanta suciedad en tan poco tiempo, tanta desgracia en tan pocos días y, al mismo tiempo, tanta paciencia, tanta resignación, tanta sumisión a los designios de la providencia, no dejaron de conmover un punto su ánimo o desánimo. Cautivo, pensó, con pies de barro. Tomó la decisión de buscar por los vertederos, entre los escombros, residuos de cosmética, utensilios de afeitar, cuchillas usadas, para despellejarse. Se vio a sí mismo revolviendo la basura y le vino a la memoria una antigua definición. El hombre se convierte en lo que busca, la configuración corporal y espiritual de su deseo. Y él iba bajando en la escala de los deseos y las búsquedas: del interventor a los desperdicios de arrabal.

Se sucedieron campañas de aprovisionamiento, toscas incursiones de rapiña, y, según iba recogiendo material, lo llevaba al coche, refugio descolorido, vencido por la herrumbre, las llantas en el suelo, al que se incorporaban los enseres inútiles de la periferia y los desechos de los vertederos. Ahora traía una silla plegable maltrecha, luego una colchoneta surcada por todos los regueros del sudor, el semen y la sangre, después un hornillo con desperfectos, hasta que llenó un rincón del corralón vacío con harta podredumbre y fijó definitivamente su morada provisional al arrimo del muro. El cantinero le daba el café que había usado en la cafetera, que a veces era muy poco, a veces ninguno, porque no era infrecuente que la cantina permaneciera algunos días cerrada, como si el horario dependiera de los caprichos del muchacho, o abría y no había café porque nadie acudía en todo el día a la cantina, salvo el hombre del rincón, que sin duda disponía de información privilegiada, porque siempre que abría la cantina allí estaba por la noche el hombre del rincón, pero los días que no abría no aparecía el hombre del rincón por ningún sitio, de donde se deducía que el hombre del rincón sólo venía cuando estaba abierta y que venía siempre que estaba abierta, sin fallar ni un día (¿y si fuera el verdadero interventor?, se preguntaba a veces el interventor), o a veces ocurría que los que venían, en ocasiones, a media mañana o mediodía, los jornaleros, obreros de los alrededores, albañiles, los primeros operarios de un polígono industrial que sólo tenía caminos para el progreso, pero ninguna industria, no tomaban café, sino los vinos ásperos y espesos de la comarca, mezclas de coñac y anís o aguardientes destilados en la sierra clandestinamente. Entonces el interventor, con los acarreo de café de la cantina, ponía el cacillo de aluminio abollado en el hornillo de campaña, lo llenaba de agua, añadía el café que antes había secado en un plato de plástico y, cuando hervía, lo apagaba. Después, según se iba enfriando, daba sorbos de café solo, sin azúcar, probando la amargura de aquella negra soledad. También buscaba hierbas en los alrededores, por las orillas de las vías, en los terraplenes, y las hervía en el cacillo: caldo de hierbas silvestres a mediodía o en los atardeceres. Ya por entonces había decidido dejar de buscar al interventor, aunque todavía a veces preguntaba por él (la fama era que preguntaba todos los días, pero la fama suele tender a la exageración, la fama parte de los hechos, pero se construye con palabras), y tenía decidido que, si pasaba alguna vez un tren, se subiría en él, sin billete, sin importarle adonde fuese, ajeno a su destino. Así fue como se quedó a vivir en el coche. Al principio tuvo miedo y tomó precauciones, temía que apareciera la pareja de amantes asesinos que lo había apaleado, incluso creía haber visto merodear por allí algún atardecer a la mujer, sin estar seguro de que fuera la mujer, o la muchacha, porque no la había visto, la noche en que lo golpearon apenas pudo divisar siluetas desnudas, blancuras de piel difusa, tan sólo apariciones de piel blanca y convulsa en la sombra, pero una convicción interior le hacía pensar que aquella muchacha que a veces merodeaba por los alrededores de la estación, por la

carretera descarnada que conducía a los pueblos de la sierra, precisamente la carretera que pasaba por la caseta del guarda, era la misma muchacha que lo había golpeado, a patadas, la noche aciaga de su rendición. Pensó que acaso fuera una prostituta, pues su aspecto, que tenía más de exhibición que de exuberancia, no era indicio de ocupaciones comerciales, administrativas o fabriles, sino de una libertad vacía intemporal. Tal vez entonces lo que había ocupado era el lugar de trabajo de aquella muchacha de cuerpo depauperado y semblante de necesidad, como si el alma transida de una enfermedad se le escapara por los ojos. Algunas veces la vio cerca de la cantina, pero nunca entró en ella ni la vio hablar con nadie. La veía mirarlo desde unos ojos apagados y oscuros, huidos de la claridad. Pero después tales aprensiones dejaron de preocuparle. Siguió viendo a la muchacha por allí, pero nunca se acercó hasta él ni hasta el coche. El interventor vivía en el coche, usaba los servicios de la estación, unos retretes oscuros, de paredes negras, con dos muñecos simbólicos en las puertas, un lavabo desportillado, un grifo herrumbroso de donde salía sin ninguna potencia agua con sabor a tierra turbia, a veces roja durante varios minutos, mientras su escasa energía limpiaba de impurezas toda la cañería subterránea. Y a menudo se sentaba en el asiento del conductor y leía y releía las cuartillas del sobre azul que llevaba siempre en el bolsillo interior del chaquetón o se demoraba interminablemente delineando anotaciones en el cuaderno negro.

El muchacho de la cantina ya se había acostumbrado a ver cómo el interventor sacaba el sobre azul del bolsillo interior del chaquetón, desdoblaba las cuartillas, establecía un orden y se entregaba, como ausente, a la contemplación de aquellas letras, de aquellas líneas, de aquellos dibujos, de aquel hondo misterio, y, aunque parecía leer absorto, a juzgar por la cantidad de veces que el muchacho de la cantina lo había visto durante aquellos días ensimismarse en los papeles, debía saberse de memoria, punto por punto, el contenido, lo que hacía suponer que no era tanto ya el mensaje epistolar lo que consolaba al interventor sino su contemplación, la presencia escrita de aquel mensaje, su sola representación visual. Del mismo modo que se había acostumbrado a verlo garabatear con el lápiz diminuto en las páginas secretas del cuaderno de hule, en un ejercicio de ensimismamiento y concentración digno de las mayores abstracciones metafísicas y de los más elevados cálculos algebraicos. Sin duda, en algún momento el muchacho lo comentó con alguien, o corrieron la voz los jornaleros que acudían a media mañana a la cantina y que asistieron con frecuencia a aquel proceso, o incluso lo difundió el silencioso hombre del rincón, que también lo vio a menudo leyendo las cuartillas o volcado en el cuaderno y que en alguna ocasión llegó a emitir un comentario oracular. *Scripta manent*, dijo una vez. *In principium erat verbum*, también dijo. El mismo Cristo había hablado jocosamente por las tabernas de la carta a los efesios. Lo cierto es que, imponiéndose a la evidencia del cuaderno negro, la noticia del sobre azul y de su contenido (dibujos y escritura) se propagó por la ciudad y todo el mundo habló de la carta amarillenta y el misterio creció y se multiplicó y en todos los corazones quedó sembrado el germen de la mala hierba. Es frecuente que las cosas a veces, los objetos, no tengan otro valor que el de pertenecer a un dueño, que sea la relación posesiva, el encadenamiento entre dueño y propiedad, lo que otorgue calidades, apetencias, ansiedades. Así debió de pasar con la carta del interventor, porque en alguna medida fue a raíz de la propagación de la existencia de la carta cuando empezaron verdaderamente las adversidades. Pues unos y otros vieron o supieron que el interventor regresaba siempre fortalecido de la lectura o contemplación de las cuartillas, como si del interior del sobre azul extrajera un hilillo de espíritu, una razón para enfrentarse a la nueva desventura, al obstáculo que seguramente lo esperaba en el siguiente tramo de su odisea de viajero perdido, abandonado, expulsado del mundo y prisionero en unas redes viscosas, revueltas, indestructibles, y entonces creció la intriga y se multiplicaron las conjeturas y las especulaciones y pareció que la ciudad entera se había confabulado contra el interventor. Algunos dijeron que era una carta familiar y que el interventor la leía con añoranza. Algunos dijeron que era el plano de un tesoro secreto y que a ello se debía su deambular por los alrededores de la ciudad. ¿Por qué, si no, a veces, después de guardar la carta, sacaba del bolsillo un cuaderno negro, con pastas de hule, y hacía en él minuciosas anotaciones con un lápiz diminuto? Algunos dijeron que eran

instrucciones oficiales sobre su misión en la ciudad. ¿No apuntaba acaso en el cuaderno de hule los pasos sucesivos de su misión secreta? Y algunos, en fin, pensaron, y todavía piensan, que no se trataba de una carta, sino de una profecía, y que, si el interventor la miraba tan a menudo, no era para consultar el siguiente paso ni para saber qué tenía que hacer a continuación ni para acumular energía espiritual, sino para comprobar que se estaba cumpliendo su destino, la fatalidad escrita en aquellos papeles rancios y deteriorados. Eso era, sin duda, lo que anotaba con detalle en el cuaderno: la ineludible certidumbre de los hechos cumplidos.

En una de aquellas callejuelas del laberinto por el que a veces paseaba cansinamente su desventura solitaria, se detuvo con los ojos desorbitados frente a una ventana enrejada, en la planta baja de una casa deshabitada, con elocuentes síntomas de abandono y ostensibles indicios de ruina. Sobre el alféizar, a medio metro del suelo, en un lecho húmedo de lodo, languidecía un plátano impecable. Los ojos del interventor se fijaron de manera hipnótica en el fruto, arrojado allí, pensó, por la desgana de algún colegial sobrealimentado o enfermizo o caprichoso, excedente de alguna merienda de pan y chocolate u otras reposterías industriales. Miró a un lado y a otro con cautela, se cercioró de que nadie lo veía ni lo miraba y finalmente, arrastrado por la fuerza refleja de un animalucho adiestrado por Pavlov, introdujo la mano por entre las rejas y, no sin disimulo, cogió el plátano: maduro, amarillo, verdadero tesoro de la edad dorada. Echó a andar enseguida calle arriba con el botín en la mano, perseguido por la vergüenza. Torció después por la primera calle a la derecha, para alejarse del lugar de la deshonra, y, un poco más adelante, por otra calle a la izquierda, trazando en su huida una especie rígida de zeta peatonal, hasta que consideró que se había alejado lo suficiente de la ventana enrejada y del escenario de la infamia. Sólo al sentirse a salvo (pues a menudo, cuando una persona se aleja precipitadamente del lugar de los hechos, lo que hace en realidad es protegerse de las embestidas de la propia conciencia y no es, por tanto, del lugar de donde huye, sino del hecho mismo) se detuvo, tronchó el tallo del plátano, desgajó la piel en todas las direcciones cardinales y se precipitó en el primer bocado con ímpetu sabroso. Entonces, mientras la carne de la fruta apaciguaba el instinto, advirtió que se encontraba frente al escaparate mugriento de una imprenta. Se traspasa este negocio, decía una cartulina amarilla de tipografía hueca. Por falta de negocio, había añadido una mano con trazo irregular. Los cristales, sucios, con regueros de polvo surcados por una lluvia antigua, le devolvieron su imagen difusa al otro lado, inoportuno, del espejo. Se vio, pues, en la penumbra refleja del interior de la imprenta, plantado en el suelo con semblante idiota, con el plátano en la mano y engullendo vorazmente, y no pudo por menos que sentir un crudo sonrojo y avergonzarse infinitamente, porque viéndose a sí mismo no se vio a sí mismo, sino la imagen animal y desvalida de un mono cinocéfalos en la soledad tristísima e irracional de una casa de fieras. Así supo que hay precipicios sin fondo y que están necesariamente reservados para el hombre.

Tal vez fuera por entonces o desde luego no mucho más adelante (alguien también, sin duda, lo vio frente a la imprenta, tal vez el dependiente de un almacén de coloniales que a veces lo socorrió con esquiras de bacalao en salazón) cuando empezaron a correr rumores y a multiplicarse en torno al interventor noticias sacadas del fondo del desconocimiento, de los entresijos del miedo o de la culpa, de la necesidad humana de encontrar nombres y causas para lo inexplicable o, mucho más probablemente, de la mera existencia del sobre azul y del cuaderno negro. A menudo en estos casos se ofrece un punto de vista doble: cuando un individuo es desconocido entre conocidos, cuando se siente extraño y es ajeno, cuando mira en torno y no reconoce nada, termina siendo conocido como el desconocido, en el desconocimiento radica la raíz de su conocimiento, sólo se conoce su desconocimiento y así surgen las invenciones, los rumores, las leyendas, el misterio y la épica menor. En este sentido, del interventor se dijeron muchas cosas, seguramente todas las cosas, las verdades y las mentiras, la realidad y las ficciones, viniendo a la postre a demostrar que el hombre es un enigma imposible de descifrar en el que confluyen demasiados vértices: las intuiciones ajenas, los relatos anónimos, las hipótesis, las pruebas verificadas y las pruebas sin verificar, los testimonios directos, las versiones indirectas de los testimonios, las invenciones afortunadas o malintencionadas, la doble cara, en fin, de la verdad y la mentira, lo falso y lo verdadero de la mano en toda realidad y en todo hombre. Se decía, por ejemplo, que había bajado del tren al anochecer y había recorrido solitariamente las calles de la ciudad explorando el territorio o buscando un lugar de alojamiento. Se decía también que había bajado del tren de madrugada y por equivocación, que lo había perdido por su torpeza y que desde entonces merodeaba por los pudrideros de la ciudad sobreviviendo a duras penas, por caridad o de milagro. Se decía que era imposible que hubiera venido en tren, porque hacía meses que no pasaban trenes por la ciudad o, si pasaban, no se detenían ya en la estación, definitivamente condenada al derrumbe. Se decía que había pedido traslado desde una delicada ocupación metropolitana, que se trataba de un alto funcionario del reino, pero nadie sabía por qué había pedido traslado ni por qué había querido venir a parar a una ciudad solitaria y maldita, habitada por el dolor. Se decía que leía continuamente las instrucciones laborales que llevaba siempre en el bolsillo, guardadas en un sobre impermeable, escritas en lenguaje cifrado. Que elaboraba un informe oficial, codificado, con lápiz de trazo secreto e imperceptible, más allá de las habilidades ópticas del hombre. Otros aseguraban que no había abandonado sus tareas metropolitanas por deseo propio, sino que había abandonado la gran ciudad al llegar al final de sus funciones, porque se trataba, en efecto, de un funcionario, pero un funcionario jubilado que había elegido la tranquilidad apagada, casi fúnebre, de una ciudad en decadencia y deterioro. Algunos decían conocer asimismo que, como funcionario, había tenido una profesión curiosa y singular, como agente de las

autoridades de la gobernación encargado de poner a prueba los mecanismos de seguridad de la propia gobernación, como la eficacia policial, el rigor fiscal o las decisiones judiciales, de modo que ganaba su salario intentando burlar y de hecho burlando los cordones policiales y la seguridad del estado, inventando exquisitos mecanismos de fraude, sobornando a jueces y magistrados, haciendo condenar a inocentes y liberar a culpables, para todo lo cual contaba con subvenciones clandestinas, con presupuestos administrativamente oscuros. Se decía incluso que había venido de lejos para investigar la desaparición del antiguo y verdadero interventor, culpable de la dejación ferroviaria de la ciudad y de su consiguiente desmembramiento económico. Sin embargo, ahora, paradójicamente, el interventor no intervenía nunca. Respondía por inercia al nombre de interventor, se desentendía del interés de la gente por saber en qué intervenía o había intervenido, cuándo intervenía o había dejado de intervenir, para qué había venido o por qué no se iba, y permanecía como un sonámbulo, sin nombre propio, aislado en una ciudad anónima, mendigando vino en solitario por las tabernas de la ruta, de una en una. Se cuenta que alguien, animado por las confidencias de una miseria compartida, le preguntó en una ocasión qué había venido a buscar a la ciudad, pero la respuesta le dejó perplejo. No vine a buscar ni a encontrar, dijo el interventor, sino lo contrario. Viene huyendo, dijeron, para que no lo encuentren si lo buscan. Era, en fin, decían, una persona pasiva, sumisa, obediente, que había renunciado a mejorar la naturaleza humana. Cuando algo no va bien, me marchó, dijeron que había dicho en cierta ocasión. En verdad en verdad os digo que a las ciudades de ahora ya no llegan mesías, decían que había dicho Cristo para poner punto final a tanta controversia, ni siquiera llegan videntes o inventores, sólo llegan, para nuestra desgracia, interventores.

Una mañana en que el interventor caminaba por la carretera de la estación hacia la ciudad, después de haberse alimentado con un hervor de agua con posos de café, vio cómo unos mecánicos, con los monos sucios de grasa y los ojos en el primer asombro estúpido del amanecer mal asumido, le miraban y le apuntaban con el dedo. Eran dos, uno joven, de unos veinte años, y otro mayor, de en torno a cuarenta. El mayor tenía cara de tonto, uno de esos individuos que, con todos los síntomas de la necedad escritos e indelebles en el rostro, creen, en su ignorancia, que se las saben todas y creen, en su insignificancia, que están por encima del mundo y de la humanidad. El más joven tenía cara de idiota, de aprendiz sin nada que aprender y nada aprendido, marcado por el destino con la señal de la estulticia. El interventor les saludó con la mano, pensando que era eso lo que hacían, saludarle, pero, cuando apenas había sobrepasado el portalón del taller, uno de ellos le llamó. Interventor, dijo. El interventor se volvió y se quedó mirando. Supo que era el mayor el que había hablado, porque fue el mayor el que habló de nuevo. Esta mañana hay un tren, dijo. El interventor sintió cómo el corazón le daba un vuelco y cómo en su interior se operaba un cambio radical, le invadía un estado nervioso, se le aceleraba el pulso, todo él, en suma, se agitaba en una aguda sensación de angustia y de precipitación. Rápidamente volvió sobre sus pasos y se encaminó de nuevo a la estación. Con las prisas del viajero nervioso, con el nerviosismo antiguo, de su prehistoria, se dirigió al coche abandonado y recogió lo que consideraba imprescindible en su vida, dos o tres bolsas de plástico con sus pertenencias, algo de ropa, una navaja, la botella verde, el cacillo de aluminio, y con todo, por la vera de los raíles, se dirigió al andén, se sentó en el banco bajo el reloj angular y aguardó. La cantina estaba cerrada y no parecía que hubiera nadie por los alrededores. El guarda había pasado hacía rato, sin duda. Esperó y esperó, pasó la mañana, pasó la tarde, llegó la noche, vino el muchacho de la cantina y abrió, vino el hombre del rincón y se apoyó en la barra frente a su vaso de vino tinto siempre lleno, incombustible, pero no hubo tren. El muchacho se lo dijo, pero el interventor no acababa de creerlo. Me lo ha dicho un mecánico, dijo. Le ha tomado el pelo, aseguró el muchacho. Cuando, a última hora, el hombre del rincón se fue, *noctes noctium illam fecerunt noctem*, dijo desde la puerta, cuando el muchacho cerró la cantina y también se fue, cuando no quedó nada ni nadie, salvo oscuridad y silencio, el interventor se acurrucó en el suelo, contra una puerta, la puerta del despacho del interventor, a la espera de que a altas horas de la noche pasara en efecto un tren, porque estaba claro que pasaría de noche, y a traición, lo mismo que el tren que oyó pasar en sueños y que perdió por perezoso y por no fiarse de los datos de los sentidos, y la noche transcurrió completa y aterida, con aleteos de frío negro, y se perfiló el primer anuncio del amanecer y el interventor, que no había dormido apenas, salvo a ráfagas dispares (cada vez que le vencía el cansancio se hundía en el ajeteo acelerado y trepidante de sus pesadillas y soñaba que iba en un tren cargado de

asechanzas y de estrépito y que pasaba peligrosamente de un vagón a otro y que los vagones no se acababan nunca y que todo el tren estaba vacío), sintió que, efectivamente, se habían burlado de él, que no había tren, ni lo había habido, ni lo habría, pero no volvió al coche, siguió en el andén, superada la desesperanza por la inercia. No pudo evitar, sin embargo, la dolorosa certeza de que había caído en otra dimensión dentro de la ciudad. Recordó la voz de los albañiles, ¿quién es el sinvergüenza más hideputa del mundo?, y supo que ahora también él era el afilador. Lo comprobó enseguida, cuando volvió a pasar por delante del taller y vio cómo se reían el hombre necio de cuarenta años y el joven lechuzo de veinte, el dúo de mecánicos estultos. Le dieron de nuevo con la mano. Hoy sí que hay un tren, interventor, dijo el hombre maduro con risa de conejo. Y el joven también se echó a reír. Un talgo, dijo con agria voz de pífano. Aunque siguió caminando sin mirarlos, se supo situado ya de lleno en un nuevo frente de combate y en los días que siguieron no hizo sino comprobar cómo las piezas del dominó se arrastraban en la caída. Al desvanecimiento del misterio le sucedía la ceremonia del bufón. Ese mismo día, o al siguiente, o al cabo del séptimo día (el interventor había perdido la cuenta del tiempo y su discurso, se había despreocupado por completo del reloj y el calendario), encontrándose junto al río, oyó que unos niños cantaban una canción torpe con una música antigua. Mañana pasa un tren, interventor, mañana pasa un tren, ve y cógelo, desafinaban entre risas, poniendo más énfasis en el grito que en la melodía. No tardaría, pues, en acostumbrarse a ir por las calles de la ciudad, ir por los barrios, rebuscar en los vertederos, pasear su melancolía por el malecón, perseguido por grupos de chiquillos enfáticos que lo acosaban y se burlaban de él. No pierdas más el tren, interventor, no pierdas más el tren, interventor, que si lo pierdes hoy, adiós, adiós, que si lo pierdes hoy, adiós, adiós. Y tal vez precisamente por las burlas y las melodías, que el interventor oyó cada vez con más frecuencia (en cierta ocasión incluso oyó tararear al muchacho de la cantina un estribillo entre dientes, reflejo irreflexivo, pensó, de la monótona sonata general), fue poco a poco tomando una decisión, o creyendo que la tenía tomada, o consolándose con la firmeza secreta de un propósito, a saber, que si pasaba un día por casualidad un tren no lo cogería, que a cualquier sitio que fuera o adonde lo condujera le iría igual de mal, igual de bien, que el hombre no viene de ninguna parte ni va a parte alguna, que la vida no tiene remedio y la muerte es irremediable. Sólo quedaba tiempo ya para la farsa del interventor y para la simulación de la partida.

Porque el interventor había decidido al fin comprender que la realidad es un arcón con doble fondo, que junto a la realidad de la superficie, generalmente aceptada como normal, hay otra realidad oculta, secreta, subterránea. El interventor había sido arrojado por los dioses a la segunda realidad, la subterránea, como un cadáver con mortaja de viajero, de forastero, incluso de interventor, pero, a la postre, inmóvil, sustraído a la acción. Podía desplazarse por la realidad superficial, pero sin participar como agente en la decisión del movimiento. En la realidad superficial, pensaba, seguía habiendo trenes y horarios estrictos y ajeteo simétrico de viajeros en una u otra dirección, y seguía habiendo verdaderos interventores, porque la realidad superficial es inalterable, pero él estaba sumido en los hondones de la otra realidad, al otro lado de la luz, en las galerías del subsuelo, una realidad sin trenes ni viajeros, condenado a una forma de destierro subterráneo, o, más propiamente, a una forma de entierro, de contemplación del vacío desde la penumbra lóbrega de la caverna universal.

Una noche, sin embargo, después de haberse acomodado en el asiento trasero del coche y haberse acogido sosegadamente al primer sueño (ahora que ya se había acostumbrado a la inclemencia, en la medida en que alguien puede acostumbrarse al dolor y a las privaciones, y que podía dormir con apenas una manta raída sobre las piernas, en el escorzo tan fetal como violento que la estrechez del coche imponía), sintió algún ruido incipiente que, pese a todo, no le rescató de la duermevela constante en que transcurrían las tinieblas. Llegó a pensar que la muchacha de grandes ojos melancólicos rondaba el automóvil y, en la oscura confusión del sueño, imaginó incluso que la muchacha de ojos tristes entraba en el coche y se colocaba sobre él y proporcionaba a su cuerpo una calidez apacible y un moroso bienestar remoto. Sintió que renacía en su interior, como una fuerza antigua, el rescoldo de las pasiones juveniles. La muchacha dirigía con ternura y habilidad el ritmo de las caricias y el interventor permanecía con los ojos cerrados, convencido de que era la muchacha, pero sin querer comprobarlo, limitándose a estar y dejándose hacer, favorecido por el privilegio secreto de los dioses que le otorgaban un beneficio inesperado, inmerecido, incestuoso y anacrónico. Desde las tinieblas del espíritu sucumbía a los oscuros entresijos del instinto, sentía cómo su corazón ardía, cómo el fuego de la zarza persistía en los hondos recovecos de la memoria, hasta que súbitamente, como un fogonazo, las llamas desbordaron todos los arrebatos de la pasión dormida y el interventor abrió los ojos. Entonces advirtió con espanto que el coche estaba ardiendo, que el fuego era real, que su morada provisional era una hoguera intensa, un horno crematorio. Con la precipitación del susto se lanzó fuera y cayó al suelo. Algunos puntos de la ropa estaban en llamas, pero las quemaduras le parecieron leves o era en todo caso más intensa la quemazón de su inocencia. Sentado en el suelo vio largamente cómo el coche se consumía y oyó una voz profética en las profundidades de la noche. No te acerques ni profanes con tus pies este lugar, dijo la voz desde las llamas, porque estás en territorio ferroviario y esta tierra es sagrada por los siglos de los siglos. El interventor sintió un escalofrío y permaneció quieto en el suelo, inmóvil, viendo cómo la noche se prolongaba más allá de las sombras y de la oscuridad, cómo la noche abrazaba la tierra y se apoderaba para siempre de sus entrañas y de su entendimiento, cómo la zarza, en fin, ardía sin consumirse. Contempló durante horas el paisaje desolado y humeante, los restos de lo que habían sido sus propiedades, despojos encendidos de su existencia cotidiana de desheredado de la fortuna y de la vida, y sin embargo no se alteró en su corazón ni se produjo en su alma grito alguno de rebeldía. Ciertamente no había perdido gran cosa, nada en concreto que no hubiera recogido en los basureros, en las cimas de la corrosión, en las orillas del naufragio, pero al fin y al cabo había convivido con sillas maltrechas, almohadones amarillentos, cojines deslucidos, planchas de espuma roídas, y ahora todo se evaporaba en la purificación radical del fuego malhechor. Sin duda el fuego

había sido intencionado e incluso habían pretendido que él se quemara con todo ello, que se consumiera como los mártires antiguos, pero no por una ofrenda de dolor a los dioses, ni por un sacrificio en busca de recompensa, ni para aplacar las iras celestiales, sino en el fuego anónimo y luminoso de las nuevas formas de crueldad, del martirio incógnito, de morir por ser como se es y para no seguir siendo, sin ánimo de castigo ni de reparación, sino de exterminio. El interventor estuvo esperando el fin de la materia, contemplando la hipnosis espiritual de las llamas, su magnetismo esplendoroso. En su corazón culpó del fuego a la muchacha de grandes ojos tristes y cuerpo desolado y, de hecho, la idea de su culpa se agrandaría con el tiempo, porque ya no la vio nunca más en los alrededores de la estación. Después fue llegando el día y sobre el pavimento del corralón quedaron las cenizas, la carrocería ennegrecida, la corporeidad evanescente de la nada. Las primeras luces lo encontraron sentado frente a las ruinas calcinadas de su morada provisional. Todo había ardido, todo se había quemado: la colchoneta, la silla, la manta, el coche. Un revoltijo de chatarra negra y un montón de cenizas esparcidas eran su heredad. Nada quedaba de su propiedad, salvo el chaquetón y la botella de cristal, caída en el suelo, a dos metros escasos de donde él estaba, abatido y derrotado. Le dio entonces por pensar que la botella, apenas lo único que conservaba de su vida anterior, de la que nadie sabía nada, de la que nunca hablaba, era un vínculo frágil con su propia historia y se había convertido en el alma del presente. Era cierto que otros (por ejemplo, el muchacho de la cantina) habían pensado lo mismo antes que él, pero ahora era él mismo quien lo pensaba y miraba hacia la botella con una placidez vencida. Era más que un símbolo sentimental: era su propia representación. Si alguna vez fuera noble, miembro formal de la aristocracia, pensó, y tuviera escudo de armas, como los que exhibían en la ciudad muchas fachadas altaneras, en él debería figurar una botella verde de cristal, un trazo sinople en el cantón diestro del jefe o en el cantón siniestro de la punta. Y un chaquetón, pensó. Porque, si la botella lo remitía al pasado, el chaquetón era el vínculo que lo ataba al nuevo destino, la primera posesión que había adquirido en la ciudad. Ahora, con un supremo esfuerzo, se levantó, se alisó el chaquetón y recogió la botella. La llenó de agua en los retretes y bebió. El desayuno, dijo. Se lavó, echó agua fría y turbia sobre las quemaduras, que le escocían como premoniciones triviales del infierno, y salió a los andenes. Ni el más mínimo ruido perturbaba la quietud del alba. Parecía que el mundo se había detenido y que el fuego del coche había arrasado con todo. Vio la hora imprecisa en la pared y presintió que comenzaba un día azul, luminoso, de intensa claridad y horizontes transparentes. El interventor comenzó a palpar en los bolsillos, buscando algo, y al poco, con evidente satisfacción, encontró el sobre azul, sacó las cuartillas y se enfrascó en la contemplación, o en la lectura, o en la memorización, de las palabras escritas sobre el papel amarillo y mortecino. Sabía el interventor que los habitantes de la ciudad se habían preguntado, en broma o con seriedad, por el contenido de la carta, por la fortaleza lingüística o espiritual que atesoraba, pero se preguntó ahora si no estarían haciendo algo más que sólo

preguntarse por el mero contenido, por el significado oculto, por la naturaleza del secreto. Y fue en ese trance de incertidumbre y de sospecha y de temor tras el fuego cuando decidió cambiar de rumbo y abandonar aquellos contornos calcinados.

Desposeído de todo, sin pertenencia alguna, abandonó el corralón. Sentía que se había liberado de una estéril servidumbre, que podía vagar el día entero por la ciudad o por los alrededores, hacer alguna incursión por los primeros campos, por las huertas paralelas al río, de modo que, en lugar de pasar el puente, bajó por el terraplén hacia el río y caminó por la orilla. Había un sendero estrecho, lleno de matojos y verdor, en el que a veces se interponían las zarzas o algunas ramas abatidas de árboles bajos o arbustos exuberantes, una aureola fresca y bucólica ascendiendo, húmeda, hacia el paseo. Desde el puente había visto en ocasiones un recodo propicio para pescadores de caña, hombres inmóviles ante la larga reticencia de los peces, que acudían sólo a ejercitar el noble oficio de la perseverancia más que el de la pesca alimentaria propiamente dicha. Evocó el milagro de los panes y los peces y ante él se dibujó un panorama de felicidad sencilla y primitiva, una alimentación a base de pan duro y peces desahuciados, de sabor amargo, el verdadero cumplimiento del relato evangélico, el eterno milagro del desierto y el mar y el espíritu de las aguas. No sabía en realidad qué esperaba de los pescadores, pero, fuera ello lo que fuere, no tuvo suerte en verdad el interventor. Los pescadores (no era posible determinar si en competición declarada o tácita) luchaban con impasibilidad por la obtención y el reconocimiento de trofeos y era tal su empeño, tanta su ambición y tanto su egoísmo, que alejaban de sí al interventor con malos modos, palabras gruesas, gestos obscenos. Apunta, apunta en el cuaderno, interventor, le dijo uno esgrimiendo la caña como arma de chanzas. Así anduvo, pues, el interventor, también ya más interesado en confirmar viejas hipótesis sobre la condición humana que en conseguir nada del río (una ofrenda, una limosna, una palabra), yendo de un sitio a otro, de pescador en pescador, haciéndose de este modo odioso a unos y a otros, persistiendo en su presencia sigilosa como los pescadores persistían en su tarea, con el mismo espíritu sereno y sosegado, con el mismo dolor y la misma esperanza, y comprendiendo de modo inexorable que no eran aquellos hombres ciertamente apóstoles de la humanidad ni depositarios de la bondad universal. De modo que abandonó también las orillas del río y regresó a la ciudad. Al abrigo de un rincón urbanístico en ruinas, se topó con una escena pictórica sombría, de innegable nitidez. Se acercó tímidamente a un grupo que se calentaba alrededor de una hoguera moribunda, gente con gorros de lana, con sucios y desguarnecidos chaquetones de lana gruesa, con botas deterioradas, guantes con agujeros en los dedos, una cuadrilla de pordioseros mendicantes ateridos. Uno de ellos, que tenía voz de mando, echaba de vez en cuando unas castañas al fuego y con un palitroque retorcido las movía y las removía (a veces, para regocijo de todos, algunas explotaban, lo que les producía una risa disparatada y contagiosa), y luego las sacaba, las dejaba enfriarse un rato a la vera de las brasas, sobre la ceniza, y las distribuía equitativamente para que fueran devoradas con ansiedad por la concurrencia. El interventor se arrimó al grupo y participó

silenciosamente en el banquete, por lo demás exiguo, de calbotes. Después anduvo hambriento horas y horas, agotando la tarde en el parque o en la plaza, asimilando la palabra sentenciosa del vendedor de barquillos, recorriendo callejuelas al amparo de la primera y la segunda oscuridad, haciendo recuento de torres y espadañas coronadas por nidos de cigüeñas, merodeando a horas altas en torno a las tabernas por donde discurría la ruta. Caminaba abatido por la vergüenza y acuciado por el hambre y con la idea de hacerse un propósito de subsistencia. Recorrería los bares y las tabernas en treguas y recesos, bien a las horas de la noche en que comenzaban a cerrarlos, o a primera hora de la tarde, en el intermedio entre los aperitivos de mediodía y el sopor de los cafés, dispuesto a alimentarse con despojos, con sobras, recorrería los despachos de pan y se abastecería con pan duro, con el pan sobrante de los días anteriores, mendrugos de pedernal. A veces la felicidad..., pensó, pero interrumpió el pensamiento, porque no puede hablarse de felicidad cuando el cuerpo se debate en la pura sensación física de un hambre animal. No era el interventor hombre aficionado al vino, pero buscó deliberadamente el consuelo de Cristo, porque, meditó en su corazón, si se encontraba con Cristo y hacía la ruta de las tabernas, aquel pródigo *via crucis* de pitarra, comería despojos viscerales de cerdos y su cuerpo hallaría sosiego, pero no vio a Cristo por ninguna parte y nuevamente la madrugada le bailaba en el estómago con una desazón vacía, de modo que se fue dejando ir por unos y otros sitios, por el parque de nuevo, de nuevo por la plaza, combatiendo el frío con el cansancio, hasta que, muy tarde, cuando apenas de vez en cuando resonaban a lo lejos por las calles los pasos espesos y desgastados de la guardia municipal, se fue aproximando, pese a sus propósitos, a la churrería donde encontró alivio la primera noche, no hacía tanto tiempo. De lejos, vio la luz en la ventana y vio a la mujer. La ventana recortaba el interior desvaído, donde la mujer dirigía las operaciones. También vio en el interior a un anciano que actuaba como un autómatas, con los resortes mecánicos de su cuerpo atrofiados para toda otra función que no fuera la fabricación de churros. A medida que se acercaba a la luz de la ventana, indeciso, sin una moneda en el bolsillo, sin nada que ofrecer, con hambre y desazón, sintió una vergüenza sustantiva. Supo que en ese momento se estaba convirtiendo definitivamente en otra persona, sin retorno posible. Se sintió mendigo, y sintió que sentía la querencia de los mendigos, que ya no sólo estaba condenado a mirar en las papeleras y en la basura en busca de los secretos tesoros de la miseria, porque por ese escalón ya había pasado, sino también a pedir limosna, clemencia, misericordia: la transformación del indigente en pordiosero. No llegó a acercarse del todo a la ventana, porque la vergüenza de su necesidad le retraía, pero la mujer (que había desarrollado de modo extraordinario las facultades auditivas de que carecían el afilador o el guardabarrera, pues a veces la naturaleza ofrece esas compensaciones y reparte de forma caprichosa los dones de los sentidos) advirtió la levedad de sus pasos. Al principio, cuando lo vio, la mujer puso cara de sorpresa, tal vez porque recordaba al hombre que había acudido con unas monedas escasas noches atrás y veía

en lo que se había convertido ahora, magullado, oscuro, herido, sucio y hambriento. Qué pronto se expanden las huellas del abandono y de la desolación, qué pronto la sombra extiende las marcas de su cicatriz donde antes hubo un semblante sereno y una mirada tranquila. Acérquese, dijo la mujer. Y el interventor se acercó con pasos lentos, miró al interior del garito, no dijo nada, no pronunció palabra. ¿Qué quiere?, preguntó. El interventor la miró suplicante, con vergüenza en los ojos. Nada, dijo. ¿Y qué hace aquí?, insistió la mujer. El interventor bajó los ojos al suelo, escarbó con los zapatos en la tierra, los pies de barro, retrocedió dos pasos. Oler, dijo en voz audible apenas. ¿No ha comido usted hoy?, preguntó la mujer. El interventor negó con la cabeza. Café, dijo. La mujer hizo un gesto despectivo. Eso es agua, dijo. La mujer se compadeció y, al tiempo que disponía una rueda de churros, iba relatando una cantinela, desgranando sus propósitos. Seguramente pensó que no podía alimentarlo cada noche por pura compasión y, sin que el interventor dijera ni preguntara ni pidiera nada, la mujer le dijo que tenía que recurrir a quienes estaban para ayudar a los transeúntes, que tenía que presentarse en el ayuntamiento, donde había un concejal de pobres, de la beneficencia, o podía ir a donde los hervacianos, que durante mucho tiempo habían tenido un comedor para indigentes y mendigos o desamparados, o a las hermanitas de la caridad que también atendían las necesidades de los necesitados, o a las parroquias, que también eran caritativas. Oyendo a la mujer parecería que en la ciudad sólo había personas indulgentes e instituciones misericordiosas. Cuando terminó con el catálogo de la filantropía, le ofreció una rueda completa de churros. Pero no se empique, dijo al entregarle el festín. El interventor le dio las gracias y se fue alejando, comiendo con voracidad y haciéndose la promesa de no volver jamás, porque con toda seguridad aquélla era una mujer buena y, si él insistía en su mendicidad, antes o después ella tendría que dejar de socorrerlo y la bondad de la mujer sería sustituida en su ánimo por la expresión de su cansancio y ya no sería la mujer que lo socorrió dos veces, sino la que dejó de socorrerlo una tercera, y el interventor no podía propiciar esa catalogación moral. Tras la primera urgencia, el interventor fue comiendo los churros despacio, se dirigió hacia los jardines nocturnos y, como el primer día, quedó tendido en un banco donde le sorprendió transido el amanecer. Nunca más churros calentitos de madrugada, fue lo primero que pensó y se dijo. Oyó el canto de los pájaros, la incipiente melodía de la aurora, los destellos esperanzados y friolentos de la luz, y se puso en pie. Bebió agua en la fuente y se refrescó el entendimiento. Durante un tiempo estuvo analizando el contenido del sobre azul, siempre guardado en el bolsillo interior del chaquetón. Al cabo del rato lo guardó de nuevo y se levantó. Vayamos a la alcaldía, se dijo. Y se dispuso a recorrer la senda de los proscritos.

El interventor se levantó del banco y, un punto dolorido, con los huesos aletargados, se encaminó hacia la fuente, una rana de bronce que echaba por la boca un minúsculo caudal, lacio y lánguido, de agua. Apenas había empezado a lavarse las manos cuando invadió el parque una horda de mozalbetes bulliciosos y uniformados: pantalones vaqueros y camisetas negras estampadas con figuras satánicas, rasgos de fuego y abundante mitología infernal. La pandilla se acercó con escarceos de jauría, olfateando el aire, al duro lecho del interventor. Casi no le dio tiempo a temer por la botella, verde y señera en el banco verde y vacío, porque la cogió enseguida el muchacho de indumentaria más luciferina y en el modo de empuñarla se advertían, explícitas, las malas intenciones. Mirad qué botella tan guapa, dijo con una risotada y a la risotada le siguieron, multiplicándose, otras risotadas y otras risotadas. ¡Oh!, dijo uno con muchos aspavientos y mucha exclamación, como declamando un himno al sol con toda su prosopopeya, ¡la botella del interventor! (que era, por cierto, un endecasílabo precipitante). El interventor miró indistintamente al cabecilla de la banda, porque enseguida estableció una jerarquía, y al cabecilla adjunto, y a la banda entera, y pensó, con impotencia, en la decadencia de la civilización. No dijo nada: todo lo que dijera, aunque fuera inocente, se volvería en su contra. Se limitó a acentuar en sus ojos la mirada de reproche y a endurecer el semblante imperativo. Los muchachos esperaban que intentara quitarles la botella e incluso provocaron el intento, porque rodearon la fuente, trazaron un círculo en torno a la rana, lo encerraron en el centro e insinuaron en varias ocasiones el gesto de entregársela, pero en ningún momento alargó el interventor la mano ni mordió el anzuelo. Se atuvo a la certeza de que, apenas iniciara el ademán de aceptar la entrega, la botella sobrevolaría su cabeza para ir a parar a las manos de algún jovenzuelo situado a su espalda y de que, cada vez que lo intentara, se repetiría la burla, el juego sucio de la humillación. Como mucho, pensó (y eso le contuvo), si caía en la trampa, en alguno de sus saltos seniles en el centro del corro, podría tal vez tocar la botella con la mano y acaso desviar la trayectoria, con lo que, muy probablemente, y pese a la consistencia del vidrio, se rompería contra el suelo. Entonces los mozalbetes se reirían y culparían a su torpeza del desastre. Chungo, interventor, dirían, te la has cargado. De ahí que, ante la pasividad del viejo, con las manos mojadas y desconcertado en el corazón del círculo, aquel hatajo de golfos, granujas y olvidados iniciara el juego por su cuenta. Al fin y al cabo tampoco les importaba demasiado romperla con sus propios métodos. Así que empezaron a tirarse la botella, como una pelota, unos a otros. El interventor siguió quieto, fijo en su rabia débil, y los rufianes, impulsados por los caprichos de la botella en el aire, empezaron a deshacer el círculo y a alejarse por entre los setos, lanzando el trofeo por encima de los rosales y de los aligustres, riéndose a carcajadas con los riesgos de su estupidez. Eran risas forzadas, risas dueñas del mundo, como las carcajadas góticas del mal ontológico, el énfasis de una perversión natural, pero eran

también, naturalmente, risas falsas, la necesidad tribal de afirmarse en la ejecución de una fechoría, de asentarse en los límites de la transgresión y de aferrarse, en fin, con tales prácticas de gamberrismo secundario a la única noción posible de felicidad en el escenario de su triste, aburrida y absurda adolescencia, un periodo de trivialidad existencial que no dejaba otra escapatoria que la crueldad gratuita y el ocio de la mezquindad. El interventor fue viendo cómo se alejaban remedando con piruetas de baloncesto ejercicios de voleibol, cómo le arrebatában definitivamente la botella y cómo se afanaban con ágiles contorsiones y habilidades atléticas en su protección, porque, comprendió, apenas se rompiera se acabaría la diversión. A menudo, pensó, la juventud es una forma de idiotez. Bebió un sorbo de agua en la rana y miró con indiferencia a la ciudad, con imparcial desesperanza. Vayamos a la alcaldía, repitió. Y echó a andar hacia la ciudad. ¿Quién es el sinvergüenza más hideputa del mundo?, le llegó de lejos la voz de orujo de la aurora.

El interventor entró en un salón oscuro, en la penumbra de un suelo de granito, un artesonado alto de maderas envejecidas, unas paredes deterioradas de color rancio, y preguntó a la primera persona que le salió al paso, una funcionaria con gafas, por el concejal de la beneficencia. La respuesta fue desalentadora: no estaba, porque había salido a tomar café. Volvió el interventor al cabo de media hora, tras dar una vuelta por la plaza y un paseo por los aledaños estrechos del centro urbano, y preguntó de nuevo a la mujer, pero el concejal tampoco estaba, no seguía sin estar, porque había vuelto de tomar el café, pero no estaba, porque había salido de nuevo, siempre lo reclamaban fuera asuntos sociales de máxima urgencia, su ocupación edilicia era plena y desmesurada, sin tregua ni reposo. Que volviera dentro de media hora, dijo la mujer. Nuevamente el interventor paseó por la plaza, se demoró en su laberinto, prolongó el paseo un poco más, amplió el cerco del casco antiguo en perezosas espirales, matizó minuciosamente la teoría de los pájaros urbanos y, al fin, volvió a entrar en el oscuro salón consistorial. Ahora la mujer se dirigió a él antes de que hablara. Ha vuelto a salir, dijo. Ha venido, pero ha vuelto a salir, dijo. El interventor puso cara de tristeza, no de rabia, ni de enfado, ni siquiera de resignación, sino de tristeza, como si una amargura abrumadora se hubiera abatido sobre él, como si la melancolía del universo hubiera hallado al fin morada en el espíritu humano, y la mujer se apiadó de aquel gesto absoluto. Entonces se interesó ella misma en el problema y, condescendiente, quitándose las gafas, le preguntó lo que quería, se comprometió a hablar ella misma con el concejal apenas regresara, en el caso de que el interventor no quisiera esperar allí su vuelta, cosa que, naturalmente, podía hacer si así lo deseaba. El interventor contó sumariamente los hechos objetivos: que había bajado del tren a coger agua y lo había perdido, que desde entonces estaba esperando un tren que lo condujera a su destino, que en el tren había partido todo su equipaje y que estaba a la espera de un nuevo tren, pero pasaban los días y los días, y pasaban las noches y las noches, sobre todo las noches y las noches, y ningún tren pasaba por la estación. La mujer lo interrumpió fascinada. ¿Entonces usted es el interventor?, preguntó sonriendo. Así me llaman, respondió el interventor, sin sonreír. Yo hablaré con el concejal cuando regrese, dijo la mujer y se puso las gafas. Luego se callaron. El interventor se sentó en un banco de madera, en un rincón, y esperó durante un rato. A veces entraba alguien o salía, a veces alguien hablaba con la mujer de la ventanilla, y el interventor seguía sentado en su sitio, silencioso e inverosímil, como unapestado. Cuando oía pasos procedentes de la calle se ponía alerta, porque cualesquiera de ellos podían ser del concejal, pero el tiempo pasaba y nadie acudía en su auxilio. El interventor forjó en su mente diversas hipótesis sobre el particular, dio forma a diferentes conjeturas, aplicó el lápiz con esmero sobre las páginas del cuaderno de hule. Pensó que el concejal no había puesto el pie en el despacho en toda la mañana, o que acaso había salido a tomar café, había regresado, la mujer con gafas

de la ventanilla le había informado sobre el extraño visitante y el concejal había ordenado a la mujer que, si volvía el sujeto y persistía en su empeño, se lo quitara de encima como fuera, que él no estaba para tales menesteres ni tales menesterosos. En cierto momento de la espera salió de las dependencias ciegas del interior un individuo altivo, orondo, suficiente, se acercó a la ventanilla y habló con la mujer. El interventor se sintió aludido oblicuamente por las miradas, por los movimientos de cabeza, por el torpe y necio disimulo, y entonces, al advertir que hablaban de él sin él, lo asaltó la conmovedora revelación de que aquel hombre menor, con traje de político, semblante de político y ademanes de político, era el concejal de la beneficencia. Hasta mañana, le dijo luego el individuo a la mujer y, pasando al lado del interventor sin mirarlo, como para evitar cualquier forma de compasión o de contagio, abandonó el consistorio y desapareció en la luz del mediodía. Sin ninguna duda, era el concejal. Así supo el interventor que no tenía nada que hacer allí, que no iba a conseguir ayuda ni orientación ni beneficio. Aún miraba de cuando en cuando a la mujer de la ventanilla, pero ahora ella hacía su trabajo, perdida en los papeles, hundida en tareas secretas y misteriosas, como si el interventor ya no existiera. Al cabo de mucho rato, cuando el presunto concejal hacía ya más de media hora que había salido y dicho hasta mañana, la mujer miró hacia el interventor y le hizo una seña. El interventor se acercó. Ya no creo que venga, dijo la mujer sin quitarse las gafas. Si a esta hora no ha vuelto ya no vendrá hasta mañana. El interventor no dijo nada, miró al suelo de granito y guardó silencio. Entonces la mujer le dijo que, por lo que le había contado, allí nada podrían hacer por él, que su problema no era competencia del ayuntamiento ni del concejal, que sus tareas tenían mayor alcance, ambición colectiva, no individual, que para su caso había otras instituciones, por ejemplo las parroquias, o incluso los frailes hervacianos. ¿Vuelvo mañana?, preguntó el interventor. No creo que sirva de mucho, respondió la mujer mirando avergonzada hacia los impresos revueltos con que organizaba el municipio. Entonces supo con irrefutable certidumbre que el hombre con traje, semblante y ademanes de político era el concejal, intendente local de una especie inferior. El interventor salió a la calle, miró a un lado y a otro, extendió su mirada por la policromía apagada de la plaza. Del bolsillo del chaquetón sacó el sobre azul, extrajo las cuartillas, las desdobló y las contempló con amargura. Leyó en voz baja el contenido, o lo reconstruyó en silencio, comprobando con los ojos la fidelidad de la memoria. Luego las dobló, las guardó de nuevo, meticulosamente, y echó a andar camino de la perdición. Los mundos van a la deriva, dijo. Cosa que, efectivamente, ocurre cuando se alían el pequeño poder y la mentira y cuando el engaño y la necesidad van de la mano.

Siguiendo las indicaciones que le dieron en los soportales, se encaminó hacia el convento de los hervacianos, que eran su última esperanza. Al fin y al cabo, los hervacianos se habían extendido por numerosas ciudades, habían abierto casas en cuatro continentes y tenían suficientes recursos materiales y espirituales para las venturas y las desventuras de los hombres. Llegó a la puerta principal del monasterio y, aunque no se detuvo en admiraciones arquitectónicas, porque estaba abatido y tenía hambre, sí pudo percibir la grandeza y la reciedumbre histórica de aquellos muros de piedra, la elegancia majestuosa de la piedad y el poder renacentista. La enorme y desmesurada puerta de madera estaba cerrada y no parecía que tuviera mecanismo moderno alguno para llamar o hacerse oír. Un gran picaporte labrado, situado a una altura que acentuaba más su función estética que práctica, le sirvió para dar tres o cuatro golpes rotundos, pero nadie respondió a la llamada. Se entretuvo mirando el escudo solariego y descifrando su sintaxis de granito: siete guerreros de frente, en pie, sobre otros siete invertidos, una extraña rosa puntiaguda, un cerdo (tal vez un jabalí) y una encina. Repitió los golpes dos o tres veces sin obtener resultado favorable y pensó que nada tan portentoso y melancólico como el silencio de los dioses, que siempre tiene la resonancia de los acantilados abruptos, de las montañas inaccesibles, de los abismos cerrados de la noche, porque resulta terrible pensar que hay otro mundo y que el hombre tiene acceso a ese otro mundo. Pero los hervacianos no abrían aquella puerta principal. Quiso la casualidad que por allí pasara un buen viandante e indicara al interventor que aquella puerta no se abría nunca jamás, salvo en la solemne festividad del santo, que era una puerta para la liturgia, que tenía que dar la vuelta al edificio. Y entonces el interventor se dispuso a rodear el monasterio y empezó a trazar andando el círculo monástico, pero enseguida se encontró con otra puerta a la que también llamó repetidas veces sin obtener respuesta. Quiso también la suerte o el azar que por allí acertara a pasar otro buen viandante y le diera nuevas indicaciones sobre la verdadera puerta de acceso al monasterio. Entonces el interventor dio vueltas y vueltas alrededor de aquellos muros y encontró numerosas puertas, todas cerradas, y pensó en la singularidad y en la contradicción de los lugares que tienen muchas puertas para permanecer siempre cerradas, y se pasó el resto de la mañana dando vueltas y examinando puertas y abstraído en la descripción y el cómputo del laberinto. Al final supo que, si no había errado en sus cuentas, las puertas eran siete, como los días de la creación y la semana, los colores del arco iris, las letras de la ciudad, los infantes del bestión mascariento, los caballeros de la cruz invertida o los guerreros ya inversos ya frontales del escudo, pero todas permanecieron cerradas siempre. A última hora, sin embargo, cuando ya había decidido claudicar, se abrió un postigo diminuto e insignificante y por él asomó la enorme, gigantesca cabeza de un hermano lego, un individuo de edad indefinida e intermedia, cuarenta, cincuenta, sesenta años, con síntomas de desvarío en el

semblante y en los movimientos iracundos de los ojos, la boca y las narices, como si un fanatismo antiguo de poseso se hubiera apoderado de él o como si la sinrazón de una ascesis austera le hubiera tocado el cerebro con irreversibles desarreglos neurológicos. Aquella cabeza se encaró al interventor con voz eunuca, un flautín desgastado en el fervor y la humedad de los años, le preguntó por qué molestaba tanto, si acaso no sabía que los hervacianos estaban en oración y no podían perder tiempo atendiendo a curiosos o desalmados, a impertinentes o mendigos, si por ventura ignoraba que allí no podía entrar nadie, que era un lugar cerrado, de clausura, un recinto para la fe y la paz de espíritu. El interventor quiso explicar su situación al lego, el tren perdido, el hambre, la indigencia, pero el lego no atendía a razones, su mentalidad era la de un niño testarudo, peor aún, la de un hombre que se ha quedado enredado en los pensamientos y en los razonamientos de la infancia, y nada le haría cambiar de postura. Incluso, cuando el interventor insistió en ver al prior o al abad o al fraile encargado de los menesterosos, la cabeza del lego desapareció del postigo para poder blandir una escoba con la mano y amenazar con llamar a alguien que lo hiciera huir de allí despavorido. Aquí no entra ni Dios, dijo el postigo. Y ante afirmación tan contundente el interventor desistió de sus propósitos y abandonó el lugar devanando las razones teológicas del lego. A eso se reducía la administración de la virtud: la agitación convulsa de una escoba a través del ojo de una aguja.

Sucio y maloliente como estaba, extenuado, se sentó en unas escaleras, en la entrada de una iglesia próxima al monasterio, con el propósito de no dejarse vencer por el estremecedor arrebato mendicante que le había asaltado tras la siniestra visión del rostro necio del lego mascariento. Había estado a punto de iniciar prematuramente, sin voluntad ni sano entendimiento, con precipitación, el oficio de los miserables. Por eso se sentó, para imaginar las tonalidades indignas y mezquinas de tan desdichado menester. Y no necesitó excesivo esfuerzo para verse solicitando ayuda de parroquia en parroquia, hablando con párrocos, con sacristanes, con beatas diaconisas, con meros monaguillos, oyendo las palabras melifluas de los corazones huecos, sintiendo la humillación que hierve en las perífrasis oficiales de la caridad, adivinando burlas y canturreos y chascarrillos ferroviarios. Vade retro, interventor, diría algún exorcista. Y sería arrojado con ira de un sitio tras otro, excluido de las migajas de Epulón, abandonado, en fin, de la mano de Dios y de sus representantes en la tierra, esa iglesia con pompas y con orfebrería sacra que ha otorgado a la soberbia rango de virtud. E iría cayendo de limosna en limosna, de dispensario en dispensario, de precipicio en precipicio, de naufragio en naufragio, sin que ni el poder civil ni la potestad espiritual aliviaran su desventura, de modo que se supo definitivamente expulsado al anchuroso mundo, al reducto anónimo del individuo singular. Tomó una decisión firme: no caería en las redes orgánicas de los indigentes, de los menesterosos, de los pordioseros, y esa renuncia a la caridad porcentual y religiosa le proporcionó una liviana sensación de triunfo. Siguió sentado en las escaleras del pórtico de la iglesia, pensando vagamente en los arrebatos del dolor, en la habilidad para el sufrimiento que estaba adquiriendo, en la dimensión íntima y heroica de los tormentos del cuerpo y del espíritu, en el abrigo herrumbroso del coche calcinado. No le quedaba más refugio que el chaquetón, el cuaderno de hule y la carta que llevaba en el bolsillo (daba por perdida la botella, y hecha añicos), de modo que se despreocupó de la existencia, sacó la carta y se precipitó una vez más en la lectura. Sólo la intuición le había librado de un penoso y humillante descenso a los infiernos.

Tan absorto estaba en la lectura, con el sobre azul arrugado en una mano y el papel amarillo en la otra, que apenas advirtió que alguien se detenía junto a él. Coño, el interventor, dijo una voz sobria y gastada, con posos de herrumbre en las vocales. El interventor siguió hundido en la abstracción, sin levantar la cabeza ni mirar, porque ya se había acostumbrado a las bromas y a las impertinencias, a los saludos jocosos o condescendientes de los habitantes de la ciudad, y empezaba a no darse por aludido en tales situaciones, pero, como los cimientos de la voz seguían clavados en el suelo frente a él, terminó por levantar los ojos. Enseguida reconoció al hombre de pelo enmarañado y barba espesa con el que anduvo bebiendo vino en la noche de los comienzos, en el principio de los tiempos. Al pronto le desconcertó la inquietante presencia de semejante individuo, provocador de vocación, pero luego decidió que, siendo Cristo y a juzgar por la mañana que llevaba, era, inexorablemente, un enviado de la providencia. Entonces se oyó de nuevo la voz del profeta en el desierto. Vende cuanto tienes y dalo a los pobres, dijo Cristo, y luego ven y sígueme. El interventor ni siquiera puso cara de sorpresa, ni sonrió, aunque supo que Cristo le gastaba una broma evangélica (ya había aprendido que la sonrisa es un esfuerzo inútil, de hecho tampoco Cristo sonreía, Cristo era una persona seria, de humor seco), sólo miró sin decir nada, se levantó y le siguió. Bajaron por una calle que se alejaba en pendiente de la plaza, hacia el suroeste, que es la dirección de los descubrimientos. Llegaron a la puerta de un edificio antiguo, con muros fustigados por la sombra y la humedad, con regueros de musgo cuadrículando los resquicios, y el presagio de un interior ruinoso, húmedo, de monstruosas paredes, techos elevados, oscuras habitaciones monacales. Colgando de un balcón del segundo piso un cartel azul deteriorado insinuaba con desidia y óxido el nombre del lugar. Entraron. Avanzaron por un pasillo estrecho, salieron a un patio interior diminuto, subieron por una escalera y, por unas puertas batientes, entraron en una especie de comedor desaliñado, una habitación trapezoidal con varias mesas mal alineadas, con varias sillas amontonadas alrededor, y una columna a un lado, como ombligo asimétrico del trapecio sosteniendo el edificio. Allí precisamente, en una mesa junto a la columna, se sentaron Cristo y el interventor. Al rato apareció una joven y enumeró un menú hogareño en el que el interventor encontró ecos lejanos de otro mundo, como si la muchacha hablara en versos medievales. El romance del rico Epulón, dijo Cristo, un gran cantar de ingesta. Eligieron los dos sus preferencias, que no podían ser muchas ni exquisitas, y aguardaron a que la muchacha les sirviera el menú desmenuzado en octosílabos campeadores. Tomad y bebed, dijo Cristo mientras llenaba los vasos de vino. Y bebieron del vino. Tomad y comed, dijo luego partiendo un trozo de pan. Y comieron del pan. Y por primera vez pensó el interventor en el orden de los factores, el pan y el vino, y en cómo el curso de los tiempos lo había invertido y trastornado. El vino reconfortó al interventor e infundió en Cristo el vigor desatado de la lengua y

el hálito de la verdad. Porque enseguida empezó a interesarse por la biografía del interventor y sus misterios. ¿Quién eres, interventor?, decía, ¿acaso un enviado de mi padre? ¿Y qué guardas tan celosamente en tus bolsillos? ¿Qué plano secreto del tesoro encierras en tu pecho? ¿Qué misterio se encierra en el fondo de tu corazón? El interventor guardó silencio. Miraba las irregularidades del local y permanecía ausente. Cuando llegó el primer plato, unas patatas hirvientes, también llegaron otros comensales, gente mayor, ancianos solitarios, fauna humana en extinción. Al reclamo del menú, se iban acomodando en las mesas de forma mecánica, con torpe precipitación, mientras hablaban en voz baja, murmuraban, susurraban y dirigían a la columna miradas de condena. Dejad que los niños se acerquen a mí, dijo Cristo con un gesto ampuloso y protector, un ademán cluenco de los brazos. Un rumor airado se levantó entonces de la masa senil y varias voces y varios puños y algunos bastones amagaron hacia la columna y dibujaron el campo de batalla. Perdónalos, padre mío, dijo Cristo, porque no saben lo que hacen. Entonces arreciaron las voces y los insultos, los golpes con las cucharas y los cuchillos en la mesa, y parecía que los bastones iban efectivamente a alcanzar la cabeza de Cristo y acaso la del interventor, un buen ladrón a la vera de la cruz. Una vieja de ojos brujos se levantó y lanzó un grito desgarrado. Sinvergüenza, dijo. El que esté libre de pecado que tire la primera piedra, dijo Cristo con pena. El interventor pensó que había alusiones personales en el pecado y que la comida iba a acabar mal, pero en ese momento tronó una voz vigorosa. *Concordia parvae res*, dijo. Tras las palabras, al interventor no le sorprendió ver sentado en un rincón, a solas con su menú, al hombre del rincón de la cantina. Lo vio concentrado ante la sopa con la misma actitud ontológica con que se concentraba ante el vaso de vino de la estación. He aquí el hombre de los rincones, pensó el interventor, la ubicación de los misántropos. Sus palabras, sin embargo, pacificaron el ágape, aunque durante el resto del tiempo, el primer plato, el segundo plato, el postre de fruta, no dejaron de volar comentarios por la sala, aforismos que respondían a versículos, refranes que contradecían a los salmos, palabras vanas y afán de vanidades, todo el discurso del *Eclesiastes*. Desconocen, sin embargo, cuánto me complacen, interventor, dijo Cristo señalando a la concurrencia, porque has de saber en verdad, interventor, que desconfío de los viejos que se sienten jóvenes. Antes de que terminaran, el hombre del rincón les despidió, desde el mismo quicio de la puerta batiente, con una frase ininteligible. *Nihil contemnit esuriens*, dijo. Cristo pidió aguardiente (extraordinario) después de la fruta y le llenó un vaso al interventor. Prolongaron la sobremesa hasta mucho después de que no quedara nadie en el salón y en su transcurso etílico abundó Cristo con preguntas y preguntas que el interventor eludía distraído. Muchos dicen que memorizaba las sensaciones gastronómicas de las patatas con arroz y bacalao, de la carne estofada, de la manzana, no sólo porque era su primera comida digna en mucho tiempo sino también porque adivinaba que sería la última. Y, en consonancia con su talante evasivo, tampoco logró el interventor arrancar ninguna información sobre la vida o sobre la historia de Cristo, pues siempre

derivó tan singular sujeto en sus réplicas y en sus consideraciones por las más barrocas y enrevesadas fantasías, por los entresijos de una retórica más enmarañada que hueca. En verdad en verdad te digo, interventor, le dijo Cristo cuando quiso cortar de raíz toda investigación relativa a su persona, que yo no tengo biografía, tengo evangelio. Cuando salieron, se dirigieron a la plaza. De camino, pasaron por la iglesia donde estaba el interventor antes de comer. Allí mismo se despidió Cristo, sin aspavientos. Cuídate, interventor, dijo el profeta con los brazos en cruz, que la vida es cruda, el mundo cruel y el sacrificio cruento.

Saliendo un poco de la ciudad antigua, alejándose del contorno estrecho y sinuoso de la plaza y de sus aledaños medievales, se encontró por azar frente a un caserón monumental en ruinas, un edificio con fisonomía de convento en cuya fachada se conjugaban torpemente racionalismos arquitectónicos del renacimiento con parches de cemento y grietas y carteles viejos anunciando corridas de toros o espectáculos de circo, propaganda política, pintadas groseras o ejercicios murales de artistas callejeros. El interventor no había reparado antes en aquellos despojos de la historia. Por un portalón en rampa, abierto, sin puertas, a una especie de breve túnel irregular, se accedía a una suerte de claustro devastado. Vio arcos trenzados y vacilantes, columnas toscanas, un suelo enlosado, por entre cuyas junturas se habían precipitado los brotes salvajes de la naturaleza, y un pozo en el centro, cerrado con tapadera de reja y con candado, y advirtió el crecimiento avaricioso de matojos y plantas silvestres, esos vigorosos yerbajos que crecen al arrimo de la humedad y de la sombra, del abandono y de la desolación. A toda esta naturaleza muerta se sobrepuso de pronto, como un bodegón, la caprichosa tiranía del azar: en el pretil del pozo, con apagado brillo, un verde mortecino y sucio, languidecía, abandonada, la botella. El interventor se apresuró a recuperar su patrimonio y, reconfortado, casi contento (que en la adversidad cualquier insignificancia se convierte en grano de mostaza y, por naturaleza, en árbol frondoso a cuyas ramas acuden las aves del cielo), siguió explorando el escenario. Al claustro daban algunas dependencias inhóspitas por las que había pasado toda forma de vida y en las que había hecho morada toda forma de muerte. Era probable que los días soleados, en el momento en que el sol diera de lleno en el centro mismo del pozo (lo cual no ocurriría nunca tal vez de modo pleno, salvo acaso en los días rigurosamente verticales del verano), la luz alcanzara un punto, oblicuamente, al claustro, pero los más de los días, sobre todo los días nublados, los días lluviosos, los días de tormenta, aquello semejaba sin duda un verdadero reino de tinieblas. Atraído por el misterio sigiloso del recinto, ciertamente una de esas estampas que siempre pertenecen a otro tiempo, que evocan sensaciones urdidas por la imaginación, experimentadas al leer relatos góticos, por ejemplo, novelas de terror nocturno, de crímenes ingleses con relámpagos, o al demorarse en las minuciosas descripciones urbanas de la miseria industrial, el interventor decidió explorar aquel oscuro laberinto y entró en algunas dependencias. Tuvo la extraña certidumbre de que estaba penetrando en el infierno, como si el infierno fuera una parcela rectangular cuadrículada y a cada cuadrícula le correspondiera una forma tenebrosa de tormento. Salvo la puerta que daba al claustro todas las estancias eran ciegas, como celdas de lóbregos castigos. Allí había habido monjes penitentes en tiempos místicos, cuando aquellos muros clausuraban un lugar sagrado, pero después, tras la desamortización, había pasado todo un sinfín de gente desahuciada o maleante. Allí habían vivido familias numerosas hacinadas, se habían instalado talleres de los

más pintorescos oficios y chapuzas, fontaneros, chatarreros, traperos, zapateros, hojalateros, carpinteros, pero de todo aquel antiguo y apagado esplendor empresarial sólo quedaba oficialmente una chatarrería y trapería, residuo que ocupaba legalmente dos o tres celdas y que mantenía vivo y abierto un edificio cuya demolición el tiempo estaba a punto de conseguir. Las otras celdas, o estancias, o cavernas, ofrecían la apariencia mostrenca de la miseria y de los miserables, acumulación cuaternaria de materia sórdida. De una de las puertas de la chatarrería colgaba un cartón con los garabatos añejos de un aviso. Estoy ausente, decía. Pero no era verdad. En la chatarrería o trapería había un individuo bajo y gordo, con notorias irregularidades capilares, calvo a un tiempo y con el pelo largo, una melena lacia y entrecana cayendo en flecos deshilachados posteriores y laterales que acentuaban por contraste el lustre superior, con barba de cuatro o cinco días, con un mono grasiento y un lápiz en la oreja, una de esas personas que sigue pautas de conducta apócrifa: aparentar siempre que tiene algo urgente e importante que hacer y mirar a los demás como parásitos. Cuando vio al interventor ni siquiera le dirigió la palabra. Apenas un bufido sirvió para sugerir que había advertido una presencia extraña. Como un lego laboral, autómata de su apariencia refleja, siguió enfrascado en la materia residual, una montaña de periódicos amarillos, atacados por el tiempo y la humedad, enmohecidos, y una mercancía herrumbrosa, compañera de la suciedad y adormecida en el letargo negro e imperecedero de los lubricantes, maquinaria derruida, cuadros de bicicletas, motores viejos, somieres, marcos de ventanas, carretillas de albañil, azumbres, la ignominia, en fin, de utensilios domésticos o de labor, pues nada puede haber en la miseria ni en los desechos, salvo la degradación maldita y definitiva de los cuatro elementos.

Ante tan desabrido recibimiento, el interventor se alejó y vagabundó curioso por el claustro, indagando en un sitio y en otro, asomándose al pozo, sentándose en una columna rota, dejando caer la tarde, en definitiva, con melancolía errante. Al cabo, sin embargo, oyó la voz del trapero, un hilo de flauta atragantada. Ven un momento, interventor, decía. El interventor acudió solícito a la llamada y se encontró ante la paradoja de una ceremonia insólita. En el centro de toda aquella podredumbre había una pequeña mesa inmaculada, dos naranjas, dos platos, dos tenedores y dos cuchillos. A merendar, interventor, dijo el trapero y le señaló una silla. El interventor se sentó y, ante las indicaciones del anfitrión, cogió la naranja y el cuchillo y empezó a mondar la fruta. El trapero lo contemplaba con la mirada fija, en un análisis estricto. El interventor se comió la naranja y sólo cuando hubo terminado apreció en el trapero una mirada de reproche. ¿Y el tenedor?, preguntó. El interventor apuntó con el dedo el lugar del tenedor sobre la mesa. Ahí se puede quedar, respondió el trapero en un respingo, pero el tenedor es para usarlo. Y entonces se dispuso a comerse su naranja. Tenía toda la apariencia de un operario abrupto, de modales torpes, gestos apocados y nerviosos, las uñas negras, pero cuando se enfrentó con cuchillo y tenedor a la naranja sus manos se transformaron, adquirieron el vuelo de los malabaristas y los magos, el cuchillo y el tenedor acariciaban apenas con delicadeza la superficie de la fruta mientras la iban despojando con absoluta perfección de su cáscara amarga. El interventor miraba el proceso con piadosa atención, fijo en el juego de las manos, y el trapero, advirtiendo la admiración que despertaba en su invitado, se recreaba en la demostración de sus habilidades mondadoras. Mientras lo veía consumir la fruta, el interventor pensó que su anfitrión disfrutaba más con el procedimiento que con el sabor y no iba desencaminado, pues, cuando acabó, lo miró fijamente y empezó a hablar. Yo ahora soy trapero, interventor, dijo. También me llaman ropavejero o papelero o chatarrero, pues este oficio puede tener muchos y varios nombres, pero yo soy sobre todo trapero, porque, como yo digo, en un lugar como éste (y abarcó con un gesto la naturaleza del recinto) no hay más donde elegir, o se es trapense o se es trapero, y yo he elegido ser trapero. Rió él solo el juego de palabras. Sin embargo, dijo, no siempre había sido trapero, de hecho se había hecho trapero a los veintinueve años y por casualidad. Había nacido en un pueblo de la sierra hacía cincuenta y cuatro años y había trabajado con su padre en el campo durante su juventud. Sólo recordaba haber bajado a la ciudad, de niño, en dos ocasiones, la primera vez a una feria, en un año de abundancia, y la segunda vez a un médico, para operarse de anginas. Entonces se me quebrantó la voz, aclaró. De modo que sólo cuando tuvo que ir a prestar servicio militar abandonó por vez primera el pueblo, la ciudad y la región. Hizo el viaje en tren, con un pase especial expedido en capitanía, y pasó un año y medio con uniforme de soldado. Allí le ocurrió algo que marcó su personalidad para siempre y, probablemente, su destino. En cierta ocasión, tuvo que ir a casa de un

comandante a llevar una caja de naranjas, un regalo de primera flor que alguien le hacía todos los años en el cuartel, la primicia de los naranjos de levante. Todo azorado entró en la casa, siguió a la mujer del militar hasta la cocina y dejó sobre una mesa la mercancía. La mujer le ofreció algo de beber, una cerveza, pero él la rechazó, una naranja al menos, dijo la mujer, y él, sin pensarlo, por cortesía, aceptó. La mujer le invitó a sentarse, colocó dos platos de postre, dos tenedores y dos cuchillos, uno para cada uno, puso una naranja en cada plato e inició una obra de arte. Por primera vez vieron sus ojos aldeanos con qué destreza exquisita, con qué delicadeza angelical, podía mondarse una naranja. Pero estaban sentados a la mesa, en la amplitud solemne y luminosa de la cocina, y él tenía que consumir también la naranja que tenía en el plato, una naranja grande, enorme, terrible como una indigestión. Nunca pasó tanta vergüenza ni tanta tribulación, al comprobar cómo su torpeza, sus modales labriegos, contrastaban con la finura y la elegancia natural de la mujer. Fueron unos minutos rojos, de intenso rubor rural. Aunque la mujer, al advertir la situación, camufló su presencia en quehaceres domésticos, desplegó maniobras de distracción del enemigo, como para dejarlo a solas con su vergüenza, el traperero tardó mucho tiempo en decidir (o acaso nunca llegara a decidir) si la mujer se burlaba y se reía de él o si lo miraba con conmiseración y lástima. Fuera lo uno o lo otro, ambas cosas lo humillaban y acrecentaban su confusión, su aturdimiento, la raíz impotente de su rabia. Fue entonces cuando adquirió conciencia de su propia bajeza, de su condición vil, de su insignificancia social, y fue allí donde se impuso el firme propósito de aprender a mondar naranjas con aquella sabiduría aristocrática de gestos nobles y precisos, con la distinguida autoridad del paraíso terrenal. Desde ese momento no tuvo otro oficio en el tiempo que permaneció en el cuartel. Se aplicó primero a mondar su propia fruta (los días que ponían fruta de postre, que no eran todos) con parsimonia y torpeza, con mucho esmero y escasa pulcritud, pero pronto llegó a la conclusión de que ni solo ni con una o dos piezas de fruta por día podría adquirir tamaña destreza. Entonces empezó el verdadero aprendizaje. Primero anduvo preguntando si alguien sabía mondar la fruta sin tocarla con las manos, sirviéndose de cuchillo y tenedor, y cuando finalmente encontró a un joven pálido y endeble, de rostro adolescente y origen opulento, que sí sabía y que se ofreció a enseñarlo a cambio de sus servicios, se convirtió en el guardaespaldas del joven, el que le llevaba la mochila, le limpiaba las botas, le cuidaba la taquilla, una especie de asistente del joven, que, a cambio, le daba lecciones diarias de etiqueta mondarina. Luego decidió cambiar frutas por cigarros o por chuscos o por guarnición y así cada día practicaba con todas las piezas que conseguía. Incluso a veces, cuando recibía la raquílica soldada militar, compraba fruta en el mercado para llevar a cabo su determinación. Fue así como al cabo de unos meses de tenacidad y burlas (helo helo por do viene el infante mondador, cantaba un alférez de complemento al que seguía todo un coro desafinado de reclutas zapadores) se convirtió en el mejor mondador de frutas del cuartel, con pericia casi equivalente a la de su joven, atípico, tuberculoso preceptor. Cuando se supo experto

en la materia, hasta el punto de que ya fue siempre conocido en el cuartel como el cabo mondador, empezó a presumir de ello, pero no verbalmente o de boquilla, sino haciendo exhibiciones de su habilidad. Si viajaba a casa, por ejemplo, con permiso, se sentaba en el tren al lado de la ventanilla, abría la bandeja plegable del compartimento, sacaba una servilleta del petate, la extendía, sacaba una navaja del bolsillo, buscaba un tenedor de campaña, colocaba la fruta sobre la servilleta y, ante el pasmo de los viajeros, se deleitaba en su tarea de mondador. Entonces empezó a desear que llegara la nueva temporada de las naranjas y que lo enviaran de nuevo con la primicia frutal a la casa del comandante. Su imaginación trazaba íntegro una y otra vez el desarrollo del encuentro, la invitación, la sorpresa de la mujer, el triunfo heroico de su voluntad. Pero pasaban los días y los días, su impaciencia se desbocaba y el comandante no le enviaba a su casa con el encargo. Una mañana, aprovechando una salida administrativa de tercer orden, compró en el mercado una caja con las mejores naranjas y se presentó clandestinamente en la casa del oficial. Lo recibió la mujer, igual que un año atrás. Vengo a traer naranjas, dijo. Y señalaba la caja que tenía en las manos. La mujer no disimuló la sorpresa. Ya las han traído, dijo. Éstas son más, dijo el traperero, una muestra de gratitud. La mujer sonrió y le indicó el camino de la cocina. Ahora fue él quien colocó dos naranjas sobre la mesa. Entonces la mujer sacó platos y cubiertos. Se sentaron frente a frente y el traperero inició la exhibición de su destreza. La mujer no tocó su naranja, sólo lo miraba con una sonrisa enigmática, no sabía si cómplice o tal vez compasiva. Lo que pasó después no te lo voy a contar, interventor, dijo el traperero, tú eres hombre de mundo. Cuando acabó el servicio militar, el cabo mondador volvió al pueblo y se echó novia. Sólo le puso una doble condición para casarse: que tenía que aprender a mondar la fruta como él, cosa que efectivamente hizo y demostró públicamente antes de fijar la fecha de la boda, y que, cuando tuvieran hijos, aprenderían el noble arte de mondar la fruta con cuchillo y tenedor, cosa que también hicieron, primero los dos mayores, que gracias a eso habían prosperado, y luego un rapaz tardío que andaba a veces por allí y que también estaba destinado a prosperar. Ahora, instalado en la trapería, utilizaba la etiqueta para calibrar la categoría y la calidad de las personas. Le bastaba ver a alguien frente a una pieza de fruta con las armas idóneas para formarse una idea cabal de la persona en cuestión. Era un método infalible. Y tú no me has convencido, terminó diciendo, interventor.

Como andaba sin equipaje (yo soy mi equipaje, dicen que dijo en cierta ocasión a un funcionario del orden público), el interventor se quedó meditando en el claustro del viejo convento, viendo cómo bandadas de pájaros acudían a la llamada acordada de la naturaleza, sobrevolaban el claustro y ejecutaban hermosas acrobacias sobre los límites del recinto monacal. A menudo bajaban hasta el suelo o se ocultaban en las grietas o resquicios de la galería y salían luego con chillidos juguetones, infantiles, hasta que el ensanchamiento de la penumbra los expandía por el atardecer como presagios siniestros y estridentes. En el convento, dejado de la mano de Dios y de los hombres, no había tendido eléctrico (de hecho el trapero solía cubrir un horario de trabajo solar, llegaba por la mañana con el alba y se iba al atardecer, con la penumbra del poniente, se gobernaba en sus pasos por los ciclos de la naturaleza), de modo que a medida que avanzaba el anochecer su apariencia se volvía temerosa, expresión perdurable de una amenaza antigua. Cuando el trapero cerraba su *instalache*, aquella mazmorra de despojos y podredumbre, el interventor le preguntó por las celdas libres, que, a la vista, eran todas. El trapero le señaló, no obstante, las que gozaban de las preferencias de los habituales, en cuáles se refugiaban los menesterosos más o menos fijos (a los que siempre se refería como trapenses), en cuáles saciaban los ardores de la lascivia los feriantes o los desahuciados que contrataban prostitutas de calle, en cuáles hacían morada noctámbula los borrachos sin hogar, en cuáles montaban sus orgías estupefacientes los rufianes negros (guárdate de ellos, interventor, le dijo, hoy han estado practicando puntería con la botella, pero otro día practicarán contigo), y así, eliminando preferencias ajenas o derechos adquiridos de antigüedad o veteranía, el interventor eligió una celda en un rincón, camino de la misantropía. El trapero se apiadó de él y le entregó unos fardos de periódicos viejos para que le sirvieran de colchón, de manta y de almohada (los usos del papel son inagotables, dijo), y el interventor se acomodó en la opacidad tenebrosa de aquel claustro en reclamación de ruinas, de demolición, de solar inmobiliario. Cuando se marchó el trapero, el interventor se quedó solo y se concentró en sus pensamientos, abismado en la profundidad ignota del espíritu del dolor. Por un momento tuvo la tentación de recurrir a la carta, siempre en el bolsillo interior del chaquetón, pero no podría ver nada, y se contentó con palpar el papel rugoso, sentir la presencia artificial del lenguaje entre la ropa. Extendió luego los periódicos y se tumbó sobre ellos en el suelo. De todas partes venían ruidos y olores, los ruidos que dan forma sinfónica a la estructura de la noche y los olores que nunca llegan a las casas del centro, olores húmedos, podridos, emanaciones de la inmundicia de la periferia, la porquería de la orilla industrial del río. Poco a poco, entre sobresaltos apacibles, se fue quedando lentamente dormido. Soñó que iba en un tren restaurante, un vagón con cortinajes imperiales, lámparas de cristal en el techo, mesas adornadas con un centro de rosas rojas y luminosas, y soñó que comía codornices y naranjas y que bebía champán y

contemplaba a través de la ventanilla un paisaje resplandeciente por el que desfilaban todas las bondades y hermosuras del paraíso. A veces llegaba un crujir de pasos, conversaciones, rumor de voces, espasmos y jadeos, o la canción desmoronada de un borracho que se acercaba al monasterio a dormir maitines. Se despertó antes del amanecer y salió al claustro. Sentía el cuerpo dolorido y dilatado, como si ya estuviera bien dispuesto para la muerte. De algunas celdas salían ronquidos. A veces se asomaba al umbral de la caverna algún espectro, el cuerpo replicante de un miserable saliendo del sueño. Más tarde, con la primera luz del día, llegó el trapero. Se ha pasado la noche, dijo. El interventor dijo que sí, mecánicamente, y añadió que, si no había inconveniente, quizás se alojaría en aquella celda. El trapero apenas hizo caso a sus palabras. Sin embargo, poco después, cuando las celdas empezaban a vomitar la miseria humana acumulada durante la noche, la comunidad trapense, le entregó en préstamo unos enseres mínimos, una silla, una colchoneta agujereada, surcada de innumerables secreciones, un puchero de porcelana, una sartén, un raído cubierto articulado de campaña, catálogo mobiliario equivalente al de los muladares. Con una condición, dijo el trapero. Las manos empuñaron un tenedor y un cuchillo invisibles y sincronizaron varios movimientos sobre el aire. El interventor ya había entendido y sonrió, pero, con todo, el trapero se explicó. Las naranjas, dijo. Y así fue como se acomodó el interventor en el convento y como, tras mucho deambular por sótanos y subterráneos secretos, por galerías en ruinas, por los desagües de la historia heroica, se convirtió en un habitante del subsuelo, en morador de la caverna, adonde naturalmente trasladó sus costumbres del corralón. Amontonaba trozos de leña junto al pozo y encendía una pequeña hoguera para preparar caldo de hierbas. Recogía mendrugos de pan en los vertidos de las panaderías, pan duro no vendido, raeduras de bacalao en ultramarinos, y cocinaba sopas de hierba silvestre, pan amollecido con agua caliente verdosa. A veces, un miembro de la comunidad, un trapense histórico, un tipo silencioso y atezado, de rasgos broncos, que ya había socorrido al interventor en tarde de calbotes y que tenía especiales habilidades acuáticas, se acercaba a la lumbre con tres o cuatro ranas atadas en un junco. Con la ayuda de un palitroque, a modo de tenazas, las iba pasando una tras otra por los límites cimeros de la llama en un asado lento y meticuloso. Sacaba luego del bolsillo una pizca de sal (llevaba la sal suelta en el bolsillo del reloj del chaleco) con dos dedos, rociaba las ancas con minuciosa perfección antes del toque gastronómico definitivo, el último fulgor del fuego, y, finalmente, comía con delectación ante la envidia muda del interventor, a quien, no obstante, recompensaba con un porcentaje en ancas por el fuego. La batracomiomaquia, decía, a modo de jaculatoria, cuando iniciaba el banquete. Allí fue, pues, entre trapenses y trapero, donde fijó su segundo aposento transeúnte el interventor. Allí convivió con trapenses ambiguos y cetrinos, rudos en el trato y ennegrecidos por la adversidad y la intemperie, que al menor contratiempo echaban mano de navaja, que discutían por todo, que alzaban la voz por encima de los muros y de las sombras. La gente miraba con miedo y con recelo a los habitantes de las

ruinas y a partir del anochecer, cuando el traperero abandonaba su negocio, nadie se atrevía a invadir la espesura del recinto sagrado. El interventor anduvo por allí sin temor alguno y cabe decir que no sufrió ningún contratiempo interno público ni notorio. También había, ciertamente, trapenses apocados, venidos a menos desde la nada, desde su insignificancia, incapaces de llevar con dignidad la mala suerte, lo que siempre será digno de misericordia (no en vano se ha constatado estadísticamente que las personas arrogantes en la prosperidad son las que no tienen dignidad alguna). Entre unos y otros sobrevivió el interventor y a menudo vio cómo los segundos se arrimaban a los primeros en busca de amparo y cómo, en definitiva, los primeros protegían a los segundos de los primeros y cómo, también, en gran medida, los segundos conferían hegemonía a los primeros entre los primeros, de modo que, establecida una relación de reciprocidad comunicante entre la fuerza y la debilidad, o entre el miedo y el coraje, el que más miedo proporcionaba era al mismo tiempo el más solicitado por los débiles y el que más miedo padecía era asimismo el más asediado por los fuertes y, más aún, el más asediado sobre todo por los débiles menos débiles. La naturaleza humana está llena de compensaciones que siempre podrán describirse, pero nunca comprenderse. Por lo demás, durante el tiempo que vivió en aquel lugar inhóspito vio entrar a menudo material de desecho en la trapería o chatarrería, pero nunca vio salir nada, por lo que bien podía decirse que aquello era un almacén para la eternidad, una especie de depósito permanente, una consigna para viajes definitivos. Desde luego, el carbono de los milenios por venir encontraría en aquel tenducho una síntesis en masa de la civilización industrial. La vida seguía su curso de fosilización y arqueología, de aflicción y zozobra.

Sin embargo, además de procurar como las aves del cielo y los lirios del campo su parca subsistencia, el interventor no tuvo otro oficio que volver indefectiblemente a la estación, como si de su presencia en ella dependiera el resultado último de algo esencial no sólo en su vida, sino incluso en el destino final del universo. No es infrecuente que el hombre se niegue a hacer algo, que decida, por ejemplo, no acudir a cierto acontecimiento o no presenciar determinados hechos, por el temor irracional de que su acción o su presencia vayan a tener consecuencias funestas, ni tampoco es infrecuente, por el contrario, que el hombre se disponga a hacer algo de modo imperativo, que resuelva acudir a cierto acontecimiento o que se juegue la vida por presenciar determinados hechos, por el mismo temor irracional de que su falta de participación o su ausencia vayan a tener consecuencias funestas, como si cada uno llevara implícitos en su naturaleza los principios recónditos de la causalidad, algún oscuro mecanismo moral o judicial que relacionara las causas culpables y los efectos dolorosos. Por eso el interventor volvía irremisiblemente a la estación, al arrimo del ferrocarril, se sentaba en el banco del andén, recibía las limosnas sin disfraz del cantinero adolescente, cafés de recuelo, mendrugos de pan, fondos de aceite viejo, aceite sobreutilizado, y grasa aposentada, la abolición de la manteca, los alimentos sustantivos de la penuria. Con todo ello volvía de noche a la mísera morada, la celda conventual, humedecía el pan duro en aceite caliente, en la hoguera dispuesta junto al pozo, preparaba una fritura de harina, churros de pobre, pensaba, y así ingería suficientes hidratos de carbono para su engañosa supervivencia. A menudo decidía resignarse al claustro y al traperero, a la humedad y la penumbra, a broncas entre trapenses, pero enseguida, al día siguiente, contra todo propósito de enmienda, de cambio, de relajación y de olvido, encaminaba sus pasos hacia el sur y recalaba en el andén, dispuesto al sufrimiento, alimentando con resignación la desesperanza.

Al lado del convento, junto a aquella antigua morada de oración cuyo claustro se había convertido en guarida de traperos, rateros y desheredados, militantes de la vena secreta, prostitutas arruinadas, rufianes negros, indigentes trashumantes, nómadas de la miseria, había un cine desmembrado. El interventor vio que alguien entraba y preguntó. Le informó el trapero, mondador de fruta, de que era un cine, de que se entraba gratis, de que siempre acudía la misma gente, y entonces el interventor, sabiendo que no tenía que pagar entrada y viendo en qué medida tal gratuidad se acomodaba a su insolvencia, decidió examinar el interior, ver una película o, en último extremo, dormir un rato al abrigo del invierno. Pero su turbación fue en aumento a medida que se adentraba en la oscuridad, experimentando la sensación física de que penetraba en unas tinieblas húmedas y viscosas, como si la oscuridad tuviera una espesura y una densidad tangible, material, de sólida consistencia. Cabía sobreentender que la película mostraba una historia policíaca en escenarios sórdidos de Lisboa, con agentes secretos internacionales y persecuciones y coches y disparos y fuego y muertes azarosas, esas pequeñas imitaciones o profecías de un apocalipsis verdadero. Se advertía que algunos palcos laterales, reductos decrepitos, estaban ocupados y en ellos se distinguían bultos, sombras, siluetas, apariencias deformes de las cosas y de los seres. Poco a poco el interventor se fue acostumbrando a la penumbra y distinguió un público ajeno a la película, más aún, enseguida descubrió que en realidad la película carecía de interés para los espectadores, que, por lo demás, la conocían de memoria, como pudo comprobar con algunos diálogos que coreaban a voz en grito con precisión de orquesta, cuando, ante un aviso cinematográfico que él no entendía o no interpretaba como tal, se acallaban los cuchicheos, los rumores, los crujidos de las butacas, y en todo el recinto se oía con nitidez una frase de la película. Entonces, al mismo tiempo que en la pantalla y al unísono, todos los asistentes respondían como verdaderos profesionales de doblaje, siguiendo el movimiento de los labios con uniforme sincronía. Sube acá, que te voy a enseñar lo que ha de suceder después, dijeron. Aquello sí que era una caverna, pensó el interventor, y allí sí que no había más luz que la que emanaba de la pantalla, sombras de seres entre el foco difuso. Cuando acabó la proyección se encendieron unas luces tímidas, de color amargo, y el interventor pudo apreciar que el cine era una iglesia, la antigua iglesia del convento, en la que, con un arreglo arquitectónico en el altar mayor, el retablo había sido sustituido (o tapado, porque realmente, como comprobaría, el retablo estaba detrás, con un hueco propicio para jorobados y contrahechos) por el muro blanco de la pantalla, una chapuza de albañilería. En el mismo lugar en que tantas veces se levantaron para su adoración las formas consagradas, el pan y el vino, el cuerpo y la sangre de la última cena, en aquel mismo lugar de etérea fe se aparecía ahora la esencia cinematográfica en escena, la fe incorpórea de los nuevos dioses. Las capillas laterales se habían convertido en palcos de platea y el coro, donde en tiempos

hubo un órgano y donde durante siglos resonó la grave austeridad del gregoriano, era un verdadero gallinero (lo que en muchos sitios se llamaba general, por ser de bancos corridos, sin limitación de plazas ni de asientos) propio de los cines monumentales. Hubo movimiento de personas, cambios de ubicación, aunque casi nadie abandonó el local, más bien hubo como una nueva disposición de los espectadores del drama. Caras sombrías, rostros aletargados, ojos huraños o desorbitados componían diversos cuadros de grupo. Sintió que alguien lo miraba y adivinó unos ojos apagados y oscuros, huidos de la claridad, en un semblante depauperado y melancólico. Y al cabo del rato y del ajeteo la película volvió a empezar. Ahora siguió o pretendió seguir la historia desde el principio hasta el final, pero no era fácil, lo impedían demasiados obstáculos. Como parte del primer rollo, el de los títulos de crédito, había desaparecido, la película se exhibía sin título, sin nombres de actores, sin guionista, sin director, sin productor, y empezaba directamente por alguna escena avanzada de la trama, de la que tampoco se podía saber si era la primera, la tercera o la octava. De vez en cuando, además, se apreciaban saltos en la historia, como si las roturas de la cinta hubieran sido reparadas con resolución bravía, cortando el metraje deteriorado y empalmando los restos al azar, y así había irrupciones abruptas, finales desvaídos, escenas que se interrumpían en el punto culminante, disparos en lugar de besos o peleas en lugar de abrazos. Y, cuando llegaron las escenas de la sesión anterior que ya había visto, le pareció que se alteraba el orden, de modo que lo segundo fue primero y lo primero fue segundo, y así, aunque vio la película entera, es decir, la exhibición de los restos acumulados de película, no pudo entender el sentido de la trama, porque a vueltas con las reparaciones y las suturas, el montaje casero había alterado el orden de las escenas y a veces los fines estaban antes que los principios y los desenlaces antes que los nudos y los crímenes no tenían causa ni consecuencias, como si la historia fuera la baraja del caos, desorden en el desorden, sombra en la sombra, el misterio de una sola película y muchas tramas distintas. La cronología derrotaba a la cronología. Al cine le pasaba, a fin de cuentas, lo que a la estación, pensó el interventor, que había pasado por la ciudad en su época de esplendor y ahora había dejado los restos imperfectos de un naufragio grandioso. Al cabo supo, en fin, que la película era siempre la misma, que los dueños del cine habían cerrado la empresa hacía años y emprendido una huida sin retorno. Entonces el viejo empleado, con una vieja máquina y con la película que estaba en cartel cuando quebró la empresa, siguió acudiendo a su trabajo con la misma terca lealtad con que acudía el guarda al paso a nivel, como yo en mi columna, dijo el vendedor de barquillos, y siguió proyectando día tras día, invariablemente, la misma eterna película interminable. La taquilla no volvió a abrirse (durante meses hubo en la entrada un cepillo parroquial para procurar la subsistencia del proyccionista), la puerta del cine permanecía abierta para los espectadores, y cada tarde un ejército leal de desheredados acudía a ver la misma película, y descubrieron poco a poco el encanto de la repetición, la dichosa felicidad diminuta pero franca de tener controlada la situación, de saber de antemano lo que iba

a suceder y no saber nunca en realidad lo que estaba sucediendo. Así era en el fondo la vida, mera repetición. El hombre no es un animal de costumbres, le dijo el interventor una mañana al vendedor de barquillos, sino de repeticiones. De modo que allí estaban siempre los mismos, los apátridas de la tierra, los infelices, los miserables, las criadas, las dependientas, los militares degradados, los soldados, las prostitutas sin clientela (y aún con clientela y en el ejercicio de su función), los infames, la muchacha fugaz. Anónimos, dispersos, hombres de sombra, sólo compartían, en su soledad, el agridulce desagravio de una frase común. Sube acá, que te voy a enseñar lo que ha de suceder después, coreaban ritualmente en cada proyección. También el interventor se acostumbró a este quehacer. Sube acá, sumaba su voz de forastero a la masa coral, que te voy a enseñar lo que ha de suceder después. Probablemente nadie conocía en realidad la trama de la película, sino la unidad o unicidad de sus secuencias, de sus fragmentos, el desbarajuste incomprensible de la vida troceada, rota, aislada, en el recinto húmedo y sombrío de una iglesia a prueba de exorcismos.

Estaba el interventor sentado en un banco del malecón, mirando impassible la calma del atardecer en el río, al margen de la propaganda tenue y gris del crepúsculo, cuando oyó una exclamación a sus espaldas. Coño, el interventor, dijo la voz. Enseguida reconoció la voz de Cristo y ciertamente sintió en su interior, como la confirmación de un presentimiento, que era en efecto una voz profética clamando en el desierto. Cristo se sentó a su lado y miró al río con embeleso lírico, concentrando versos mudos en el entrecejo. Por un instante, viendo aquella mirada fija y la figuración del éxtasis, el interventor pensó que en cualquier momento, para demostrar los poderes sobrenaturales de su nombre, Cristo se levantaría, avanzaría hacia el río y caminaría sobre las aguas sin hundirse. Pero no fue así. Cristo era sujeto lenguaraz, un punto gárrulo, como un charlatán de la emoción y el sentimiento, y sus palabras tejían torbellinos de viento, huecos rellenos de semántica ocre y amorfa, un puro discurso musical, dodecafónico. ¿Cómo va esa vida, interventor?, preguntó. Pero el interventor no respondía: de sobra sabía que a Cristo no le interesaban las respuestas, sino tejer su trama bíblica. Más tarde, cuando la primera oscuridad empezaba a anular la luz del día, a hacerla difusa, progresivamente opaca, Cristo se puso en pie. Levántate y anda, dijo Cristo y el interventor lo siguió. Antes de llegar a la primera taberna supo que se dirigían a la ruta del vino espeso y recio, la rutina del soneto tabernario, en la antítesis de las carnestolendas, donde se encontraron con el hombre del rincón, que, como la sombra de una conciencia excedente, los acompañó en silencio durante todo el trayecto. Tras los primeros sorbos de vino, el interventor tuvo la sensación, primero, y la certidumbre, después, de que Cristo pretendía indagar en los mundos de ayer, conocer cosas de su pasado que él no podía revelar, porque carecía de pasado. Para Cristo, el interventor era un hombre aferrado a una botella y a una carta, probablemente sus únicos vínculos con el pasado, los restos de la vida anterior, e hizo preguntas al respecto, preguntas y más preguntas sobre la botella, preguntas y nuevamente más preguntas sobre la carta, sobre el sobre, sobre la dirección, sobre el remite y sobre el remitente. ¿Acaso la botella es tu cáliz?, preguntó, ¿acaso la epístola es tu evangelio, tu horóscopo, tu carta astral, la sentencia que te condena, la respuesta cifrada del oráculo? ¿Eres un profeta o una metáfora, interventor? El interventor guardaba silencio y se le perdían los ojos en desvarío taciturno, pero ante tanta insistencia a veces tenía que responder. De ahí han quedado tres o cuatro réplicas memorables. El pasado no existe, dijo en una ocasión. La voz de Cristo sonaba sucesiva y tonante, como un eco profundo sobre un paisaje hosco y rocoso. En cierto modo parecía la voz del Anticristo, pues recriminaba al interventor. En verdad en verdad te digo, dijo, que el hombre es esclavo de su pasado, ésa es su condena, pero ay de aquel que carece de pasado, interventor, porque quien carece de pasado no podrá sobrevivir. El hombre del rincón asistía en silencio al alegato. En vano has conservado limpio el corazón, interventor, y en vano te has lavado las

manos en la misma inocencia, pues has sido flagelado de continuo y has sido castigado sin piedad cada mañana, decía Cristo con el acento de una salmodia antigua. ¿Por qué no te vas de esta ciudad de perdición, interventor, de este lugar del odio y la miseria, de esta sucursal del infierno?, preguntaba a gritos graves y grandilocuentes. Sin embargo, haces bien en callar, interventor, dijo luego con los ojos fijos en el color del vino, porque ésa es la verdadera naturaleza humana: el hombre es un animal serio y silencioso. Y en verdad en verdad te digo, interventor, que la gente que habla mucho tiene poco que decir y que la gente que ríe mucho tiene poco entendimiento. A medida que pasaban de una taberna a otra y que la noche vestía más adornos medievales, las palabras de Cristo eran más encendidas, más evangélicas, más como la voz admonitoria de los profetas. ¿Por qué, pues, perseveras, interventor, en tu embajada, si ya has comprobado una y otra vez que es próspero el camino de los impíos y que sólo los perdidos, los infames, los inmisericordes echan raíces, crecen y fructifican?, insistía. ¿Por qué, interventor, por qué?, gritó Cristo en una especie de paroxismo ebrio. Aunque algunos dicen que el interventor nunca contestó a estas preguntas, otros, basándose tal vez en el testimonio del hombre del rincón, aseguran que en un tono de voz muy bajo, casi inaudible, casi inaudito, pronunció cuatro palabras definitivas. Creo en la bondad, dicen que dijo. Fue la segunda gran verdad enunciada por el interventor. Su contundencia moral dejó tan desarmado a Cristo, y tan avergonzado acaso, pues había menospreciado ridículamente a un hombre bueno, que guardó un silencio arrepentido. Recorrieron tres o cuatro tabernas, hasta cerrar el ciclo, y Cristo ya no habló más. Cuando salieron de la número catorce, la última del *via crucis*, el hombre del rincón se despidió a su modo. *Vinum laetificat cor hominis*, dijo el oráculo. Cuídate, interventor, dijo Cristo alejándose, porque no sabes ni el día ni la hora. El interventor también se alejó, solo, camino del convento. Dios siempre castiga a los buenos, pensaba, o tal vez lo dijo en alta voz, en turbio soliloquio con la sombra, porque alguien ha asegurado que se trata de la verdad tercera. Dios mío, Dios mío, ¿por qué lo has abandonado?, oyó la voz de Cristo perdiéndose por las callejuelas. Era la noche alta, el cielo oscuro y los pasos del interventor conducían indecisos y sigilosos hacia las catacumbas, los sótanos infectos y putrefactos de la civilización.

Avanzaba por una callejuela estrecha, con las palabras admonitorias y proféticas de Cristo resonando todavía en los oídos, cuando sintió un movimiento sigiloso alrededor, un despliegue de sombras, la amenaza fantasmal de las tinieblas, el fragor visible de la oscuridad, pero no le dio tiempo a ver ni oír más, porque un golpe seco acabó con él en el suelo sin sentido. Era evidente que lo habían esperado y que algo pretendían de él, pero no podía imaginar qué. Lo encontraron inconsciente poco antes del amanecer los barrenderos. ¿Qué te ha pasado, interventor?, le preguntaron socarrones y aseguraron luego que el interventor los miró como si regresara del más allá y guardó silencio. Negaron siempre además que fuera en aquel trance cuando pronunció la verdad tercera: que Dios castiga a los buenos. Al parecer, ante el mutismo del herido, lo único que hicieron fue avisar a los guardias municipales, que acudieron en su auxilio desganadamente y con muchas precauciones, mortecinos en el amanecer. Cuando le preguntaron qué había pasado, el interventor, que volvía en sí, no sabía qué responder. Se lanzaron sobre mí y me golpearon, dijo. No había visto más. Los guardias se hacían cruces y caras, porque tampoco encontraban una razón para el ataque, salvo que fuera alguna forma joven de diversión, capricho de los rufianes negros, tal vez un escarmiento de mendigos. Querían robarme, dijo luego. Entonces uno de los guardias se echó a reír. Robarle, repitió y colocó los acentos exclamativos de una carcajada en el silencio siguiente. ¿Ha notado si le falta alguna cosa?, preguntó otro guardia bostezando. Las tarjetas de crédito, respondió el primer guardia con acento socarrón, y el ardor de la pitarra. El interventor registró los bolsillos y fue sacando sus pertenencias, examinando torpemente el inventario de la miseria. Entonces tuvo una intuición repentina y se iluminó su entendimiento. Por eso habían quemado primero el coche, para que ardieran él y el secreto juntamente, y por eso ahora, atraídos por la naturaleza del tesoro, le habían arrebatado lo único a lo que se aferraba cada día. ¿Le falta alguna cosa?, insistió un guardia. El interventor negó con la cabeza y echó a andar. También los guardias han negado siempre que fuera en ese momento cuando el interventor pronunció la verdad tercera: que Dios castiga a los buenos. Se limitaron a verle avanzar por la callejuela, hasta que torció en una esquina y desapareció. Camino del claustro, el interventor se reprochó su ingenuidad y lamentó no haber atendido la voz de Cristo. Ciertamente, la fortuna no lo había acompañado nunca, al menos desde que bajó del tren en una noche de noviembre, pero, si hubiera obrado con astucia, si hubiera ideado lugares recónditos, escondrijos impensados, si la hubiera escondido en alguna grieta del convento abandonado, o entre los fardos de papeles o periódicos, o entre la mercancía del trapero, los malhechores no le habrían robado la carta. El interventor, no obstante, prefirió guardar silencio. Nadie sabría que le habían arrebatado el sobre azul, ni los agentes de la ley, ni el trapero, ni el muchacho de la cantina, ni Cristo, ni el vendedor de barquillos. Pensó el interventor que era una decisión inteligente: si no se propalaba la

noticia del despojo, no podría el depredador exhibir la fechoría. El silencio de la víctima reduce a los agresores al silencio.

Una mañana apareció muerto un mendigo en el convento. Tenía huellas de golpes antiguos y recientes, marcas de infamia, cicatrices y un rostro avejentado, incongruente, de edad incolora. Tenía las ropas desgarradas y espesas manchas de sangre habían teñido su eterna suciedad. Tenía sal en el bolsillo del chaleco y le faltaba un zapato. Durante mucho rato dos agentes de la ley y el orden discutieron su perplejidad y recorrieron toda la gama obtusa de los disparates, desde la consideración inicial del caso como una muerte natural hasta las nociones finales de homicidio, primero, y, después, en último término, de asesinato. Tras mucho meditarlo y meditarlo, tal vez porque no tenían mejores cometidos con que entretenerse, los dos agentes decidieron investigar. Al principio sólo encontraron huellas de miseria alrededor, envases de vino agrio, vidrios rotos, latas de sardinas corroídas por la herrumbre, envases de plástico, basura sexual, hojas amarillentas de periódicos, colillas y deposiciones, un estrato sólido de suciedad que se había ido asentando y configurando una orografía interior de compacta podredumbre. En realidad no apreciaron nada en lo que pudiera fundarse una conjetura de culpa, hasta que, cuando ya iban a desistir, porque su tenacidad tampoco era ejemplar, encontraron una botella de cristal verde en la oscuridad de una alacena. Uno de los agentes (o los dos tal vez) vio entonces los hechos con toda claridad, como en una representación teatral del crimen. Es la botella del interventor, dijo. Y como si la mera presencia de la botella probara de forma inapelable la implicación culpable de su dueño, los agentes, viendo que no estaba en el convento, se dirigieron apresuradamente a la estación. Preguntaron al muchacho de la cantina, que estaba en aquel punto apilando cajas de cerveza y que, según manifestó, no había visto al interventor en toda la mañana. ¿Y ayer por la noche?, preguntó un agente. Tampoco, respondió el muchacho. Los agentes sonrieron con malicia y suficiencia e intercambiaron guiños de policial complicidad. Fueron entonces al paso a nivel y allí, en efecto, encontraron al interventor, en la caseta, dando voces y compañía al guarda. Sin decirle una palabra, lo detuvieron y lo llevaron a los calabozos del ayuntamiento, dos o tres habitaciones minúsculas en un sótano húmedo. Metieron al interventor en una de ellas, que tenía un camastro y un ventanuco enrejado por el que se filtraba la luz rasante de la calle. Aquí hasta que venga el comisario, dijo un agente cerrando la puerta con llave. A menudo la realidad se empeña en llevar la contraria a la ficción y con frecuencia los policías de las ciudades medias o de las urbes secundarias son de una gran torpeza. Suelen verse a sí mismos como réplicas de los héroes del cine y la televisión, pero como réplicas pobres, deformes, con todos los inconvenientes de la realidad, los obstáculos cotidianos, administrativos, temporales, que nunca entorpecen el vértigo de la ficción. Sus puntos de referencia no son, pues, los datos de la experiencia, sino los más pintorescos enredos de la cinematografía. Para ellos no hay aprendizaje histórico, sino imitación audiovisual, sin llegar a advertir nunca del

todo que la vida avanza inevitablemente sin elipsis. Pues bien, de este tipo eran los agentes que detuvieron al interventor y lo encerraron en el calabozo. Cuando llegó el comisario, bajó a ver al sospechoso en compañía de sus subordinados y con la intención de interrogarlo, pero al abrir la puerta, y pese al estrépito de la cerradura y de los goznes, lo encontraron dormido, plácidamente dormido en el camastro. El comisario no sólo lo miró con compasión, incluso con adusta ternura, sino que dedujo enseguida su inocencia y tomó su cólera contra los agentes. Pensó que, desde la noche en que bajó del tren y lo perdió, no había vuelto a dormir en una cama, ni en un camastro, sino en el asiento del coche calcinado, en los bancos metálicos del parque, en los bancos de piedra de la plaza, bajo el reloj angular de la estación, en la aspereza del suelo, sobre periódicos viejos. Decidió dejarlo dormir, regresó con sus ayudantes al despacho y se encaró con ellos. ¿Cuáles son los hechos?, preguntó, a medio camino entre la ira y la ironía, ¿y los cargos? Uno de los agentes relató lo ocurrido. Así supo el comisario que el cadáver había sido descubierto por el trapero, mondador de fruta, que envió a su hijo, un chico de siete años, con un mensaje transparente. Hay un muerto en el convento, dijo el niño. Los agentes acudieron a toda prisa, más por la curiosidad que por la urgencia del deber, y cumplieron rutinariamente con su obligación, como Dios manda. Mandaron aviso al juez y, como descubrieron señales de violencia en el cadáver, enseguida empezaron a buscar pruebas, indicios, huellas, hasta que toparon de pronto con la botella verde. Sabemos que es del interventor, dijo un agente. Todo el mundo conoce la botella del interventor, corroboró el otro agente. Uno de ellos insinuó una hipótesis de trabajo y una justificación de su proceder. Todo el mundo conoce la botella del interventor, insistió, y sabe la afición que el interventor le tiene a su botella, señor, el mimo con que la guarda, por eso le gastan bromas, señor, y en más de una ocasión han intentado quitársela o rompérsela, sólo por fastidiar, señor, sólo por divertirse. Por eso habían pensado, añadió, que los hechos se habían producido de esa forma. Seguramente, el mendigo difunto se burló del interventor, pues, como bien se sabía, ambos mantenían cierta relación de amistad, compartían el fuego cotidiano de sus ágapes trapenses (dios los cría y ellos se juntan, dijo el agente), tal vez le quitó la botella o intentó quitársela, incluso romperla, y el interventor se defendió, le dio un golpe y lo mató, un accidente, señor. El comisario sonrió con gravedad. Y después, dijo con sarcasmo policial, colocó la botella en la alacena y se fue a charlar con el guardabarrera. El crimen perfecto, añadió. Los agentes quedaron cabizbajos, un punto desarmados, los ojos fijos en los bordes de la mesa, sin saber qué responder. ¿Qué os ha dicho el trapero?, preguntó el comisario. Sólo entonces cayeron en la cuenta de que no habían interrogado al trapero, de que habían considerado suficiente que les indicara la celda de la muerte y que apenas, frente al cadáver, pronunciara un levísimo responso. Ahora descansarán en paz las ranas, había dicho. Traedme al trapero, dijo el comisario con energía. Los agentes salieron del despacho en busca del trapero y el comisario se entretuvo en asuntos menores, minucias rutinarias del oficio. Volvieron al cabo del rato los

agentes, solos. ¿Y el trapero?, preguntó con cierto enojo el comisario. Está ausente, respondieron a dúo los subordinados. ¿Ausente?, preguntó el comisario. ¿No habrá huido?, añadió con sorna. Es probable, señor, dijo uno de ellos. Ha dejado un cartel, apuntó el otro. ¿Un cartel?, se burló el comisario, ¿un cartel diciendo que está ausente?, ¿para que la policía sepa que ha huido? Los agentes asintieron. Ese cartel, gritó entonces con evidente cólera, ese cartel, subrayó cada sílaba, lleva veinte años colgado en esa puerta. No quiero ver a nadie aquí, a nadie, si no viene con el trapero mondarín, ordenó, ¿entendido?, ¿entendido?, vocalizó de nuevo con indignación, ¿o también hace falta que ponga yo un cartel? Salieron los agentes de nuevo del despacho y ahora el comisario decidió bajar al calabozo a charlar con el interventor. Lo encontró despierto y relajado sobre el camastro, anotando alguna cosa en el cuaderno negro, y le preguntó por la botella. No lo sé, dijo, me la han quitado, ya me la han quitado más veces, todos quieren quitármela, una noche incluso me apalearon, los trapenses me persiguen, porque creen que es un talismán, y me la quitan, luego la esconden, se ríen de mí cuando la busco, dicen frío frío cuando voy en una dirección o caliente caliente cuando voy en otra, y al final siempre aparece. El comisario entonces le habló del cadáver del mendigo y de la botella en la alacena. Yo no intervine, dijo el interventor. Luego se prolongó el silencio en la mazmorra. El interventor no conocía el relato. Mientras dormía en una de las celdas, oyó ruidos y voces en la oscuridad del laberinto, carreras, gritos y socorros, risas, bromas y aullidos, pero eso ocurría todas las noches, de modo que tampoco se preocupó por nada. Durmió mal, pues siempre dormía mal, con pesadillas de trenes, y antes de amanecer se fue a la estación y aguardó al guarda. Aquí se está bien, dijo luego, refiriéndose al calabozo. Me gustaría quedarme. Pero el comisario le entregó la botella y le puso en libertad. Roma no paga interventores, dijo. Cuando salía entraban los agentes con el trapero, brillante la calva sobre el cabello lacio, la innegable evidencia de un fulgor cítrico profundo. El interventor se sentía descansado y relajado, ajeno a las penalidades de la existencia. De pronto, sin embargo, se nubló el cielo. Tal vez la muerte se había equivocado de mendigo, pensó. No se conforman con la carta, pensó también. Y decidió proteger con todo esmero el cuaderno de hule negro, adoptar excepcionales, pintorescas precauciones.

El interventor estuvo dando vueltas por un sitio y por otro. Paseó por la orilla del río, vio de lejos la paciencia de los pescadores, las morosas secuencias del agua, la tenacidad verdosa de los árboles y la lentitud del horizonte. Paseó también por la ciudad. Le gustaba a veces perderse por las callejuelas de la ruta a horas desacostumbradas, pues, si de noche eran el paraíso de la ebriedad, a media tarde eran el laberinto de la melancolía. El tiempo no se fragmentaba en escenas aisladas, sino que se acumulaba en estratos, en capas de acontecimientos superpuestos, fundidos y confusos. Los días no sucedían a los días, sino que formaban un solo día interminable y sin perfiles, sólo con sustancia central, con la materia extensa y primordial del tiempo. Y así anduvo, ingrávido y flotante, por las cercanías hasta que los últimos avisos del poniente lo encaminaron hacia el cine. Cautivo en la tediosa lentitud del atardecer, entró en la vieja iglesia y se acomodó lejos de la pantalla para sumergirse durante un tiempo en la proyección del caos, especialmente en las escenas de una refriega portuaria que siempre le llenaba de temor y desasosiego. Sube acá, que te voy a enseñar lo que ha de suceder después. A la salida, de noche ya y con luna llena, al llegar a su celda en el claustro del convento, le pareció oír extraños ruidos intermitentes en las dependencias comerciales del trapero, pero no les concedió importancia. Sin embargo, como volvían, cada vez más agitados, pensó que acaso alguien se había metido en donde no le correspondía y, como al fin y al cabo, aunque no de oficio, él colaboraba con el empresario de la chatarra, le traía materia prima de los arrabales y de los vertederos, decidió finalmente asomarse a la caverna. Tal vez alguien, pensó, aprovechando la detención del trapero, inspeccionaba la mercancía, tal vez algún trapense buscaba en la oscuridad algún viejo artilugio, algún herrumbroso cachivache. Abrió sigilosamente la puerta, cerrada sin llave, y el ruido le llegó entonces con nitidez. Se quedó quieto, en silencio, alargando el oído, y al cabo de un momento, cuando se habituó a la luz de la luna en la penumbra, pudo ver cómo entre ropas sucias, papeles mohosos, montones de lana de viejos colchones, el propio trapero se afanaba encima de un cuerpo breve y pasivo. Bajo el corpachón de su vecino adivinó los ojos fijos y el pelo estropajoso de la muchacha de la estación. ¿Quién anda ahí?, gritó el trapero con sofoco, sin volverse. Creí que había entrado alguien, respondió el interventor. Lárgate, interventor, dijo el trapero y siguió en su empeño, con impulso obtuso, mientras la muchacha se mantenía quieta, impasible, recibiendo impávida los ímpetus agitados y jadeantes del mondador de fruta. El interventor salió y cerró tras de sí la puerta. Se sentó en el alto umbral de su celda y desvió los ojos hacia el rectángulo de cielo iluminado que se recortaba sobre el claustro. Al cabo del tiempo vio salir al trapero, que pasó a su lado sin alzar la vista. Hasta mañana, interventor, dijo tan sólo, y ándate con ojo. El interventor pensó que le perseguía la maldición del árbol de la vida y se ensimismó aún más en su pesadumbre.

Al cabo de mucho rato, también la muchacha abandonó, con sigilo, la celda del trapero. Avanzó levemente por el claustro, como una sombra o una apariencia, y al llegar a la altura del interventor se detuvo y lo miró desde sus ojos grandes y sombríos, inundados de tristeza y de melancolía, una mirada fija e imperturbable que en modo alguno suponía un desafío, menos aún la intención de que el interventor bajara sus ojos hasta el suelo o los desviara hacia algún punto inconcreto del artesonado, era una mirada desprovista de sentido, ciega y vacía, de intensidad bovina. Por un momento el interventor pensó que la muchacha pretendía entablar conversación, tal vez ofrecer la fragilidad de su cuerpo a la solicitud de una lujuria envejecida, o incluso implorar unas migajas de perdón, si es que acaso era ella (que enseguida empezó a pensar que no) la que había participado en la feroz flagelación del coche calcinado. Pero no hubo nada de todo ello, sólo la obstinada prolongación vacía de los ojos. Después, sin pronunciar palabra, la muchacha se acercó al interventor y se sentó a su lado en el umbral. Permanecieron largo rato el uno junto el otro, sin hablar y sin mirarse, mientras avanzaba suavemente la noche y la luna anulaba con su plenitud todas las vicisitudes siderales del cielo. El interventor se entretuvo pensando en la estampa que formaban los dos. Le hubiera gustado desafiar y vencer las leyes de la física y del espacio, verse desde el otro lado, poder estar al mismo tiempo sentado junto a la muchacha y poder verse sentado junto a la muchacha, desdoblarse en espectador de sí mismo, estar al mismo tiempo en el umbral y junto al pozo. Había en la muchacha algo infantil, pensó el interventor, como si, pese a haber crecido y sufrido y acumulado cicatrices, hubiera quedado en ella para siempre la huella de la inocencia. Tal vez, pensó, la muchacha buscaba un atisbo de amparo, o la apariencia de una compañía solidaria, o la sensación de una afinidad vencida, no podía saberlo, porque la muchacha no hablaba, no habló nunca, ni aquella noche ni ninguna otra, ni en el claustro, ni en el cine, ni a la orilla del río, en el malecón. Nunca el interventor oyó la voz de la muchacha. Y nunca superó el temor de oírla y de reconocerla: por guarro, por mirón, por desgraciado, por cobarde.

Siéntate y escucha, interventor, dijo el trapero, porque vas a conocer la historia verdadera. Y repitió su aventura militar y sus pasiones con la fruta hasta la última altura en que dejó la intriga y el relato tiempo atrás, en la cocina señorial del comandante. Realmente lo que el trapero hubiera querido entonces, dijo, era acostarse con la mujer del oficial, pero su cuerpo y su ropa estaban tan por encima de las posibilidades y de los sueños del pobre cabo mondador que ni siquiera tuvo conciencia del deseo hasta mucho después, cuando ya sabía con seguridad que no volvería a verla. Han pasado más de treinta años desde aquel viernes, y no hay día que no la recuerde y que no lamente mi torpeza, dijo el trapero con un abatimiento opaco. La imagino como una diosa, cada día más inaccesible y lejana, cada día más hermosa y sobrenatural. Puedo decir de verdad que mi vida ha sido un largo lamento, como cuenta el poeta, un viento amargo. Mi vida acabó el día en que me comí una naranja de manera exquisita delante de la mujer del oficial, que fue como mi examen de estado o mi reválida, reválida que, naturalmente, no aprobé. Sin yo saberlo, cuando salí de aquella casa, no sólo se cerraba la puerta de la casa, se cerraba también el porvenir. Bien puedo decir, interventor, que el día en que salí de aquella cocina acabó mi vida, pero mejor aún puedo decir que nunca salí de aquella cocina, que me quedé allí prisionero, cautivo para siempre. He estado luego en mi pueblo y en otros pueblos, he estado en esta ciudad y en otras ciudades (aunque tampoco muchas, pero otras, al fin y al cabo), he estado cuatro o cinco veces en la capital, e incluso me pasé una vez varias horas apostado frente a la casa del comandante, al acecho de la mujer, y he estado siempre aquí, entre las ruinas del convento, en este antro de trapos y chatarra, pero de alguna forma he pasado todos estos años en la casa del oficial, permanentemente encerrado en aquella cocina. Tengo en la memoria los muebles, los armarios, el fregadero, la mesa, las dos sillas, un taburete blanco, pero no en la memoria de cualquier manera, almacenados, no, sino como si la cocina fuera la memoria de la casa y yo estuviera atrapado en esa prisión de la memoria, como si yo fuera objeto de la memoria de aquel tiempo y de aquella casa. Llevo más de treinta años encerrado en aquella cocina, como en una celda, como en un penal. Eso es cadena perpetua. Ningún criminal que esté cumpliendo condena en una cárcel conoce su celda mejor que conozco yo la cocina de la mujer del oficial. Por eso entiendo a los cristianos, porque yo también tengo mi calvario. Cada vez que mondo una naranja es para mí una celebración litúrgica, es la resurrección de aquella segunda y última naranja frente a la mujer del oficial. Tengo ante mí sus cabellos, una melena rizada y turbulenta, de cuadro antiguo, tengo ante mí sus ojos, su brillo oscuro, tengo ante mí la energía que se desprende de su cuerpo, el olor de la satisfacción y la felicidad. Y me pasa como en esos sueños en que uno empieza siempre por el mismo punto y avanza hasta llegar a otro punto que no es el final del trayecto pero que sí es el final del sueño, porque el sueño se interrumpe siempre antes de cumplirse, y vuelve a

empezar, y se repite siempre, y siempre se interrumpe, como una condena, como una maldición. Desde hace un tiempo, las noches en que hay luna llena, viene una muchacha que anda a saltos por los caminos, la traigo aquí, al atardecer, o de noche, para que no haya luz, me pongo indumentaria militar, y repito la escena como la segunda vez, como una naranja mientras oigo la respiración de la muchacha, mientras adivino su silueta en sombra frente a mí. Le prohíbo que hable, porque su voz rompería la representación. No podría imitar el sonido original. Yo tampoco hablo, porque me avergüenzo de mi voz, como entonces. Así imagino que estoy en la cocina del oficial y que su mujer se admira viéndome comer una naranja y que eso despierta en ella una gran ternura, que se compadece del pobre y rudo soldado y se acerca, le pone las manos sobre los hombros, le acaricia el pelo, sin hablar, como quien acaricia a un animalito, a un perro o a un gato, con lástima, casi con tristeza, como quien se dispone a un sacrificio, y así seguimos hasta el final, y luego yo salgo ofuscado, huyendo de la cocina, como un cobarde, y dejo allí a la mujer hermosa, que ha llevado a cabo una buena acción, que se ha limitado a hacer un acto de caridad, ¡hasta tal punto me desprecio! Luego paso la noche a disgusto, molesto conmigo mismo, siento que he traicionado la memoria inmaculada de la mujer, y me veo a mí mismo como un canalla, un hombre gordo, calvo, sucio, viejo y con voz de flauta. Te preguntarás, interventor, por qué te cuento todo esto. Es sencillo. Anoche nos sorprendiste en medio de la representación. Y eso modifica para siempre la secuencia. Porque tú sólo puedes ser el oficial, que sorprende a la mujer infiel. Me has estropeado el juego, interventor, porque ahora ya no podré traer a la muchacha sin más, necesitaré siempre a alguien que interrumpa la escena, porque he de decirte que, si por una parte me molestó que vinieras a perturbar la profanación del sacramento, por otra me agradó, porque me sirvió de estímulo, como si tu llegada intempestiva añadiera un componente más a la memoria, como si surgiera así el fantasma del miedo, un miedo que no tuve entonces, porque no hubo nada, pero un miedo necesario, un miedo que avanza, que permite llevar la historia un punto más allá. Ahora ya no podré quedarme sólo con la naranja y la muchacha, ahora ya necesito la interrupción, el regreso intempestivo del comandante. De modo que ya sabes, tendrás que presentarte aquí cada noche de luna llena, a la hora puntual del melodrama o de la tragicomedia. En realidad, pensándolo bien, me gusta la idea. Es una venganza que se corresponde con mi cobardía. Lo que no consigo imaginar es la reacción del oficial. ¿Qué puede hacer? ¿Matarnos a los dos? ¿Matarme sólo a mí y pegar una paliza a su mujer? ¿Marcarle la cara y aniquilar su belleza? Ya lo pensaremos, interventor. En el fondo da igual. A la larga, uno termina siempre estropeando sus sueños. Palabra de honor, mi comandante.

El interventor siguió los avances de la luna con atención, porque, según lo acordado, el trapero nunca iba a avisarlo. El ladrón no puede pregonar de antemano su programa, le dijo, ni el adúltero debe comunicar a nadie el día ni la hora. Y menos al marido, recalcó con una risa enfática. De modo, interventor, que estate al tanto. Además, tampoco llamo a la muchacha. Ella viene sola. Y al interventor no le pareció mal el acuerdo, porque era una forma benigna de ocupación, la necesidad de imponerse plazos para una tarea que, aunque mezquina y acaso infame, tenía su intriga, y, también, porque le apartaba un punto de la obsesión ferroviaria que tan crudamente lo invadía. De modo que se dedicó a seguir con mentalidad más astronómica que poética el curso de la luna, su regresión menguante, primero, durante los días del descenso, y su prosperidad creciente, después, en los días sucesivos de ascensión, a la espera final del plenilunio. Entonces, el día señalado por la conjunción astral, a la hora de la noche en que se suponía que el trapero se ejercitaba en la conmemoración ritual del sacrilegio intelectual o el adulterio onírico, el interventor se acercó a la celda del pecado y la mentira. Iba rumiando pensamientos turbios: que la realización de los sueños, su materialización espuria, es sólo un síntoma de la limitación humana; que, si los sueños conseguidos defraudan y decepcionan, los sueños falsos y engañosos dejan en el alma una amargura y una melancolía sobrecogedoras; que, a partir de tan desdichado descubrimiento, el hombre no se entrega realmente a los sueños, sino a la amargura de su imposibilidad; que, en el caso del trapero (y tal vez en todos los casos: la naturaleza humana admite escasas excepciones), se trataba de una subordinación al sufrimiento y al dolor, la patología de una insuficiencia; que, en definitiva, todos los hombres habitan en las estribaciones de las realidades subterráneas. En cualquier caso, y al margen de tales derivaciones, el interventor se presentó a la hora adecuada en la celda del trapero, pero lo hizo con tanta cautela, tan sigilosamente, que el antiguo soldado no llegó a oírle y, en la cima de su desvarío, siguió entregado a la pasión mortecina de una ilusión sexual desvencijada. El interventor apenas adivinó los movimientos y los jadeos en la penumbra y la mirada perdida de la muchacha. Se limitó a estar. El trapero, una vez cumplido el simulacro, se vistió despaciosamente y se dispuso a abandonar la celda, aparentemente enfadado, tal vez por la incomparecencia del interventor (si es que recordaba los términos del pacto), tal vez por la paradójica naturaleza del animal erótico, tal vez, en fin, por la conciencia de la propia y creciente degradación, de modo que al ver de pronto, allí, plantado ante él, de pie, como una estatua, al interventor, se detuvo verdaderamente asustado. La sorpresa no lo dejó reaccionar, lo aturulló. Coño, interventor, dijo, qué susto. Y entonces se dio cuenta de que acababa de arruinar el drama para siempre, de que nunca más se repetiría la ceremonia de la traición, de que triunfaban definitivamente la soledad y el silencio de cada plenilunio. A la orden, mi comandante, dijo atropelladamente, sin

convicción alguna. Y atropelladamente salió de la celda, avergonzado de sí mismo, huyó como un perro apedreado, se perdió por la lóbrega luz lunar del claustro. El interventor se quedó un rato aturdido, mirando hacia ninguna parte, descifrando los preparativos malversados de la ceremonia, el uniforme, la mesita, los platos, los cubiertos, las mondas de naranja. Después salió al claustro y se sentó en el umbral de una celda. Salió más tarde la muchacha, lo miró brumosamente desde la magnitud melancólica, oscura e inexpresiva de sus ojos y se sentó a su lado, en silencio. Estoy ausente, rezaba el cartel a la derecha. La noche caía sobre la latitud insomne del infortunio.

Nadie sabe de dónde vino, dijo el vendedor de barquillos, pero seguramente le pasó lo que a tantos otros, que bajan desde los pueblos de la sierra un día de mercado y, por una u otra razón, se quedan para siempre atrapados entre las murallas, prisioneros y supervivientes. Cuando la vi por vez primera tendría catorce o quince años. Al principio sospeché que habría huido de su casa, que prefería la ruina y la miseria de los desheredados a la seguridad y la tiranía de la familia. Luego supe que mis sospechas eran ciertas. Se pasaba la mañana caminando distraídamente bajo los soportales, apoyada en alguna columna o sentada en un banco, como una cenicienta abandonada. Algunas veces, cuando tenía dinero, que no era muy a menudo, por lo menos al principio, tomaba café en este mismo bar. A veces, también, la dejé probar en la ruleta. Yo siento un gran aprecio por los forasteros que se quedan, los reconozco apenas los veo asomar por una de esas calles, en la cara llevan escrito su destino desterrado y sedentario. Por eso procuro hacerme amigo de ellos y entablar conversación, darles la bienvenida, conocer su odisea. Ella, sin embargo, ni respondía a las preguntas ni preguntaba cosa alguna. Resignada a la condición sumisa de un perro con su amo, obedecía a mis indicaciones, daba impulso a la ruleta, devoraba los barquillos y desaparecía. Por las tardes, en cambio, nunca venía a la plaza. Se metía en el cine desde las cuatro hasta las doce y aprovechaba la oscuridad para dormir. Después de las doce volvía a recorrer las calles, a deambular de un sitio a otro, a acurrucarse en algún portal a la espera del amanecer. Ése era el ciclo de sus días. Cada mañana aparecía más deteriorada, marcada por las huellas del sinvivir. Al cabo de un par de meses, los catorce o quince años de su semblante habían adquirido rasgos sombríos, la fisonomía de los naufragos en tierra firme. Ahí empezó verdaderamente su perdición. La combinación de una belleza curtida y extenuada, en desarraigo, y de un cuerpo virgen, dulce, angelical, hizo que los hombres la siguieran. Tal vez las primeras depravaciones ocurrieran en el cine, a manos de los soldados, pero pronto corrió la voz. Feriantes, viajantes, mercaderes y aldeanos supieron dónde encontrarla, cómo llevarla a una pensión, a una furgoneta, a los jardines, detrás de los setos, a los almacenes, a los concesionarios, a los portales de casas deshabitadas. Sus noches se arrimaban a los rezagados de la ruta, porque siempre había cofrades que se dejaban llevar por las urgencias del vino o por el sigilo de la hora. Aunque no tenía paradero oficial, los clientes, tanto fijos como esporádicos u ocasionales, siempre sabían dónde encontrarla, el recorrido de sus pasos por la ruta singular de tan triste profesión era un surco transparente, la huella de sus pies no desaparecía nunca del camino. Y las huellas de su trabajo marcaban cada vez más profundamente, con más graves cicatrices, la superficie de su cuerpo y también, sin duda, la superficie de su alma. Así adquirió, con rapidez, los atributos de su figura inconfundible: el semblante pálido, los cabellos rubios deshilachados, de oro diluido, cierta languidez en la mirada, los ojos arenosos, y un punto de abatimiento o de sombría delicadeza en el

conjunto. Con el tiempo dejó de aparecer por la plaza. Alguien, probablemente el concejal de la beneficencia, decidió que su presencia afeaba el paisaje de la ciudad, contaminaba el patrimonio histórico. O tal vez lo decidieron todos y el concejal fue sólo portavoz del consistorio. Lo cierto es que le prohibieron exponer su mercancía en sitio público: ni sentada en los bancos, ni apoyada en las columnas de los soportales, ni de pie junto a los troncos de los árboles. Cuando eso ocurrió, bien se podía afirmar que ya había acabado el ciclo más rentable de su cuerpo y que empezaba la decadencia. Por eso fue cayendo cada vez más lejos, adentrándose en los barrios de la periferia, ofreciéndose a los camioneros en la carretera, buscando y admitiendo todo trato y todo contrato sexual. No debe tener más allá de dieciocho o diecinueve años, o sea, que no lleva mucho más de cinco años por aquí, pero ha envejecido de una manera atroz. Ha sufrido alguna que otra enfermedad, no sólo gripes, o bronquitis, o neumonías, que, sumadas a la acción de la intemperie, son de suyo malignas y terribles, sino también las secuelas tenebrosas del oficio, que han acumulado sobre ella todas las vejaciones del tiempo. El diagnóstico es fácil. Nadie le ha dicho nunca al oído una palabra humana, nadie le ha acariciado nunca las mejillas sin lascivia, nadie se ha estremecido nunca al tacto áspero del cabello mientras ordenaba suavemente sus hilachas. De la muchacha que apareció en la plaza hace unos años un día de mercado sólo queda ahora la mirada sombría y luminosa, la expresión inocente de sus ojos. El resto es irrecuperable. Morirá joven, dijo el vendedor de barquillos.

No se sintió el interventor en ningún momento observado, seguido, perseguido, cierta noche, cuando desandaba los caminos de la madrugada, después de haber recorrido las tabernas de la ruta en compañía de Cristo. Llegó al viejo convento, penetró en la oscuridad silenciosa del claustro, pero los ojos habituados a la sombra no necesitan ver, porque los demás sentidos transmiten al cerebro ondas y vibraciones, percepciones sigilosas, y la memoria oscura y secreta conduce al individuo con precisión por los recovecos, le guía minuciosamente por entre los obstáculos que cierran y dificultan el paso. Así llegó el interventor, a ciegas, a la celdilla que ocupaba en las ruinas claustrales del viejo convento hervaciano. Allí había apilado la colchoneta que le prestó el trapero, papeles de periódicos viejos, incluso un atadizo de revistas ilustradas que le servían, a modo de taburete, para sentarse y, a la vista de las fotografías, para entretenerse. En realidad, el trapero había cubierto las necesidades de su indigencia y le había surtido con los cachivaches de su repertorio mercantil, si bien, ciertamente, de forma provisional, pues sólo obtendría todo aquello en propiedad cuando aprendiera a mondar fruta con pulcritud aristócrata. El interventor llegaba más tarde que en otras ocasiones y, si los efectos del vino de la ruta no le impidieron encontrar con rapidez y a tientas su cubículo, sí le llevaron a caer rendido sobre la colchoneta y a quedarse inmediata, profundamente dormido. Aquella noche no oyó ruidos ni lamentos, ni los alaridos de las viejas prostitutas, ni la algazara de los rufianes negros, ni las amenazas de los hampones, ni el desorden rutinario e intempestivo de los trapenses, sino que cayó redondo y absoluto en la inconsciencia, en los contornos de la nada. Soñó confusamente que iba en un tren oscuro y silencioso, hundido en el asiento de madera del último vagón, abrumado por tanta pesadumbre, y soñó que una muchacha de ojos melancólicos le miraba con nebulosa indiferencia desde la bruma del andén. En el fondo de la madrugada, en la hora del sueño más opaco, cuando ya se han acostado todos los trasnochadores y no han empezado a levantarse los madrugadores, hubo movimiento sigiloso en el claustro y los espíritus y los fantasmas del viejo convento de las bondades y las piedades antiguas, que había dado paso a la maldad de los miserables, a las infamias de la escoria, a los vicios nefandos y a la crueldad de las alimañas, porque la miseria es a menudo escenario de la atrocidad, vieron cómo se movían sombras en las sombras, una o varias sombras en la cautela de las sombras, como en una emboscada, avanzando contra la celda del interventor, o tal vez contra las celdas de la trapería. Una vez dentro (las celdas de los mendigos no tenían puertas, como no las tuvieron las de los monjes, porque de la misma manera que no cabían secretos en el espíritu y la vida material del cuerpo, que era una ignominia, pues sólo el recogimiento y la penitencia mitigaban las negligencias de este mundo para los antiguos hervacianos, así también para los mendigos no había puertas ni candados ni intimidad ni condición humana, que al fin y al cabo un mendigo es un ser devuelto a su condición animal, sin

conciencia) alumbraron con una linterna diminuta los rincones del antro, vieron o no vieron al interventor dormido, revuelto en su sueño intranquilo, atrapado en las pesadillas de su degradación. Antes habían hecho saltar la cerradura del traperero, burlaron el candado con ganzúa, y acumularon a la entrada de la celda del interventor montones de periódicos y ropas viejas, el ajuar de la muerte, y lo rociaron con gasolina, cercaron con murallas y materiales combustibles el entorno del sueño. Luego, desde la salida, aplicaron la llama de un mechero a una antorcha de papel y la arrojaron al centro de la estancia. La celda explotó en llamas y los incendiarios se dieron a la fuga de la noche. Al interventor le despertó antes la llamarada, la luz expansiva del fuego, que el fragor de las quemaduras. Se incorporó despavorido y atónito y advirtió en la magnitud del peligro la inminencia de la muerte. La salida resultaba imposible o temeraria, porque en la puerta se habían acumulado las mayores cantidades de ropa y queroseno. El humo trazaba un cerco tóxico de asfixia en torno al interventor, un torbellino sin oxígeno. Alargó instintivamente la mano hacia la botella, porque las asociaciones del fuego y el agua son inseparables, pero no acertó a encontrarla. Por fin iba a morir, pensó. E incluso le agradó la idea de ser purificado por el fuego, de que las llamas fueran el límite entre la vida y la muerte, de que las adversidades tuvieran fin y lo redujeran a ceniza, una reduplicación del destino humano, la ceniza y la ceniza. Sin embargo, en un arrebato de inspiración y de supervivencia, levantó con las dos manos la colchoneta en que dormía, la esgrimió como un escudo y se lanzó hacia el claustro a través de la puerta del mismo modo intrépido que la gente se lanza al mar con flotador. Atravesó la puerta más o menos limpiamente, aunque atrajo como un imán lenguas de fuego, y cayó a plomo sobre la colchoneta fuera de la celda. Algunas llamas se detuvieron un instante en sus ropas y luego se apagaron y el interventor quedó tendido boca abajo, aturdido e inconsciente sobre la colchoneta que atenuó la severidad del vuelo y la aspereza del aterrizaje. Entretanto las llamas se demoraban como la zarza ardiente en la celda, quemándose la ropa y los periódicos, saliendo el humo atosigado y algunas llamas por la puerta, ennegreciendo los bordes externos, las viejas piedras, las columnas irredentas, en una prolongación baldía del infierno más allá de los primeros presagios de la aurora y del despertar de la ciudad, por la que se extendió un intenso olor a humo y podredumbre, porque el cielo quiso decididamente ensombrecerse y manifestar una condolencia cósmica y cuaresmal: temblores y oscuridad sacudiendo la tierra.

Algunos inquilinos de otras celdas, trapenses numerarios, lo rodearon y dudaron a la hora de emitir certificado médico. La ha diñado, dijo un yonqui al verlo inmóvil y muchos enseguida se escabulleron, bienaventurados, para no sufrir persecución por justicia. De nada sirvió que otro menesterozo, más experto en los indicios forenses de la vida y la muerte, negara la defunción del pobre viejo. Está vivo, dijo. Y respira, insistió. Pero terminó también huyendo, para evitar ser sorprendido a solas en tal trance, de modo que fue el trapero de brillante calva, mondador de fruta, quien encontró al interventor, tal vez avisado por la columna de humo que se elevaba en el amanecer como una alegoría nuclear. Acudieron de nuevo los guardias municipales, los agentes del orden e incluso un joven subinspector de policía. En el mismo coche de patrulla (una furgoneta destartalada, de gama agraria, hecha para caminos vecinales y travesías de tierra) lo llevaron por segunda vez al hospital, donde recibió el mismo cuidado médico intensivo y el mismo agrio menosprecio administrativo. Es decir, que, después de veinticuatro horas en observación, o quizás cuarenta y ocho, tras superar una revisión matinal rutinaria, lo pusieron en la calle mirando al sur. Cuídese, interventor, le dijo una enfermera alegre y bondadosa al despedirse, porque no hay dos sin tres. De nuevo, pues, se encontró el interventor a la orilla de la carretera, caminando con dificultad, herido a cada paso por un desperezo muscular. Y, al mismo tiempo, la hora en ciernes le proporcionaba cierto entusiasmo, una forma de energía corporal y de optimismo incomprensibles para quien sabía sobradamente que nunca nada tiene solución. Pues no se conformaban, pensó otra vez, como si continuara el curso de una reflexión interrumpida. Y una revelación se fue abriendo paso en su entendimiento. Soy inmortal, pensó. Preferir morir y seguir vivo, se dijo, es una forma de inmortalidad. Con ademán cansino se fue acercando a la ciudad y, como tiempo atrás, dudó entre ir a un sitio o a otro o a ninguno, cautivo de la libertad, hasta que al final decidió encaminarse hacia el convento en busca del trapero. Cuando llegó, sin embargo, encontró tapiado el portalón de entrada, ciega la rampa que descendía hasta el pozo. Dio vueltas en torno a los muros y en algunos sitios pudo ver huellas de humo, la sombra azul o negra que queda tras el fuego. También habían cerrado el cine: unos tablones cruzados y clavados sellaban la puerta. Incluso habían lacrado el ventanuco ciego que sirvió de taquilla. Por fortuna, el vendedor de barquillos estaba siempre en la plaza en su columna. Sin preguntar siquiera, el interventor (que hizo girar con poco tino la ruleta: delicadezas de vainilla para un estómago avariento) llegó a saber que se habían hundido artesonados, se habían resquebrajado las galerías y se había consumido, en fin, durante horas la mercancía combustible del trapero, que era a la postre el último impedimento administrativo para mantener vigente aquel edificio monumental en ruinas. De ahí que hubieran aprovechado con rapidez el incidente, según unos, el accidente, según otros, o el occidente, según la voz esotérica de Cristo, para declarar la ruina oficial del edificio y

condenarlo definitivamente a la demolición. En algún lugar del interior, ya inaccesible, pensó, quedaría para siempre, tal vez rota, la botella verde de cristal. De hecho, iba con la intención de rebuscar entre los despojos, entre la acumulación de suciedad y podredumbre, la botella, fatal e indestructible, pero la clausura del claustro interrumpía su voluntad. Pese a todo, de la misma manera que había ocultado el robo de la carta azul y con los mismos argumentos, también ahora ocultaría la pérdida de la botella (¿se la habrían tal vez arrebatado antes del fuego?, alcanzó a pensar), pues así, ya se tratara de gamberros y ladrones ya fuera el dedo del destino, si el objeto de la usurpación era la burla, el secreto de la ofensa anularía toda voluntad de chanza que no fuera al mismo tiempo una delación y unos y otros, pues, quedaban condenados al silencio. Por lo demás, desheredados, los antiguos moradores del laberinto se habían desperdigado por los arrabales, por las chabolas, por los secaderos, por los puentes, definitivamente arrojados a las luces y a las tinieblas exteriores, y apenas quedaba en el aire el signo de una larga querencia, el vuelo enloquecido de los pájaros sobrevolando las ruinas, la terquedad desorientada de nuevas y nerviosas acrobacias sobre el esquema vertical, ya inútil, del viejo monasterio.

Expulsado del convento, como del paraíso, a sangre y fuego por el ángel exterminador, el interventor decidió regresar a los orígenes. Se sentó bajo el reloj angular, frente al andén, sin esperanza o tal vez esperando que apareciera el muchacho de la cantina, que, en efecto, apareció. Tras una ejecución perfecta de su acrobacia ciclista, pues, desafiando riesgos y escayolas, no había cesado en las exhibiciones del peligro, el muchacho se sentó a su lado en silencio y ante los dos se extendió la amplitud vacía y luminosa de la mañana. Al cabo de un rato, sin embargo, viendo la indignancia desvalida del interventor, el muchacho lo miró fijamente. Ya no le veo leyendo, interventor, dijo el muchacho. El interventor se volvió hacia él con ojos de sorpresa. Te diré un secreto, muchacho, respondió el interventor: hace tiempo que me robaron los papeles. El muchacho esbozó un gesto de sorpresa. También he perdido la botella, añadió. El muchacho elevó el gesto al cuadrado. El interventor se pasó el índice y el pulgar por los labios. Que nadie lo sepa, dijo. Lo juro, respondió el muchacho, y rubricó el juramento con signos rituales. Luego, tras una pausa impasible, comenzó a desgranar un rosario resignado y melancólico. Yo vivo en una casa junto al río, dijo. Más arriba del puente, hace años, cuando yo era chico, había una zona en la que la gente se bañaba en verano, porque el río es ancho allí y poco profundo y tenía un fondo mullido de arena. Mi madre construyó una casa baja, un chiringuito para vender cerveza, sangría, vino, refrescos, y también para preparar algunas comidas, como pollo asado y tortilla y ensalada y carne y a veces paella los domingos. Allí aprendí yo mi oficio, el oficio de taberna, digo. Pero poco a poco el río se fue quedando sin bañistas. Primero fueron los areneros, que se pasaban el día cargando arena en sus balsas, que eran tablas grandes clavadas o pegadas sobre bidones de asfalto o de petróleo vacíos. Yo tengo todavía una de esas balsas, la más grande que había. Trabajaban a destajo y cada día sacaban montañas de arena, hasta que el río quedó totalmente arruinado, con fondo de rocas y de piedras. Después fue la presa, que empobreció el curso y la temperatura del agua. La gente empezó a irse más arriba de la presa y se llevaba sus propias neveras con cerveza y hacía barbacoas y dejó de acudir al chiringuito de mi madre. Entonces fue cuando mi madre me buscó trabajo en la estación. Y aquí estoy. Por la noche yo volvía al chiringuito del río y al chiringuito del río sigo volviendo casi siempre. Pero una noche, cuando volví, no encontré a mi madre. Desde entonces no la he vuelto a ver. Han pasado tres o cuatro años, no lo sé, porque para mí todos los días son iguales, y no tengo reloj ni uso almanaque, pero no la he vuelto a ver. Antes o después, aquí toda la gente desaparece. Algunos todavía me preguntan por ella, no sé si porque quieren burlarse o porque ni siquiera saben que desapareció. De mi padre nunca he sabido nada. Supongo que también desapareció, que se apresuró a desaparecer antes de tiempo. Mi madre nunca me habló de él. Nadie me habló nunca de él. Sólo una vez dijo algo mi madre que, no lo sé, quizás tuviera algo que ver. Ahí tienes esa bicicleta, me dijo, ahora ya es tuya.

Si ahora era mía es porque antes había sido de alguien, pensé yo, pero mi madre no dijo nada más. Yo creo que no hace falta tener un padre, no sirve para nada. Yo sigo viviendo en la casa del río. Allí no hay nada: dos cuartos y una cocina, hay mesas de madera clavadas al suelo y sillas que se han ido rompiendo. No se puede cocinar, porque no hay leña ni butano. Y no hay agua. Yo me lavo en el río. Tampoco hay cuarto de baño. Yo meo en el río, me gusta mear en el río, me subo a un tronco de un árbol que cortaron hace años, que servía de trampolín, y desde allí meo al agua. Y también me escondo entre los matorrales, que ya han crecido mucho y lo están inundando todo. Tampoco hay luz. Hay dos camas, la de mi madre y la mía, y tengo mantas. Sábanas no tengo. Antes había un embarcadero, de cuando la gente paseaba en barca por la superficie tranquila del agua. No es mucho lo que hay, pero un cuarto vacío siempre hay, el de mi madre. También hay platos y vasos y sartenes y cucharas y cuchillos. Yo voy siempre allí. Algunas veces no voy, me quedo en la cantina, pero muchas veces voy. Pero me gustaría dejar de ir. Si el río fuera grande, como el Misisipi, yo cogería la balsa que se dejaron los areneros, que la tengo amarrada en el embarcadero, y me iría río abajo hasta el mar, e iría cantando como los areneros, ahora soy arenero, porque tengo un harén, así hasta el océano, y cogería un barco para irme al nuevo mundo. Entonces sí que sería feliz. Pero este río es pequeño y está lleno de pesqueras y con la balsa no llegaría ni a un kilómetro. El interventor no aceptó el ofrecimiento del muchacho, porque el viejo embarcadero quedaba demasiado lejos del tren, pero agradeció tan buena voluntad, esa fraternidad inútil que se produce en el corazón del infortunio. Y así, sentados uno junto a otro, de nuevo en silencio, ambos contemplaron con indiferencia cómo seguía avanzando la abstracción vacía y luminosa de la mañana.

Enseguida advirtió el interventor que en la estación había habido movimiento, porque había nuevos vagones abandonados en vía muerta. Antes no estaban allí, pensó, luego seguramente habían sido traídos en su ausencia conventual u hospitalaria. ¿O sí estaban y, además de la materia antigua, los dioses le habían arrebatado la memoria del presente? ¿O se trataba de una conexión entre la realidad superficial y las realidades subterráneas? Desposeído y ultrajado como estaba, pensó en la posibilidad de dormir en alguno de ellos. De ese modo, si se los llevaban en plena noche, ya estaría él dentro. ¿Serían, acaso, el espejismo del tren temprano que nunca se detuvo? En concreto, había tres vagones nuevos. Los examinó sin entusiasmo y ninguno de los tres resultaba habitable, uno porque despedía un mal olor insoportable, como si hubiera transportado durante años pjaras y pjaras de cerdos al matadero y el aroma ibérico de la porquería se hubiera incrustado hasta la médula de su esqueleto de hierro y de madera, otro porque estaba lleno de material ferroviario y el tercero porque tenía demasiados resquicios y estaba más expuesto a la intemperie, pero, a pesar de todo, decidió acomodarse, como mal menor, en el tercero. Una vez más se encaminó a los vertederos, a las canteras de donde sacaron piedra en otro tiempo y que se habían ido rellenando después y taponando y apisonando con desperdicios e inmundicias, con los despojos del consumo, con las sobras de la civilización, y nuevamente recogió de aquel arsenal materias degradadas, los utensilios domésticos de la miseria, y todo ello era llevado cansinamente al tercer vagón, donde montó de nuevo el simulacro de un hogar indigente. Cuando durmió la primera noche sintió más frío que en la celda y más frío que en el coche y fue víctima de pavorosas pesadillas, pesadillas de fuego y pesadillas de trenes, una y otra vez soñaba que pasaba un tren por la estación, un tren temprano, que sólo lo despertaba el ruido cuando se disponía a partir, que corría entonces tras él desesperadamente y que nunca conseguía alcanzarlo. El hombre siempre desea ir a otra parte, estar en otro sitio, pensaba al despertar. Y soñaba que el fuego invadía el vagón, empezaban las llamas a envolverle los pies, un calor suave y apacible, policromado, como una caricia del infierno, pero luego una explosión de llamas inundaba el vacío (aunque a veces no estaba en el vagón, sino en una nave abandonada, un gigantesco almacén donde soplaba el viento con furor, urdiendo una melodía de invierno, afilada y silbante, que se confundía con el silbido de las locomotoras en las quebradas y en los desfiladeros), y luego el sofoco del fuego lo despertaba y se encontraba hundido en la noche y en la oscuridad, ajeno al tiempo de las naranjas y las codornices, bajo la amenaza invisible del silencio. A las pesadillas nocturnas siguieron pesadilla reales, porque pronto se supo que el vagón se había convertido en la nueva morada del interventor y grupos de adolescentes rebeldes o pendencieros o ebrios se aficionaron a venir a altas horas, sobre todo las vísperas de los domingos y las noches de fiesta, a molestarlo, a cantarle burlas, a profetizar amenazas. Ese tren no anda, interventor,

decían. Te has equivocado de tren, interventor, gritaban. Tienes que hacer transbordo, interventor, vociferaban. Llegaban a veces desde la parte trasera, grupos de seis o siete, y avanzaban, siniestros, con antorchas encendidas en la mano. Interventor, amenazaban, prepárate, que llega el fuego y el crujir de dientes. Y siluetas de sombra se cernían sobre el vagón. El interventor deseaba en el fondo que alguna vez no lo despertaran los ruidos ni las voces, que llegaran como verdugos sigilosos y lo prendieran de una vez y se consumiera su vida entre las llamas, reo de la hoguera como en tiempos de herejía, porque no le quedaba una pizca de apego a la vida. Prefiero morir, le dijo una mañana al joven de la cantina, por eso soy inmortal.

Un día de finales de diciembre desapareció el guardabarrera. Fue un día impreciso y transparente que nadie pudo determinar, porque la función laboral del guarda hacía mucho tiempo que había dejado de ser relevante. Pasaba el día entero en el paso a nivel, ciertamente, pero nada distinto ocurriría, bueno o malo, grave o leve, si decidiera no acudir, o dormirse, o, como hizo, desaparecer. De ahí que sólo llegara a conocerse su desaparición la mañana en que el interventor se lo dijo al muchacho de la cantina. Todavía no ha pasado el guarda, dijo. El muchacho se extrañó, porque no era lo normal, pero tampoco concedió mucha importancia a la anomalía. Desde que él estaba en la cantina no había amanecido un solo día en que el guarda no pasara por la mañana en una dirección y por la tarde en la otra, hiciera frío o calor, contra viento y marea, contra lluvia y tormenta, contra sol y granizo, sin función, sin objetivo, pero pasando, cumpliendo con una obligación que había asumido como razón perseverante de vida. Su caminar por la vía cada mañana y cada tarde se había convertido en un ingrediente del paisaje, un acontecimiento inseparable del crepúsculo de la ciudad, y fue esa dimensión figurativa la que hizo que el muchacho de la cantina y el interventor entretuvieran toda la mañana tejiendo conjeturas, aventurando suposiciones, argumentando en contra de sus propias conjeturas y suposiciones, hasta que por la tarde ambos decidieron acercarse al cruce. Iban a ir los dos, pero en el último momento el interventor cambió de opinión y prefirió que el muchacho se quedara en la cantina, porque no podía desatender su trabajo, le dijo, aunque muchos creen que por miedo a encontrarse con alguna escena desagradable (por ejemplo, el guarda colgado del techo, que era como habían encontrado al viejo proyccionista una semana después de precintar el cine). El interventor salió, pues, solo, caminando por las traviesas hasta la caseta del guarda, que estaba abierta y vacía. Volvió y se lo contó al muchacho. No está, dijo, y la caseta está abierta. E insistió en este punto porque el guarda siempre cerraba la caseta, el mismo interventor lo había comprobado siempre que pasaba el día en su compañía. Sí que es raro, dijo el muchacho pensativo. Coincidieron en comunicárselo por la noche al hombre del rincón, que era un poco oráculo (*parate viam interventoris*, vaticinó cuando se lo dijeron), para que lo hiciera saber en la ciudad a la autoridad competente. Y así debió de ser, porque enseguida se corrió la voz y creció la confusión. Pensando en las numerosas trampas de la muerte (un temblor instantáneo, una descarga fatal, una determinación irreversible), los agentes de la autoridad municipal fueron a buscar al guarda a su casa y la encontraron abierta y deshabitada. No parecía que hubiera dormido allí aquella noche ni quizás las últimas noches, pero tampoco echaron nada de menos en el registro: algo de ropa en una maleta vieja, dos gorras desteñidas, páginas sueltas de un libro sobre los horrores de los campos de concentración, medio queso, pan duro, fruta seca. Luego, con esa peculiaridad de la insistencia inútil que tanto se da en la policía judicial, preguntaron al muchacho de la cantina y al mismo

interventor si lo habían visto pasar la tarde anterior a la mañana en que se dieron cuenta de que no había pasado, pero ellos (y el muchacho ni siquiera eso) sólo estaban seguros de la mañana en que advirtieron su ausencia, no de la tarde anterior a la mañana de autos, porque, de haberse dado cuenta antes, dijeron, antes lo hubieran comunicado. Eran tantas y tantas las tardes y tantas y tantas las mañanas en que lo habían visto pasar en una y otra dirección (sobre todo el muchacho) que no podían recordar el paso de un día concreto, ni siquiera del día anterior al anterior, pues todos juntos formaban una imagen indeleble, como si la repetición, igual que las ruedas de los carros en los caminos, hubiera trazado un solo surco profundo en la memoria. Acudieron los agentes de la investigación a la caseta del paso a nivel y la encontraron como había dicho el interventor y como habían encontrado su casa: abierta y deshabitada. Se emprendieron entonces batidas de exploración que recorrieron los bosques y las montañas, los valles y las lagunas, los árboles y los pozos, primero con la esperanza de que apareciera en algún lugar, hambriento y amoratado o, en el peor de los casos, cadáver, ahogado en aguas lodosas, despeñado en un precipicio, fruto maduro o nenúfar. Pero, pese a la colaboración de la guardia civil, todas las búsquedas fueron en vano. Entonces empezaron a tejerse las fábulas de su desaparición. Se dijo que le habían visto unos pastores caminar por las vías del tren, que iba saltando de traviesa en traviesa, que pasó por la estación al amanecer, como todos los días de su vida desde hacía cincuenta años, quizás un poco más temprano, aventuraban, por eso no lo vio el interventor, que llegó al cruce y que no se detuvo, que siguió de traviesa en traviesa, saltando con torpeza flotante de viejo. Se dijo que, como ya nunca venían trenes, había oído en su sordera el silbido de la locomotora, reclamando su presencia en la frialdad de las noches de invierno, un ulular salvaje en un mundo antiguo y primitivo, y el guarda había seguido la llamada y había seguido caminando sobre los raíles, adelante, adelante, en pos de la llamada del oficio, incapaz de soportar por más tiempo aquella vida de espera inútil, aquella ocupación vacía, y que ya no volvería, porque lo había dejado todo atrás para ir al encuentro de su juventud y de su vida, incapaz de consumir la vejez frente a una vía oficialmente muerta. Se dijo que había desaparecido el día del solsticio de invierno, que era cuando los silbidos de todas las locomotoras de su vida lo llamaban desde todos los confines del país y lo hacían enloquecer. Todo, por lo demás, se dijo, inútilmente. Por mucho que buscaron y buscaron, nunca más se supo del guarda.

Con la desaparición del guarda la vida del interventor dio un nuevo giro, porque las fuerzas vivas nunca reconocen un fracaso. Cuando todavía estaba en boca de todos el misterio del caso, el interventor sintió, un atardecer, que unos ojos lo observaban. Estaba sentado en una silla plegable dentro del vagón en que se había refugiado y advirtió la presencia inquisidora de un hombre alto y oscuro, revestido con la autoridad de un uniforme indistintamente oscuro. ¿Es usted el interventor?, preguntó el interventor. No, respondió el hombre, el interventor es usted. Y soltó una risa maligna y superior. Tiene que bajar, ordenó. El interventor bajó con dificultad y entonces vio que había otro hombre fuera: reconoció los bigotes, los uniformes, los tricornos. El que había hablado subió al vagón con agilidad marcial. Está prohibido pernoctar en los vagones, dijo el que había permanecido abajo. Y el que había subido al vagón empezó a tirar cosas al suelo, la silla plegable, una plancha de espuma, una manta raquítica, dos vasos de plástico, el cacillo de aluminio. No quiero volver a verle aquí arriba, dijo antes de bajar. Valiente porquería, dijo el otro viendo el montón de pertenencias del interventor, un amasijo de suciedad y podredumbre en el último estertor del atardecer. Después cerraron el vagón, candaron la puerta y emprendieron la retirada. Esto está clausurado, dijo uno de ellos. Y precintado, añadió el otro esgrimiendo amenazas con el índice. El interventor los vio alejarse y permaneció mucho rato de pie, inmóvil. Si lo hubieran arrojado del vagón unos días antes, pensó, ahora estaría a punto de pasar el guarda, de regreso, y de hacerle un saludo con la gorra o con la mano. En esta ocasión no se repetiría la escena. Lo cierto, sin embargo, era que nuevamente el interventor se quedaba solo y abandonado sobre el territorio del ferrocarril, aislado en el único punto cardinal de la ciudad. No había habido esta vez un expolio total, en el suelo yacían sus pertenencias, la colchoneta, la silla, el cacillo, y en el aire flotaba el vivo olor porcino del vagón de al lado, así que ya no supo qué hacer ni hacia dónde dirigirse. Y, como tantas veces, se sentó bajo el reloj gran angular, sin más función que, tregua tras tregua, dar más tiempo al tiempo, ensanchar la eternidad. La noche sucedió a la noche y el interventor no halló reposo ni sosiego a los empujes de su desventura. Soportó las horas de las tinieblas sentado en el banco del andén, bajo el reloj angular, cuyas agujas, pensó, se movían ajenas e indiferentes, sin que sus puntas de flechas, sus inaplazables formulaciones de ángulos agudos, rectos y obtusos, atañeran en algo al curso de su existencia o al discurso de sus pensamientos. Sólo se mide el tiempo para quien establece compartimentos sucesivos de la acción, para quien necesita clasificar su vida en años, meses, semanas, días, horas, minutos, pero ni el cómputo matemático del mero suceder ni la precisión científica de los ciclos sirven para el hombre solo, para el hombre ocioso, para el mendigo del fin. La medición del tiempo es un método de estructuración social, pero al forajido y al exiliado, al que queda fuera de las murallas, al apestado que tiene que ir haciendo sonar la campanilla por los caminos del campo, no le sirve de nada, sólo

le queda la sucesión indefinida de instantes, los instintos primarios, el hambre, el frío, el sueño y el dolor, sobre todo el dolor. Así pensó el interventor durante toda la noche, sintiendo, por lo demás, que el día ya no era equivalente a la vida y que la noche ya no era equivalente al sueño ni sinónimo del refugio familiar doméstico, sino una manifestación más, la más terrible, del hombre solo y perdido. Fue así, entre efluvios de compasión y lucidez, como llegaron los primeros quiebro del alba y el interventor superpuso el pasado y el presente, la realidad y la imaginación, y entonces, como si todo fuera real y cierto, vio venir a lo lejos por la vía, con su mono y su gorra y su atadizo, al guarda desaparecido. Entonces se levantó, amontonó las pertenencias esparcidas en torno al vagón y les prendió fuego con el encendedor desechable que también arrojó al montón. Durante mucho rato las llamas consumieron la zarza y ardió la espuma y ardió el plástico de la silla y ardieron los instrumentos de aseo y de cocina. Y por entre las llamas de su propio fuego vio cómo el guarda seguía viniendo y no acababa de llegar, como si los pasos del ferroviario fueran en dirección contraria al movimiento de rotación de la tierra, o como si los raíles fueran unas escaleras mecánicas por las que el guarda caminaba a contracorriente, en vano. Fue en ese instante cuando dijeron las voces del rumor que el pobre interventor no había podido soportar la situación y se había vuelto loco. *Rectas facite semitas eius*, dijo más tarde el hombre del rincón, nadie supo si como advertencia, profecía o precepto ferroviario. Porque el interventor esperó a que finalmente llegara el guarda y lo saludó al llegar y respondió a su saludo y lo siguió luego saltando al mismo ritmo, de traviesa en traviesa, como una pareja de cómicos del cine mudo por rectas sendas de raíles. El interventor duplicaba espontáneamente los movimientos del guarda, sus andares, el braceo y el modo de mirar sordo y fruncido al horizonte, oteando los avisos sonoros del silencio, oyendo ruidos mudos. Dos pastores dijeron haber visto ir al interventor por la vía a ritmo de baile lento, con cadencia de pasodoble desafinado. Así llegó al paso a nivel y se acomodó en la caseta del guarda y tomó posesión de su morada. Luego cortó la carretera con las cadenas a cada lado del paso, como si efectivamente estuviera a punto de llegar un tren, y asistió en solitario a los procedimientos sutiles e invisibles de la mañana.

Durante un tiempo que nadie sabe precisar, porque el estancamiento de la acción detiene el calendario, el interventor vivió en la caseta del guarda, junto al paso a nivel. Su vida se convirtió en una rutina pasiva y mendicante. Desde el momento en que se dio por sentado que había caído en la degradación de la insolvencia, es decir, cuando los habitantes de la ciudad perdieron el interés por su historia y lo redujeron a los instintos animales del hombre, de un hombre además serio y silencioso, su vida fue relativamente tranquila y parcialmente anónima. Bajaba algunas mañanas a la ciudad, a veces por la carretera, que cada vez era un camino más deteriorado, con baches y hondonadas, con socavones, un camino sin uso, a veces por la vía, saltando de traviesa en traviesa, a la antigua usanza del guarda, o haciendo equilibrios de trapeceista, con los brazos en vuelo, sobre los raíles, y en la ciudad obtenía alimento suficiente para sobrevivir, apenas sin esfuerzo, con su sola presencia sumisa y educada, porque, al limitar su petición al alimento (pan, leche, bocadillos, patatas, arroz, tomates, judías verdes, fruta: la sustancia nutritiva elemental), especialmente en un momento en que la mendicidad estaba transformando sus métodos y adaptándose a las novedosas reglas del mercado, es decir, cuando los mendigos habían decidido desestimar la limosna en especie y requerían migajas de capital monetario, tipos de interés o porcentaje líquido de la renta per cápita, un tanto por ciento contante sobre el grado de inversión de caridad a plazos en el paraíso, el interventor, un mendigo antiguo, de especies y no de capital, de alimentos y no de ahorros, de despensa y no de cuenta corriente, era la encarnación residual del mendigo tradicional, del mendigo ontológico, y por eso obtenía sin agobio, casi sin pedirlo, el despojo de la dieta alimenticia de la ciudad. Así que a mediodía volvía a la caseta con bolsas más o menos llenas de provisiones que ordenaba y catalogaba según periodos de caducidad, de entrega o de cualidad perecedera. Vivía así una venturosa edad de oro de la miseria. A veces, cuando reunía abundantes provisiones, se pasaba varios días sin bajar a la ciudad. Subsistía a solas en el paso, encendía un fuego junto a la pared sur de la caseta, rodeaba la hoguera con unas piedras que servían de apoyo a los aperos de cocina, una sartén, un puchero, una cazuela de estaño, hervía patatas, hierbas silvestres, un sustento pobre y primitivo, de aprendizaje rupestre, se entretenía en el pensamiento mudo y en la contemplación de la naturaleza, se aplicaba (porque era hombre de palabra) en la tarea exquisita de mondar la fruta con pulcritud aristocrática. O bajaba a la ciudad por la tarde, a pasear entre la gente, recorriendo las orillas del río, saludando a unos y otros, perdiéndose por las calles estrechas, reconociendo caras, rostros, fundiéndose con aquella masa urbana en la que, sobre todas las demás cosas, prevalecía la negación de los nombres propios, los síntomas administrativos y lingüísticos de la identidad, pues, si él era el interventor, y así lo llamaban una y otra vez, con todas las entonaciones practicables, él, el interventor, no conocía en realidad a nadie, tenía que limitarse a afirmaciones o

negaciones, a expresiones ambiguas, pues un forastero afincado en la ciudad conoce todos sus vericuetos, muchas veces mejor que los ciudadanos de cuna que van de casa al trabajo o a la cafetería y al restaurante y no se avienen a los rostros infames de la periferia, en las ciudades secundarias toda la gente se conoce, en eslabón, pero hay siempre unos cuantos individuos, pocos, diez o doce, a los que conoce todo el mundo, el interventor era uno de ellos, pero forastero, y al forastero la ciudad sólo le ofrece su espacio abierto, nunca los interiores de las casas, los patios, los desvanes, las galerías o los pensiles, las paredes guardan secretos comunes, minucias de familia, obscenidades, los muros esconden las huellas de la historia y los jardines genealógicos, las ciudades son islas desiertas habitadas por náufragos sonámbulos. Sólo con una persona se detenía a hablar de modo habitual, con el vendedor de barquillos, perenne en su columna (el estilista, le llamaba Cristo, mucho hablas con el estilista, interventor, le decía, cuídate de sus admoniciones y de sus profecías, porque no cuenta con el beneplácito del padre), que siempre, desde la primera mañana, le invitaba a jugar a la ruleta y le seguía regalando en vainilla los exiguos beneficios de la fortuna. Y sólo a una persona la identificaba con un nombre propio, aunque no le correspondía en propiedad ni era su dueño verdadero, pues era Cristo, con el que a menudo hacía la ruta de los vinos recios, la ruta y la rutina, decía el propio Cristo, el recorrido de los aperitivos porcinos, la larga noche de las tabernas en penumbra. Cuando esto ocurría, a la vuelta, se detenía en la cantina y charlaba con el muchacho o hacía compañía silenciosa al hombre del rincón, el viejo tácito, un hombre en bruma frente al vaso de vino que se despedía a hora tardía con el enunciado de un enigma. Luego volvía a la caseta y se tumbaba en el camastro, donde dormía el sueño apresurado de la nada. A veces en la noche oía el rumor lejano de una locomotora y entonces salía fuera, se situaba junto a la vía y esperaba, pero jamás vio pasar un tren. Al cabo de tanto tiempo, ya estaba convencido de que con él había pasado el último tren por la ciudad, de que lo había dejado allí porque era un tren sin destino. Y a menudo imaginaba que aquel último tren había ido soltando un interventor apócrifo en cada estación, un hombre medio en cada territorio hostil.

Un mañana oyó a lo lejos una musiquilla peculiar y desde la infancia se levantó la dulzura monótona del sonido. Vio de lejos avanzar una bicicleta por la carretera desierta y enseguida reconoció la figura gemela del guarda. Era, naturalmente, el afilador, que se acercaba, que ya estaba llegando al paso. Tentaciones tuvo durante un momento, sobre todo cuando iba a llegar al sitio justo en el que la carretera era cortada o zanjada por los raíles, de gritar como los albañiles. ¿Quién es el sinvergüenza más hideputa del mundo?, pensó. Pero era una broma. El afilador se bajó de la bicicleta unos metros antes de llegar, la dejó apoyada contra uno de los postes y se acercó andando despacio. Durante un momento el interventor pensó que, de alguna forma insensata, lo culpaba de la desaparición de su hermano y, aunque no tuvo miedo, porque ya había sufrido bastantes penalidades, sí tuvo miedo, porque temió ser condenado injustamente, es decir, clasificado en la culpa, censado en la maldad. Sin embargo, el afilador resultó ser una persona amable y discreta. Cuando se saludaron, el interventor tuvo la sensación de que había hablado antes con él en numerosas ocasiones. La voz era idéntica a la de su hermano, como el porte y la figura. Se demoró mirando alrededor, extendiendo la vista panorámicamente por el horizonte, antes de entrar en la caseta y sentarse en el camastro. Vengo a despedirme, dijo luego, porque voy a reunirme con mi hermano. El interventor no lo entendió. O no supo si al emplear la palabra reunirse se refería a un uso real o figurado, esto es, si iba a desaparecer como su hermano, tal vez pensando que había llegado también su hora, o si, por el contrario, sabía dónde estaba el guarda e iba a encontrarse con él. Hace muchos años, dijo el afilador, estando yo en uno de estos pueblos de los alrededores, recorriendo las calles con la flauta de mi oficio, que en algunos sitios llaman armónica, y en otros chiflo, advertí de pronto que la melodía que llevaba tocando durante treinta y seis años (porque yo empecé en este oficio a los catorce, dijo, al acabar la escuela) había dejado de sonar o, mejor dicho, que, si sonaba, yo había dejado de oírla. Podía sentirla en mi cabeza, como si estuviera dentro, pero no podía oírla. Eso fue el día en que nos quedamos sordos. Como se había quedado nuestro padre. Como se había quedado nuestro abuelo, el padre de nuestro padre. Sin embargo, al dejar de oír la música, aunque la seguía tocando, porque seguía el movimiento de la flauta de manera mecánica y porque seguramente había una correspondencia exacta entre el sonido de mi cabeza y el sonido de verdad, me ocurrió algo extraño. Realmente la música dejé de tocarla con el tiempo, porque en los pueblos los muchachos se burlaban de mí y me tiraban piedras y me hacían gestos groseros, y yo no sabía si la burlas eran por la sordera o eran más bien porque habían empezado a separarse la música de dentro y la música de fuera y ya tocaba mal la melodía y había convertido la dulzura de la flauta en un ruido espantoso, estridente y ridículo. Porque en mis buenos tiempos yo tenía un gran éxito con la flauta. En todos los pueblos los muchachos me seguían, como al flautista del cuento, e incluso gané

en cierta ocasión un concurso musical de afiladores. Porque la música del afilador es siempre mágica y misteriosa, sutil e indescifrable, una melodía afilada, finísima, que se filtra por todas las rendijas, que llena el aire de resquicios para poder atravesarlos y se disuelve en la atmósfera de los pueblos de forma que nunca se sabe de dónde viene ni por dónde va, en eso consiste su hechizo, en que seduce y enloquece. El caso es, como digo, que empecé a desconfiar de la música y dejé de tocarla finalmente. Y entonces empecé a pregonar mi presencia a voces por los caminos y por los pueblos y por los caseríos de la sierra y por las calles de la ciudad. El remedio, como suele decirse, fue peor que la enfermedad, porque también entonces se burlaban de mí y me decían a voces que quién era el hideputa más sinvergüenza del mundo y otras cosas por el estilo, y me las siguen diciendo, porque la gente nunca se cansa de burlas ni de chanzas (y en ese instante el interventor se avergonzó de su primer pensamiento, cuando lo vio venir con la bicicleta por la carretera, cuando oyó el chirriar oxidado de la cadena en los piñones), pero yo siempre me hice el sordo (y el afilador sonrió levemente). En estos trances es mejor hacer caso omiso que darse por aludido, porque el que ofende tiene la necesidad de ver que la ofensa llega al ofendido, pero el ofendido puede preferir la ignorancia y el silencio. De esto sabe usted tanto como yo, interventor. El interventor le miró sorprendido. ¿Sabía acaso el afilador que le habían robado el sobre azul?, ¿que había perdido la botella en el incendio del convento? Lo que quería contarle, sin embargo, siguió el afilador, es que el día en que me quedé sordo, cuando salía del pueblo en el que tuvo lugar el percance, que es uno de los pueblos de aquella sierra de atrás (y señaló con la mano las crestas del norte), de pronto, al lado de una higuera, oí una voz en mi oído, una voz que parecía la mía y que no era la mía, como un zumbido de abejas alrededor del oído o en torno al oído, pero en el interior, y que me decía, ¡carajo!, ¡qué extraño!, ¡no oigo nada!, ¡se han callado los pájaros!, ¡ya me quedé sordo!, y al pronto pensé que era mi propia voz, yo mismo hablando conmigo, como si mis pensamientos tuvieran voz dentro de la cabeza, al igual que la música, como si la comunicación conmigo mismo se viera alterada por la sordera, pero el caso fue que seguí la conversación, acepté el desdoblamiento y entonces respondí y me dije, como si no estuviera hablando conmigo, ¡tampoco yo oigo nada!, ¡también yo me he quedado sordo! Y entonces, para mi asombro, la voz me respondió de nuevo. Estaba escrito, aunque no lo creyéramos, dijo la voz. Y fue en ese preciso momento cuando mi hermano y yo supimos que nos habíamos quedado sordos al mismo tiempo, lo que, en efecto, estaba escrito, o por lo menos anunciado, pero descubrimos también algo mucho más inquietante y era que podíamos hablarnos a distancia. De modo que nunca ya estaríamos realmente en silencio, que mantendríamos conversaciones ajenas y lejanas, que yo escucharía las conversaciones de mi hermano con cualquiera, aunque sólo escucharía las palabras de mi hermano y tendría que deducir las palabras de sus interlocutores del sentido de las suyas, como una conversación por teléfono en la que no se oye al que habla al otro lado de la línea. Realmente lo tomamos como un juego,

o casi como un juego. Al principio procurábamos ser precavidos, tomamos un sinfín de precauciones, porque no deja de ser un engorro saber que todo lo que digas, absolutamente todo, va a ser escuchado necesariamente por alguien, pero pronto nos dimos cuenta (y así lo comentábamos entre nosotros) de que nuestros pensamientos eran simétricos, de que teníamos las mismas respuestas para las mismas preguntas, las mismas preguntas ante las mismas situaciones, es decir, que realmente éramos hermanos gemelos en cuerpo y alma, de palabra y pensamiento. Desde ese momento no volvimos a vernos. No es que antes nos viéramos mucho, pero a partir de ese momento evitamos vernos. Estar solos ya era estar juntos. La gente aseguraba que nos habíamos enfadado, que nos habíamos jurado odio eterno, que no nos podíamos ni ver, que nos culpábamos uno a otro de nuestra sordera, en fin, maldades sin cuento. No era cierto. No volvimos a vernos porque vivíamos juntos y lo mismo, como si cada uno llevara su propia vida y la del otro al mismo tiempo. En ese sentido nuestros años de sordera común y compartida han sido especialmente felices y fecundos. Hace un tiempo, desde que empezó usted a venir al paso, mi hermano empezó a rumiar ideas de fuga. Creo que desde el mismo día de su llegada empezó a concebir disparates y a recrearse con proyectos de evasión. Ha venido por aquí el interventor, me decía, el hombre al que llaman el interventor (eso me ha dicho el muchacho de la cantina), y me hace compañía, pero me da la impresión de que se ha producido o de que debe producirse un intercambio. Él ha venido de fuera a la ciudad y, a cambio, alguien debe salir, alguien debe irse de la ciudad. Si no lo hace nadie, tendré que hacerlo yo. Y así cada día me iba proporcionando informaciones sobre usted, aparte, naturalmente, de lo que yo deducía de sus conversaciones. Un día, incluso, uno de los primeros días, me aventuré a pasar por aquí con la bicicleta, sin detenerme, sólo para echarle un vistazo al famoso interventor, tal vez no lo recuerde. Hasta que, como usted sabe, desapareció. Se fue caminando por la vía hasta que se perdió en los horizontes. Seguimos hablando y él me iba contando su peripecia, ahora estoy delante del río Jayón, ahora voy por la desembocadura del Murtes en el Jayón, ahora estoy atravesando Los Huranes, ahora voy por una gran llanura amarilla, nunca pensé que pudiera haber una llanura tan extensa y misteriosa, ahora hace frío, ahora llueve. Sin embargo, hace una semana, dejé de oír su voz. Le he venido dando vueltas al silencio y pueden barruntarse varias cosas. No creo que le haya pasado nada malo ni grave, porque eso tendría que haberlo percibido necesariamente, aun sin hablar. Si nacimos juntos y sentimos juntos y padecemos juntos, todo indica que moriremos juntos o que, al menos, sentiremos la muerte. Si yo estoy vivo, también él está vivo. Entonces lo que puede ocurrir, pienso, es que la distancia difumine tanto la voz y el pensamiento que no me llegue la onda. Pero supongo que él tampoco me oye y, si es así, entonces debería estar retrocediendo, acercándose al radio del paso, para volver a entrar en sintonía. Tal vez lo esté haciendo y no encuentre el camino. Tal vez se esté alejando en lugar de acercarse. Lo cierto es que tengo que buscarlo, tengo que seguir el camino que él ha seguido para escuchar su voz. Puede decirse que es su silencio el

que me reclama. Pero ya, aunque lo encuentre (que verlo no quiero verlo, basta con que nos oigamos, en realidad hemos tenido desde el principio miedo a vernos, por si los ojos nos privaban del oído interno), no creo que él regrese. Sólo quiero saber si nos despedimos para siempre o si nos vamos a mover en terrenos comunicantes. Hasta entonces no voy a necesitar mis trebejos de afilador. Por eso vengo a encomendárselos. Aquí le dejo la bicicleta, aquí le dejo la flauta, una flauta prodigiosa, de madera de boj, en préstamo, hasta que yo vuelva. Porque yo sí volveré. Volveré, dijo, si sobrevivo, si sobrevivimos. El interventor oyó toda la historia en silencio y se supo destinatario de unas vidas paralelas. Apenas hizo escuetas averiguaciones sobre cuestiones menores, matices de la sordera comunicativa, rarezas de la condición natural de los hermanos. ¿Y por qué no se lleva la bicicleta?, preguntó al final. Porque no me hace falta, contestó. Él irá siempre por los raíles, que es su camino natural. Nunca seguirá una carretera, ni siquiera un camino de tierra. Después, tras una pausa larga, un silencio que se aposentó en la luminosa transparencia de la mañana, el afilador se levantó, se despidió del interventor y se alejó por entre los raíles, saltando de traviesa en traviesa, como el guarda, alejándose poco a poco de la caseta, del paso a nivel y de la ciudad. El interventor supo que era una despedida definitiva y que, si el afilador emprendía la busca del guarda, no era por el reclamo del silencio, sino porque se acercaba para ambos, común e inexorable, la hora equinoccial.

Hacía años (tal vez desde la infancia remota, en los verdes prados del edén, o desde la primera adolescencia, en los ásperos senderos de los riesgos menores, cuando las pequeñas proezas son preámbulos del galanteo) que el interventor no montaba en bicicleta, de modo que al principio pensó que de poco le podía servir el regalo o artilugio en depósito del afilador. Así que durante algún tiempo, tres o cuatro días, tal vez una semana, la bicicleta permaneció apoyada en el poste del paso. Sí se entretuvo, en cambio, haciendo sonar la flauta, un ruido torpe y desvaído contra el rumor de la naturaleza. Una mañana, sin embargo, viendo cómo la bicicleta languidecía junto a la vía, se le ocurrió iniciar, no sin desconfianza, alguna práctica ciclista de tanteo. La cogió, pues, la situó en terreno favorable, se encaramó con dificultades al sillín y empezó a describir esas sinuosas, culebreando peligrosamente por la carretera en declive. Viendo la predestinación de las cunetas y la ansiedad posesiva de los matorrales, no pudo por menos que acordarse del percance primero, cuando el muchacho de la cantina se desplomó contra la puerta en su cabriola de acróbata ciclista. También él pensó que se estrellaría contra la caseta o que se despeñaría por alguno de los barrancos que circundaban el desnivel del paso. Sin embargo, después de varios intentos sin accidente alguno, empezó a creer que, yendo con calma, sin filigranas ni apresuramientos, sin euforias, sin acrobacias juveniles, podría dominar con parsimonia los caprichos de la máquina. Y así fue, en efecto. Primero, durante varios días, hasta adquirir una soltura aceptable, se impuso como circuito el camino que conducía de la caseta a la cantina y de la cantina a la caseta. Bajaba con torpe pedaleo hasta la estación, colocaba la bicicleta junto a la del muchacho, y entraba en la cantina. El muchacho aplaudía con entusiasmo aquel empeño valetudinario, le daba cada mañana instrucciones precisas de profesional, le corregía errores evidentes de manejo y, finalmente, como premio, le invitaba generosamente a un café con leche y magdalenas industriales de masa pedernal. Hasta que una mañana, habiendo adquirido ya un dominio solvente sobre la máquina, decidió bajar hasta la ciudad en bicicleta. No fue una buena mañana. Descendió triunfante y lento por la carretera pedregosa, escenificando el regreso del héroe, pero pronto le salió al paso la amargura. Apenas cruzó el puente, alguien, al verlo, reconoció la bicicleta del afilador y lanzó la voz de alarma. ¿Quién es el sinvergüenza más hideputa del mundo?, gritó. Y el eco se propagó, como la niebla, como el fuego, por todos los rincones de la ciudad. Si alguien se había empeñado en asegurar que el interventor tenía alguna culpa (culpas indirectas, insidiosos estímulos, tentaciones hipnóticas) en la desaparición del guarda ahora se confirmaron sus sospechas y enseguida cundió el rumor de que también tenía que ver, y de manera mucho más clara, quién sabía mediante qué métodos de encantamiento y anulación de voluntades, con la desaparición del afilador, como probaba que del primero hubiera aprovechado la caseta y hubiera heredado del segundo la herramienta de transporte y de trabajo.

Por nada del mundo abandonaría el afilador su bicicleta, clamaban indignados, pues formaba parte de su vida. Por ello, pues, fue peor, porque no hubo acusaciones directas, en el sentido de que no intervino la justicia ni la policía, ni los agentes de la ley y el orden, y, así las cosas, ante la falta de un fallo judicial en un sentido o en otro, cobró vigor un fallo popular, el predominio probatorio del rumor y de la culpa. No sólo hay personas que siguen siendo culpables más allá de la absolución, sino personas que siguen siendo culpables también, incluso, más allá de la misma inocencia, y, sin duda, el interventor estaba inscrito en esta abominable categoría. Y era cierto que lo veían ir con la bicicleta del afilador y que de todos los ojos salía una acusación muda y una sentencia injusta, pero también es verdad que a menudo la gente, ya de manera individual, por impotencia, ya de manera colectiva, por adición, se complace en la injusticia, y no tanto porque se busque desesperadamente un culpable, sino porque saber que se está cometiendo una injusticia directa, que revierte de manera inequívoca contra personas concretas, es una forma no sólo de afirmar la propia identidad sino incluso de soportar el espejismo de la mera existencia. De ahí que unos y otros señalaran con todos los índices, metafóricos y reales, al desventurado interventor, que se limitaba a eternizar en bicicleta el doloroso recorrido de su miseria. A menudo la gente se manifiesta en contra de la mentira por razones espurias, esto es, en la medida en que perjudica los intereses personales o colectivos, pero casi nadie se manifiesta en contra de la mentira en sí misma. Así avanzaba el interventor por las calles de la ciudad: en bicicleta, inocente y condenado.

Lo mismo que tras la desaparición del guarda, también ahora se procedió a buscar al afilador. Los agentes del orden y la ley hicieron los interrogatorios pertinentes, preguntaron al muchacho de la cantina, al hombre del rincón, al interventor, a los marginales expulsados del convento (que no habían perdonado la invasión del interventor y lo culpaban de sus penalidades, de la humedad del puente, de la dispersión general, sube acá, que te voy a enseñar lo que ha de suceder después, le amenazaban de lejos cuando le encontraban), al mondador de naranjas (que ahora caminaba por la plaza con porte de virrey: turbios rumores lo acusaban de haber prendido la mecha conventual a cambio de una suculenta recompensa financiera e inmobiliaria), se desplazaron rutinariamente a los pueblos de los alrededores, a aquéllos por los que el afilador había ejercido su profesión ambulante, habían interrogado a chiquillos, a vigilantes de cotos de caza, a pastores de la sierra, a venteros y a eremitas, todo ello sin resultado favorable alguno, de modo que pronto se dieron por vencidos, es decir, que renunciaron a encontrar pista alguna que condujera al afilador y a encontrar, en consecuencia, al propio afilador. Fue entonces precisamente, una mañana, pues se había hecho habitual ver bajar al interventor sinuosamente por la carretera desde el paso a nivel, atravesar el puente sobre la majestuosa lentitud del río, subir hasta la plaza, ahuyentar una y otra vez el grito matinal del hideputa, detenerse en los portales, apoyar la bicicleta en una columna y entretenerse hablando con el vendedor de barquillos, cuando, después de probar fortuna con la ruleta y conseguir la ración de galletas de vainilla del azar, repasando la informe monotonía del presente, el lento curso anónimo de la mañana, consideró la posibilidad de convertirse realmente en afilador, el mismo vendedor de barquillos lo animaba. Si cuando desapareció el guarda usted se hizo guarda, dijo el vendedor de barquillos, aunque fuera un guarda sin trenes, ahora que ha desaparecido el afilador usted debe hacerse afilador. Aunque sea un afilador sin cuchillos, añadió tristemente el interventor. Desestimó la idea. Anduvo un tiempo haciendo ejercicios inútiles con latas, con chatarra, con esquirlas de material ferroviario, incluso con material de la cantina, ensayó también la musiquilla de la flauta, pero decidió finalmente quedarse en el cerco vacío de su extranjería. A ello contribuyó la atmósfera de la ciudad. Estaban, por una parte, las burlas, el gracioso que, entre divertido y acusador, gritaba, nada más verlo, la chanza vocinglera del hideputa. Estaba la repercusión general de tanta bufonada. Estaban las palabras de un ferretero emprendedor. Aquí están afilados todos los cuchillos, dijo, y todas las tijeras cortan. Estaban, en fin, los rufianes negros, que le quitaron la bicicleta una mañana y se turnaron en la crueldad y en el ciclismo durante dos o tres días, hasta que se cansaron, que le confiscaron definitivamente la flauta y se dedicaron a expandir la musiquilla por los parques y las avenidas. Todo ello contribuyó, sin duda. Pero tal vez no fuera menos importante la aceptación de la derrota como fórmula de vencimiento, elegir la nada para siempre,

ser el no ser. Desde entonces al interventor sólo se le vio ir y venir en la bicicleta, trazando eses y sorteando baches, ajeno a las burlas y encerrado en sí mismo.

La rueda del tiempo giró con obstinada lentitud, sin reloj ni calendario, en los alrededores bucólicos del paso a nivel y de la caseta del guarda. Las tardes sucedían a las mañanas y las noches sucedían a los atardeceres, noches, tardes y mañanas se superponían con la infatigable precisión mecánica de los astros, los planetas y las constelaciones, con la mansedumbre humilde y silenciosa de las plantas, y bien podría asegurarse a simple vista que el interventor había alcanzado una plácida y deleitosa monotonía en la quietud de aquella morada estricta, en los límites de una frontera que apenas marcaba ya, muy levemente, la acotación catastral del territorio ferroviario. Allí el interventor se entretenía en menesteres contemplativos, se dejaba ir en la amenidad solitaria del campo, oyendo los ecos apacibles de la noche, distinguiendo las luminosidades del día, el lento y sosegado discurso de las horas, demorándose en la peripecia de una hormiga o de un escarabajo, absorto en minuciosas e insignificantes exploraciones botánicas, configurando las líneas del horizonte en todas las direcciones cardinales, la espesura de los bosques del norte, la suavidad y la cadencia de las tierras del oeste, la verticalidad contundente de la sierra, el arranque de la cordillera en cuyos desfiladeros se perdieron antaño día tras día los trenes, las locomotoras, la infalible sucesión del silbo, la humareda y un estrépito de carbonilla. Ahora el interventor era un ser solitario, un anacoreta, un desheredado en la austeridad y el ascetismo del campo y la naturaleza que no podía ser poética, sino cruda en invierno y hostil en verano, una naturaleza tan perdurable como inmisericorde. Amanecer con la luz y la alborada y con el frío húmedo de la aurora no era sino una alegoría primitiva del hombre de las cavernas. El interventor salía de la caseta, intentaba a duras penas encender fuego, calentar agua en el cacillo, hervir por enésima vez el café acumulado en la cantina y desperezar el cuerpo y el espíritu con el calor oscuro de un líquido indefinible. A veces echaba una magdalena o una galleta empedernidas en las secuelas del café, hasta que se desmigaban, lo que no era tarea rápida, y entonces ingería vitaminas y calorías para soportar con entereza el resto de la mañana. Si salía el sol, la mañana podía ser, si no agradable, al menos llevadera, un beneficio de las temperaturas. Si no salía, una atmósfera vacía y gris, sin cualidades objetivas, neutralizaba e indefinía los contornos. Las tardes eran siempre interminables y siempre misteriosas, sin más anomalía que, en ocasiones, la meticulosa lentitud del sol hundiéndose en las últimas cimas del poniente y dejando sobre los picos de la sierra vastas tonalidades de vinagre. Algunas de esas tardes mortecinas, tras administrar la extinción de las brasas con una vieja badila, bajaba el interventor a la estación y mantenía largas conversaciones con el muchacho de la cantina, soliloquios dislocados imaginando por igual complejas travesías ferroviarias o, entregándose a la ensoñación fluvial, la anchurosa magnificencia del río Misisipi. Y algunas noches bajaba a la ciudad y se sumaba a la incesante perorata de Cristo y al silencio taciturno del hombre del rincón mientras andaban de taberna en taberna por

los laberintos textuales del vino y de la ruta. Qué bien sobrellevas, interventor, decía Cristo en las tabernas, la ruta y la rutina. Pero el interventor no había alcanzado paz alguna, ni tranquilidad, ni sosiego, ni quietud, porque, pese a todo, pese a la soledad y pese a la lejanía, pese al alejamiento y la reclusión, pese a la pena y la nada, cada sábado y cada víspera de fiesta llegaban a las inmediaciones del paso a nivel los rufianes negros, los enviados del diablo, u otras recuas de adolescentes encendidos en alcoholes nocturnos y hojarasca, o incluso catervas de hombres maduros, infames y borrachos, que hervían en el estímulo de aquellas transgresiones sin efectos penales, y se esparcían en círculo en torno a los dominios del interventor, o se subían equidistantes en las cimas de los cerros lejanos propicios al eco, y cantaban letras burlescas y humillantes, y lanzaban amenazas y profecías, y las voces prolongaban y multiplicaban en ondas expansivas y temblorosas las palabras terribles del oráculo.

Finalmente, una madrugada, cuando volvía a la caseta después de haber hecho la ruta con Cristo y después de haberse detenido en la cantina con el muchacho, el interventor tuvo la certeza del tercer aviso. Apenas llegó al paso experimentó la vivida sensación de que había alguien en el interior de su morada, de modo que, durante un momento, sintió que había llegado la hora del exterminio y, aunque enseguida se impuso su desapego por la vida, su voluntad de fin (pues desde que perdió el tren, se decía, no sólo se había venido preparando para morir sino también para desear la muerte), no pudo dejar de atormentarse. Entonces se alejó con cautela hacia la carretera y se situó junto a uno de los postes del paso. Desde aquella posición en vértice, en el cruce de la vía y la carretera, imaginó, sin moverse, el resto de la noche. Ideó la forma confusa del futuro como una película sin montar, repetida una y otra vez y desgastada en el cine del convento. Se imaginó volviendo sobre sus pasos y entrando en la caseta. Decidió que había dos personas, que ni siquiera oían sus pasos ni el ruido metálico y chirriante de la puerta. Tampoco el interventor tenía necesidad de ver ni de mirar para saber que eran el enemigo primordial y la muchacha, el cuerpo pequeño y oscuro del enemigo anónimo ejercitándose sobre la palidez sepulcral del cuerpo adolescente y sonámbulo de la muchacha, un verdadero ángel de la muerte. En ese momento el interventor daba por seguro que estaba condenado y que la sentencia era irreversible. Todos los hombres sirven a un rico mercader. El destino le había enviado un aviso en el coche varado en el corralón de la estación antes del fuego, le había vuelto a avisar entre la suciedad y la desidia del almacén del trapero antes del segundo fuego y volvía a avisarlo ahora nuevamente, ya sin justificación alguna, sin motivo razonable ni aparente. Ninguna otra cosa podía significar aquella orgía de catacumbas entre la muchacha y el verdugo: una mano de fuego escribiendo en las tinieblas la última sentencia. Era sólo cuestión de tiempo o de ocasión y en cualquier momento, enseguida, aquella misma noche tal vez, o la próxima, en cualquier segundo insignificante del reloj angular, cuando el interventor estuviera sumido en el sueño sobre el camastro, las llamas vendrían hacia él, lo absorberían, acabarían con sus adversidades. Tendría que hacer algo, pensó, adoptar alguna determinación definitiva, quedarse o irse, vivir o morir, ser o no ser, pero el hombre sabe que el destino no está escrito en los astros sino en el fondo de su corazón. Al cabo vio cómo una figura humana, una silueta difusa, salía de la caseta y se quedaba de pie, ocupando el vano de la puerta, en espera segura. Pensó que había vuelto el guarda después de perseguir durante el invierno el silbo imposible de su locomotora, después de haber recorrido todos los túneles y todas las quebradas. Evocó la contrafigura del afilador, los resortes de su sordera haciendo reír a los albañiles, y pensó que se había rendido a la evidencia del destino del guarda, que no lo había hallado en los confines del eco, ni en las estaciones abandonadas, ni en los andenes de la infancia, ni en el filo de los desfiladeros. Incluso llegó a pensar que por

fin iba a conocer al fantasma del verdadero interventor, que huyó en el último tren y dejó desabastecida la ciudad. Fuera quien fuere, el enemigo anónimo pasó a su lado sin mirarlo y, silbando, como un sortilegio, la musiquilla del afilador, avanzó velozmente por los raíles con trote de centauro. La sombra fugitiva se confundió enseguida con la oscuridad, pero el interventor siguió sentado en el suelo, junto al poste, absorto en el fulgor espeso de la ciudad. Sólo cuando el cansancio y el sueño se apoderaron de él, se levantó con desgana y entró en la caseta. Dentro estaba aguardando la muchacha. Lo miraba desde el pozo apagado de sus ojos melancólicos y se despojaba silenciosamente de su ropa, mostraba a la luz impía de la penumbra su desnudez cadavérica, los pálidos temblores de su cuerpo. Ahora estaba desnuda y sumisa sobre el camastro, como una estatua yacente de mármol, envuelta por una espesura densa e intangible, como protegida por un cerco de ángeles invisibles y glaciales. Sin embargo, sin despegar los labios, sonreía. El interventor se había sentado en la silla y la contemplaba con temor, sin acertar a distinguir entre la amenaza y la lujuria, indeciso entre el instinto y la sinrazón. Entonces se derrumbó dormido sobre el camastro, profundamente dormido, como si fuera víctima de un devastador somnífero. La noche avanzó hacia su conclusión, pero alguien puso en el horizonte un anticipo rojo y luminoso de la aurora. El enemigo anónimo volvió para cumplir con su misión sagrada. Con sigilo desanduvo sus pasos, atrancó la puerta por fuera con un candado hecho a propósito, arrojó petróleo al interior desde cada ventanuco y después encendió antorchas y las arrojó al interior, una por cada ventanuco, por el este, por el sur, por el oeste. La caseta se convirtió en un horno, sustancia de fuego y exultación de luz, las llamas saliendo por las ventanas y lamiendo con avidez los bordes de cal. El interventor se despertó al clamor de las llamaradas e intentó salir, pero la puerta atrancada lo impedía. Sabía que estaba ante el fin y que nada podía hacer. La trinidad del fuego se había abatido sobre él desde el primer momento, en el coche del corralón, en la celda del convento y ahora finalmente en la caseta del guarda: una puerta rota, una cárcel sin puerta y una puerta cerrada. Ésta era la última oportunidad para morir y el interventor se dispuso a sucumbir de manera heroica, con el heroísmo de la soledad, soportando el dolor de las quemaduras con un silencio austero y paciencia de mártir. La muerte de los héroes siempre tiene que ser pública y abierta, presenciada por vates y juglares que la puedan más tarde pregonar, pues son precisamente los testigos los que truecan la muerte en un hexámetro o en un endecasílabo. Pero son numerosos los héroes anónimos que expiran en silencio, que soportan el dolor con entereza, que no pierden su dignidad y aun la acrecientan al enfrentarse íntegros y desnudos a la espada flamígera del ángel de la muerte. Así el interventor, aunque creyera oír cercana la flauta del afilador e incluso el silbo fugitivo de la locomotora. Las llamas prendían en el chaquetón y en la ropa al tiempo que le arrancaban a latigazos fragmentos de la piel. En el momento de la desesperación echó de menos la botella verde, que le hubiera supuesto un último consuelo físico, la esponja de vinagre de la hora postrera.

Luego se hundió el techo y el interventor recibió el impacto en la cabeza. El fuego había vuelto insensible su cuerpo y su espíritu naufragaba huérfano en la libre inmensidad de las galaxias. Por eso, girando en la noria frenética del desvarío, intuyendo tal vez el germen de la locura en el delirio, el interventor se aferró al poste, en el vértice de la encrucijada, mientras la caseta permanecía vacía: siniestra y silenciosa.

Desde la ciudad se vio un resplandor rojo a lo lejos. Los que tenían algún sentido de la orientación, que eran los más, enseguida apuntaron sin error la ubicación del fuego. Es en el cruce, dijeron. Los demás apenas si sabían señalar vagamente la dirección, un punto encendido hacia el oeste, en línea con la puesta del sol. Apreciaron que el fuego se prolongaba largo rato sin extenderse, como una hoguera gigantesca alimentada con avidez y sin pausas por un ser poderoso. Así pues, como el fuego no se propagaba, aunque su intensidad no disminuía, era un punto refulgente en la lejanía, los que lo vieron se cansaron de mirar y terminaron yéndose a dormir tranquilos. Con los primeros murmullos, hubo gente que se asomó a las ventanas y a los balcones, gente que se encaramó sobre las azoteas, pero pronto unos y otros regresaron a los dormitorios y se abandonaron a la placidez del sueño. El solsticio, dijeron. De vez en cuando algunos militantes del insomnio se asomaban a la ventana y miraban hacia el resplandor, por ver si había concluido, pero siempre, durante toda la noche, contemplaron el mismo fuego, el mismo punto en combustión intacta. También el muchacho de la cantina siguió con pesadumbre la invariable lentitud de la zarza ardiente, el círculo encendido de la consternación sobre las aspas del cruce. Se lo dijo al hombre del rincón, que no hizo caso alguno. *In girum imus nocte et consumimur igni*, dijo al irse.

Fuera de la caseta, refugiado en el hueco de la vía, el interventor miraba al cielo, seguía el capricho de las simetrías estelares, su juego de polígonos, su azar figurativo, los esquemas de formas surreales, fantasías oníricas, oráculos de luz, tratando de arrancar a los astros las oscuras respuestas del destino. Durante mucho tiempo no hizo otra cosa que ejercer pasivamente, con indiferencia y asombro, la actitud intransitiva de la consideración. Evocó el primer fuego, en el coche de la estación, el sueño de la pasión arborescente y la pesadilla de las llamas. Permaneció largamente indeciso frente a la policromía de sus propios pensamientos. Pero de pronto tomó una decisión definitiva y determinó que había llegado su turno de actuación, la frontera entre vivir o morir, ser o no ser. Se levantó entonces, llenó la caseta de hierba seca y después cerró la puerta por fuera, atrancándola con una barra de hierro. Preparó varias teas con ramas de arbustos, las encendió con el encendedor desechable y las fue arrojando por los distintos ventanucos. Después volvió a su refugio anterior y se tumbó en el suelo boca arriba mirando al cielo y trazando irregularidades siderales con rigor geométrico. Enseguida le llegaron las voces enigmáticas y misteriosas del fuego. La paja húmeda ardía lentamente, se consumía despacio, con dificultad perezosa, y el sufrimiento anónimo de la noche aumentaba en proporción desmesurada, como el temor irreversible del condenado ante el final. Sin duda, de una u otra forma, pensó el interventor, no otro habría sido el destino del guarda, y el destino del afilador, y el destino también tal vez del verdadero interventor, que habían sucumbido ante la maldad del enemigo anónimo, que era un azote de la providencia, un enviado del infierno. En algún momento el interventor oyó el estrépito del derrumbe y entendió que se había hundido el techo y que en la caída aplastaba todo lo encerrado y todo lo secreto. El espíritu del fuego salía entonces, encendido, de la caseta ardiente, flotaba en el aire, como el vuelo incorpóreo de los sueños, y, aún flotando, como un astro opaco y misterioso al alcance de los ojos, se desplazaba hacia la ciudad, esparciendo desde arriba el fulgor de la tristeza y los resplandores de la consumación. Todavía, sin embargo, contempló el interventor durante mucho rato el fuego y las estrellas. Echó de menos la botella, el consuelo elemental del agua ante el sofoco. La mañana estaba ya próxima. Había terminado, definitivamente, todo. No quedaban vínculos ni enlaces. Se habían desgajado los emblemas, destruido los símbolos, consumido las lealtades. Y así, sin nada, como cuando llegó, se apartó un poco del poste, se situó en el centro mismo del paso a nivel, sobre la vía, estuvo mirando un rato a la ciudad, un fulgor de luces nocturnas amarillas, un resplandor opaco formando una burbuja impenetrable, como una metáfora de la realidad, se quitó el chaquetón ferroviario, lo colgó, como de una percha, del poste junto al que había pasado el germen de la enajenación, junto a las antiguas cadenas extendidas, y empezó a caminar en dirección contraria, pasando lentamente de una traviesa a otra, camino de otro horizonte, tal vez el mismo que había seguido tiempo atrás el guarda,

el mismo tal vez que había seguido después el afilador, tal vez el mismo que habría seguido inicialmente también el verdadero interventor.

A la mañana siguiente, cuando todo indicaba que el fuego había concluido, algunos curiosos y algunos ociosos se acercaron al lugar exacto de las llamas. Salieron desde la plaza y fueron caminando hacia el oeste, en la dirección del atardecer. En el camino nuevos ociosos y curiosos se iban incorporando al grupo, que crecía en cada esquina, en cada callejuela. En la carretera se unieron los mecánicos, dos semblantes idiotas tras el olor del infortunio. Al pasar por la estación se les unió el muchacho de la cantina, tal vez el único que no había apartado los ojos en toda la noche de la inexorable transfiguración del fuego. Y cuando llegó al paso a nivel el grupo era considerablemente numeroso. Encontraron la caseta derruida, todavía humeante. Las paredes estaban ennegrecidas y el techo se había derrumbado. Todos los materiales combustibles se habían quemado: la mesa, la silla, el colchón, las mantas. La puerta, metálica, se había retorcido en la contorsión del fuego. Se apreciaba la estructura del camastro desarticulada, hundido el somier entre las tejas. No había signo alguno de vida y apenas quedaban restos de otra cosa. Y un perfume de azufre se apoderaba del amanecer. Tuvieron que esperar a que el humo se disipara antes de proceder a buscar entre los escombros. Entonces, tardíos, imperiosos, arrogantes, llegaron los agentes de la ley y el orden y empezaron a descifrar los indicios del siniestro. Al lado de una pared, caída en el suelo, como si el fuego la hubiera derribado, se encontraba el esqueleto de una bicicleta. La bicicleta del afilador, dijo alguien. Todavía se adivinaba el mecanismo de la antigua tarea. Más allá encontraron, intacta y ahumada, la botella verde del interventor. La reconoció sin ningún tipo de duda el muchacho de la cantina, que la había llenado de agua muchas veces, y alguna vez de vino, e incluso, a veces, en noches de frío intenso, del aguardiente clandestino de la sierra. ¡Oh!, murmuró en voz baja el muchacho, con asombro, pues era el único que conocía su desaparición, ¡la botella del interventor! Pero le sorprendió, sobre todo, que en su interior aparecieran restos definitivos de la catástrofe: el sobre azul, enrollado, como un cucurucho, la primicia de una esquina rota, la evidencia de un borde chamuscado, la textura carbonizada del papel amarillo. ¡El sobre azul!, ¡el sobre azul!, dijo el muchacho ahora sin poder contener la exclamación, pero sin quebrantar el juramento. Todos coincidieron en que era, en efecto, la carta del interventor y quisieron averiguar su contenido, pero no era posible sacar el sobre del interior de la botella. Algunos propusieron romper la botella de un golpe seco contra una piedra. Pero el comisario se negó. La botella del interventor es indeleble, dijo con voz solemne, y la carta, añadió, secreto sumarial. Los curiosos aceptaron la autoridad del comisario y, aunque refunfuñando y protestando en voz baja, procuraron disimular y se entretuvieron en pintorescas conjeturas sobre el suceso del fuego. Se supuso entonces que algo grave había ocurrido, como probaban la bicicleta, la carta y la botella, pero no se sabía qué, era imposible saberlo. ¡El sobre azul!, ¡el sobre azul!, repetía el muchacho como un autómatas, sin salir del asombro.

Alguien advirtió de la presencia del chaquetón, colgado junto a la vía, pero, bien por respeto, bien por aprensión o bien por repugnancia, nadie se atrevió a tocarlo. Por indicación de los agentes, excavaron en diferentes puntos, incluso dentro de la caseta, entre los escombros, en busca de restos humanos, que no aparecieron, de modo que no pudo tenerse por seguro que alguien hubiera muerto, esto es, que el interventor se hubiera consumido en la purificación final del fuego. Entonces surgieron las conjeturas: distintas, dispares, contradictorias. Y, entretanto, miraban todos hacia las vías, como si del viejo y maltrecho camino del tren por el que se perdió en su día el guarda, por el que se perdió también después el afilador y por el que tal vez se había igualmente alejado el interventor, pudiera llegar en cualquier momento una respuesta o, al menos, algún atisbo difuso de la verdad, porque el hombre no soporta la historia sin finales, el viaje sin término, los agujeros negros de la trama. Y entonces empezaron todos a elogiar las virtudes calladas del interventor. Aprendió a mondar naranjas con cuchillo y tenedor, dijo el trapero. Se le resistía el siete, dijo el vendedor de barquillos. Nadie lo oyó quejarse nunca de nada pese a tanta adversidad, dijo un agente. En verdad en verdad os digo que el interventor es un héroe, dijo Cristo. Sólo el muchacho de la cantina guardó silencio, pensando, con secreta pesadumbre, que los raíles eran como el Misisipi, un río interminable sin necesidad de balsa, una tentación y una promesa hacia el océano. Y después, tras un primer aturdimiento espeso y transparente, cuando se desvaneció la primera sensación de orfandad en la luminosidad de la mañana, todos empezaron a hablar atropelladamente unos con otros, en grupos pequeños que giraban en torno al paso a nivel, o buscaban todavía algún indicio del fuego, o empezaban a volver hacia la carretera, y todos presumieron de haber tratado al interventor y de haber merecido su amistad, el muchacho de la cantina, el mondador de fruta, el vendedor de barquillos, el propio Cristo, la funcionaria con gafas, el lego de los hervacianos, la comunidad trapense, los taberneros de la ruta, los agentes del orden y la ley, todos recordaron sus encuentros y sus conversaciones, la limosna que le dieron, la respuesta que les dio, la bondad con que soportaba las burlas matinales de los albañiles, las risas de los mecánicos, las canciones de los niños, las insidias de los pescadores, la bondad de los asadores de castañas, el plano del tesoro, todo un catálogo de acciones y de frases, y durante mucho tiempo, incluso después de todo, cuando se acumularon todos los finales en puntos suspendidos, el coche calcinado, un amasijo de hierros y hojalata, permaneció en el corralón de la estación como testimonio de ignominia, de ruina y de desolación, la celda ardiente perpetuó en el convento clausurado la negra sombra de la maldad humana y la caseta del paso a nivel sirvió de sepulcro o panteón en el que acababa el misterio del hombre y empezaba la incógnita del destino. Aprovechando la confusión final, el muchacho de la cantina registró los bolsillos del chaquetón y, con sumo sigilo, recuperó el cuaderno de hule negro. Lo hojeó a escondidas, alejándose, y comprobó, para su propio regocijo secreto, que estaba completamente en blanco: ni una línea, ni un dibujo, ni un nombre, ni una palabra, nada. *In principium erat*

verbum, pensó el muchacho, asociando al papel, por limpia inercia, la retahíla del viejo del rincón. *Et scripta manent*. Guardó discretamente el cuaderno y emprendió el camino de regreso. El comisario conservó la botella verde, con el sobre azul archivado y misterioso en su interior, como el mensaje inútil y desesperado de un náufrago en la inmensidad del océano, a la espera improbable de que regresara algún día el interventor a reclamarlo, o de que lo solicitaran en su caso instancias judiciales, o, simplemente, como testimonio de los hechos, para que nadie pudiera negar en ningún momento la verdad de tan extraño suceso. El chaquetón quedó olvidado en el poste de la carretera y, algún tiempo después, por diversión o para escarnio, alguien tuvo la ocurrencia de embutir en las mangas el despojo longitudinal de una traviesa, y así se perpetuó en la memoria del viento y de la sombra, con la apariencia grotesca de unos brazos en cruz, como un simulacro, como la efigie del desasosiego, la amenaza harapienta, vacía y fantasmal de un espantapájaros.